



Don Segundo Sombra

OBRAS DEL AUTOR

CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE - 1915

EL CENCERRO DE CRISTAL - 1915

RAUCHO - 1917

ROSAURA - 1922 (Edición fuera de comercio)

XAIMACA - 1923

RICARDO GÜIRALDES

DON SEGUNDO SOMBRA

EDITORIAL PROA
BUENOS AIRES — 1926

De esta obra se han impreso TREINTA ejemplares, fuera de comercio sobre papel de hilo MILIANI DE FABRIANO numerados de I a XXX, y dos mil en papel de hilo Berger compuestos a mano que constituyen la edición original. Sesenta ejemplares de papel de hilo "ROMA" numerados del 1 al 60 y cinco mil en papel Berger que constituyen la segunda edición.

SOCIEDAD EDITORIAL PROA

Victoria 3441 - Bs. Aires - R. Argentina

1926



DEDICATORIA

A Vd. Don Segundo.

A la memoria de los finados: Don Rufino Galván, Don Nicasio Cano y Don José Hernández.

A mis amigos domadores y reseros: Don Víctor Taboada, Ramón Cisneros, Pedro Brandán, Ciriaco Díaz, Dolores Juárez, Pedro Falcón, Gregorio López, Esteban Pereyra, Pablo Ojeda, Victorino Nogueira y Mariano Ortega.

A los paisanos de mis pagos.

A los que no conozco y están en el alma de este libro.

Al gaucho que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia.

R. G.

I.

En las afueras del pueblo, a unas diez cuadras de la plaza céntrica, el puente viejo tiende su arco sobre el río, uniendo las quintas al campo tranquilo.

Aquel día, como de costumbre, había yo venido a esconderme bajo la sombra fresca de la piedra, a fin de pescar algunos bagresitos, que luego cambiaría al pulpero de "La Blanqueada" por golosinas, cigarrillos o unos centavos.

Mi humor no era el de siempre; sentíame hosco, huraño, y no había querido avisar a mis habituales compañeros de huelga y baño, porque prefería no sonreír a nadie ni repetir las chuscadas de uso.

La pesca misma pareciéndome un gesto superfluo, dejé que el corcho de mi aparejo, llevado por la corriente, viniera a recostarse contra la orilla.

Pensaba. Pensaba en mis catorce años de chico abandonado, de "guacho", como seguramente dirían por ahí.

Con los párpados caídos para no ver las cosas que me distraían, imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o perpendiculares entre sí.

En una de esas manzanas, no más lujosa ni pobre que otras, estaba la casa de mis presuntas tías, mi prisión.

¿Mi casa? ¿Mis tías? ¿Mi protector Don Fabio Cáceres? Por centésima vez aquellas preguntas se formulaban en mí, con grande interrogante ansioso, y por centésima vez reconstruí mi breve vida como única contestación posible, sabiendo que nada ganaría con ello; pero era una obsesión tenaz.

¿Seis, siete, ocho años? ¿Qué edad tenía a lo justo cuando me separaron de la que siempre llamé "mama", para traerme al encierro del pueblo, so pretexto de que debía ir al colegio? Sólo sé

que lloré mucho la primer semana, aunque me rodearon de cariño dos mujeres desconocidas y un hombre de quien conservaba un vago recuerdo. Las mujeres me trataban de "m'hijito" y dijeron que debía yo llamarlas Tía Asunción y Tía Mercedes. El hombre no exigió de mí trato alguno, pero su bondad me parecía de mejor augurio.

Fuí al colegio. Había ya aprendido a tragar mis lágrimas y a no creer en palabras zalameras. Mis tías pronto se aburrieron del juguete y regañaban el día entero, poniéndose de acuerdo sólo para decirme que estaba sucio, que era un atorrante y echarme la culpa de cuanto desperfecto sucedía en la casa.

Don Fabio Cáceres vino a buscarme una vez, preguntándome si quería pasear con él por su estancia. Conocí la casa pomposa, como no había ninguna en el pueblo, que me impuso un respeto silencioso a semejanza de la Iglesia, a la cual solían llevarme mis tías, sentándome entre ellas para soplarme el rosario y vigilar mis actitudes, haciéndose de cada reto un mérito ante Dios.

Don Fabio me mostró el gallinero, me dió una torta, me regaló un durazno y me sacó por el

campo en "sulky" para mirar las vacas y las yeguas.

De vuelta al pueblo conservé un luminoso recuerdo de aquel paseo y lloré, porque vi el puesto en que me había criado y la figura de "mama", siempre ocupada en algún trabajo, mientras yo rondaba la cocina o pataleaba en un charco.

Dos o tres veces más vino Don Fabio a buscarme y así concluyó el primer año.

Ya mis tías no hacían caso de mí, sino para llevarme a misa los domingos y hacerme rezar de noche el rosario.

En ambos casos me encontraba en la situación de un preso entre dos vigilantes, cuyas advertencias poco a poco fueron reduciéndose a un simple coscorrón.

Durante tres años fuí al colegio. No recuerdo qué causa motivó mi libertad. Un día pretendieron mis tías que no valía la pena seguir mi instrucción, y comenzaron a encargarme de mil comisiones que me hacían vivir continuamente en la calle.

En el Almacén, la Tienda, el Correo, me trataron con afecto. Conocí gente que toda me sonreía sin nada exigir de mí. Lo que llevaba yo escondido de alegría y de sentimientos cordiales,

se libertó de su consuetudinario calabozo y mi verdadera naturaleza se expandió libre, borbotante, vívida.

La calle fué mi paraíso, la casa mi tortura; todo cuanto comencé a ganar en simpatías afuera, lo convertí en odio para mis tías. Me hice ladino. Ya no tenía vergüenza de entrar en el hotel a conversar con los copetudos, que se reunían a la mañana y a la tarde para una partida de tute o de truco. Me hice familiar de la peluquería, donde se oyen las noticias de más actualidad, y llegué pronto a conocer a las personas como a las cosas. No había requiebro ni guasada que no hallara un lugar en mi cabeza, de modo que fuí una especie de archivo que los mayores se entretenían en revolver con algún puyazo, para oírme largar el brulote.

Supe las relaciones del comisario con la viuda Eulalia, los enredos comerciales de los Gambutti, la reputación ambigua del relojero Porro. Instigado por el fondero Gómez, dije una vez "retarjo" al cartero Moreira que me contestó "¡guacho!", con lo cual malicié que en torno mío también existía un misterio que nadie quiso revelarme.

Pero estaba yo demasiado contento con haber conquistado en la calle simpatía y popularidad,

para sufrir inquietudes de ningún género.

Fueron los tiempos mejores de mi niñez.

La indiferencia de mis tías se topaba en mi sentir con una indiferencia mayor, y la audacia que había desarrollado en mi vida de vagabundo, sirvióme para mejor aguantar sus reprensiones.

Hasta llegué a escaparme de noche e ir un domingo a las carreras, donde hubo barullo y sonaron algunos tiros sin mayor consecuencia.

Con todo esto parecíame haber tomado rango de hombre maduro y a los de mi edad llegué a tratarlos, de buena fe, como a chiquilines desabridos.

Visto que me daban fama de vivaracho, hice oficio de ello satisfaciendo con cruel inconsciencia de chico, la maldad de los fuertes contra los débiles.

—Andá decile algo a Juan Sosa — proponíame alguno — que está mamao, allí, en el boliche.

Cuatro o cinco curiosos que sabían la broma, se acercaban a la puerta o se sentaban en las mesas cercanas para oír.

Con la audacia que me daba el amor propio, acercábame a Sosa y dábale la mano:

—¿Cómo te va, Juan?

—.....

—'ta que tranca tenés, si ya no sabés quién soy.

El borracho me miraba como a través de un siglo. Reconocíame perfectamente, pero callaba maliciando una broma.

Hinchando la voz y el cuerpo como un escuerzo, poníamele bien cerca, diciéndole:

—No ves que soy Filumena tu mujer y que si seguís chupando, esta noche, cuantito dentrés a casa bien mamao, te vi' a zampar de culo en el bañadero e los patos pa' que se te pase el pedo.

Juan Sosa levantaba la mano para pegarme un bife, pero sacando coraje en las risas que oía detrás mío no me movía un ápice, diciendo por lo contrario en son de amenaza:

—No amagués Juan..., no vaya a ser que se te escape la mano y rompás algún vaso. Mirá que al comisario no le gustan los envinaos y te va a hacer calentar el lomo como la vez pasada. ¿Se te ha enturbiao la memoria?

El pobre Sosa miraba al dueño del hotel, que a su vez dirigía sus ojos maliciosos hacia los que me habían mandado.

Juan le rogaba:

—Digalé, pues, que se vaya, patrón, a este mo-

coso pesao. Es capaz de hacerme perder la pacencia.

El patrón fingía enojo, apostrofándome con voz fuerte:

—A ver si te mandás mudar muchacho y dejás tranquilos a los mayores.

Afuera reclamaba yo de quien me había mandado:

—Aura dame un peso.

—¿Un peso? Te ha pasao la tranca Juan Sosa.

—No... formal, alcanzame un peso que vi' hacer una prueba.

Sonriendo, mi hombre accedía esperando una nueva payasada y a la verdad que no era mala, porque entonces tomaba yo un tono protector, diciendo a dos o tres:

—Dentremos muchachos a tomar cerveza. Yo pago.

Y sentado en el hotel de los copetudos me daba el lujo de pedir por mi propia cuenta la botella en cuestión, para convidar, mientras contaba algo recientemente aprendido sobre el alazán de Melo, la pelea del tape Burgos con Sinforiano Herrera, o la desvergüenza del gringo Culasso que había vendido por veinte pesos su hija de doce años al

viejo Salomovich, dueño del prostíbulo.

Mi reputación de dicharachero y audaz iba mezclada de otros comentarios que yo ignoraba. Decía la gente que era un perdidito y que concluiría, cuando fuera hombre, viviendo de malos recursos. Esto, que a algunos los hacía mirarme con desconfianza, me puso en boga entre la muchachada de mala vida, que me llevó a los boliches convidándome con licores y sangrías, a fin de hacerme perder la cabeza; pero una desconfianza natural me preservó de sus malas jugadas. Pencho me cargó una noche en ancas y me llevó a la casa pública. Recién cuando estuve dentro me dí cuenta, pero hice de tripas corazón y nadie notó mi susto.

La costumbre de ser agasajado, me hizo perder el encanto que en ello experimentaba los primeros días. Me aburría nuevamente por más que fuera al hotel, a la peluquería, a los almacenes o a la pulpería de "La Blanqueada", cuyo patrón me mimaba y donde conocía gente de "pajuera": reseros, forasteros o simplemente peones de las estancias del partido.

Por suerte, en aquellos tiempos, y como tuviera ya doce años, Don Fabio se mostró más que nunca mi protector viniendo a verme a menudo,

ya para llevarme a la estancia, ya para hacerme algún regalo. Me dió un ponchito, me avió de ropa y hasta ¡oh maravilla!, me regaló una yunta de petizos y un recadito, para que fuera con él a caballo en nuestros paseos.

Un año duró aquello. En mi destino estaría escrito que todo bien era pasajero. Don Fabio dejó de venir seguido. De mis petizos mis tías prestaron uno al hijo del tendero Festal, que yo aborrecía por orgulloso y maricón. Mi recadito fué al altillo, so pretexto de que no lo usaba.

Mi soledad se hizo mayor, porque ya la gente se había cansado algo de divertirse conmigo y yo no me afanaba tanto en entretenerla.

Mis pasos de pequeño vagabundo me llevaron hacia el río. Conocí al hijo del molinero Manzoni, al negrito Lechuza que, a pesar de sus quince años, había quedado sordo de andar bajo el agua.

Aprendí a nadar. Pesqué casi todos los días, porque de ello sacaba luego provecho.

Gradualmente mis recuerdos habíanme llevado a los momentos entonces presentes. Volví a pensar en lo hermoso que sería irse, pero esa misma idea se desvanecía en la tarde, en cuyo silencio el crepúsculo comenzaba a suspender sus primeras

sombras.

El barro de las orillas y las barrancas habíanse vuelto de color violeta. Las toscas costeras exhalaban como un resplandor de metal. Las aguas del río hiciéronse frías a mis ojos y los reflejos de las cosas en la superficie serenada, tenían más color que las cosas mismas. El cielo se alejaba. Mudábanse los tintes áureos de las nubes en rojos, los rojos en pardos.

Junto a mí, tomé mi sarta de bagresitos "duros pa morir", que aun coleaban en la desesperación de su asfixia lenta, y envolviendo el hilo de mi aparejo en la caña, clavando el anzuelo en el corcho, dirigí mi andar hacia el pueblo en el que comenzaban a titilar las primeras luces.

Sobre el tendido caserío bajo, la noche iba dando importancia al viejo campanario de la Iglesia.

II.

Sin apuros, la caña de pescar al hombro, zarandeando irreverentemente mis pequeñas víctimas, me dirigí al pueblo. La calle estaba aún anegada por un reciente aguacero y tenía yo que caminar cautelosamente, para no sumirme en el barro que se adhería con tenacidad a mis alpargatas, amenazando dejarme descalzo.

Sin pensamientos seguí la pequeña huella que, vecina a los cercos de cinacina, espinillo o tuna, iba buscando las lomitas como las liebres para correr por lo parejo.

El callejón, delante mío, se tendía oscuro. El cielo, aun zarco de crepúsculo, reflejábase en los charcos de forma irregular o en el agua guardada

por las profundas huellas de alguna carreta, en cuyo surco tomaba aspecto de acero cuidadosamente recortado.

Había ya entrado al área de las quintas, en las cuales la hora iba despertando la desconfianza de los perros. Un incontenible temor me bailaba en las piernas, cuando oía cerca el gruñido de algún mastín peligroso; pero sin equivocaciones decía yo los nombres: Centinela, Capitán, Alvertido. Cuando algún cuzco irrumpía en tan apurado como inofensivo griterío, mirábalo con un desprecio que solía llegar al cascotazo.

Pasé al lado del cementerio y un conocido resquemor me castigó la médula, irradiando su pálido escalofrío hasta mis pantorrillas y antebrazos. Los muertos, las luces malas, las ánimas, me atemorizaban ciertamente más que los malos encuentros posibles en aquellos parajes. ¿Qué podía esperar de mí el más exigente bandido? Yo conocía de cerca las caras más taimadas y aquel que por inadvertencia me atajara, hubiese conseguido cuanto más que le sustrajera un cigarrillo.

El callejón habíase hecho calle, las quintas manzanas; y los cercos de paraísos, como los tapiales, no tenían para mí secretos. Aquí había alfalfa, allá un cuadro de maíz, un corralón o simplemen-

te malezas. A poca distancia divisé los primeros ranchos, míseramente silenciosos y alumbrados por la endeble luz de las velas y lámparas de apestoso kerosén.

Al cruzar una calle espanté desprevenidamente un caballo, cuyo tranco me había parecido más lejano y como el miedo es contagioso, aun de bestia a hombre, quedéme clavado en el barrial sin animarme a seguir. El jinete, que me pareció enorme bajo su poncho claro, reboleó la lonja del rebenque contra el ojo izquierdo de su redomón, pero como intentara yo dar un paso, el animal asustado bufó como una mula, abriéndose en larga "tendida". Un charco bajo sus patas se despedazó chillando como un vidrio roto. Oí una voz aguda decir con calma:

—Vamos, pingo... Vamos, vamos pingo...

Luego el trote y el galope chapalearon en el barro chirle.

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río.

Con mi visión dentro, alcancé las primeras veredas sobre las cuales mis pasos pudieron apurarse. Más fuerte que nunca vino a mí el deseo de irme para siempre, del pueblito mezquino. Entreveía una vida nueva hecha de movimiento y espacio.

Absorto por mis cavilaciones crucé el pueblo, salí a la oscuridad de otro callejón, me detuve en "La Blanqueada".

Para vencer el encandilamiento fruncí como jareta los ojos al entrar al boliche. Detrás del mostrador estaba el patrón, como de costumbre, y de pie, frente a él, el tape Burgos concluía una caña.

—Güenas tardes, señores.

—Güenas — respondió apenas Burgos.

—¿Qué trais? — inquirió el patrón.

—Ahí tiene Don Pedro — dije mostrando mi sarta de bagresitos.

—Muy bien. ¿Querés un pedazo de mazacote?

—No, Don Pedro.

—¿Unos paquetes de La Popular?

—No, Don Pedro... ¿Se acuerda de la última platita que me dió?

—Sí.

—Era redonda.

—Y la has hecho correr.

—Ahá.

—Güeno... ahí tenés — concluyó el hombre, haciendo sonar sobre el mostrador unas monedas de níquel.

—¿Vah' a pagar la copa? — sonrió el tape Burgos.

—En la pulpería'e Las Ganas — respondí contando mi capital.

—¿Hay algo nuevo en el pueblo? — preguntó Don Pedro, a quien solía yo servir de noticiero.

—Sí, señor... un pajuerano.

—¿Ande lo has visto?

—Lo topé en una encrucijada, volviendo 'el río.

—¿Y no sabés quién es?

—Sé que no es de aquí..., no hay ningún hombre tan grande en el pueblo.

Don Pedro frunció las cejas como si se concentrara en un recuerdo.

—Decíme... ¿es muy moreno?

—Me pareció..., sí, señor... y muy juerte.

Como hablando de algo extraordinario el pulpero murmuró para sí:

—Quién sabe si no es Don Segundo Sombra.

—El es — dije, sin saber porqué, sintiendo la misma emoción que al anochecer, me había mantenido inmóvil ante la estampa significativa de

aquel gaucho, perfilado en negro sobre el horizonte.

—¿Lo conocés vos? — preguntó Don Pedro al tape Burgos, sin hacer caso de mi exclamación.

—De mentas, no más. No ha de ser tan fiero el diablo como lo pintan; ¿quiere darme otra caña?

—¡Hum! — prosiguió Don Pedro, — yo lo he visto más de una vez. Sabía venir por acá a hacer la tarde. No ha de ser de arriar con las riendas. El es de San Pedro. Dicen que tuvo en otros tiempos una mala partida con la policía.

Carnearía un ajeno.

—Sí, pero me parece que el ajeno era cristiano.

El tape Burgos quedó impávido mirando su copa. Un gesto de disgusto se arrugaba en su frente angosta de pampa, como si aquella reputación de hombre valiente menoscabara la suya de cuchillero.

Oímos un galope detenerse frente a la pulpería, luego el chistido persistente que usan los paisanos para calmar un caballo, y la silenciosa silueta de Don Segundo Sombra quedó enmarcada en la puerta.

—Güenas tardes — dijo la voz aguda, fácil de reconocer.

—¿Cómo le va Don Pedro?

—Bien ¿y usté Don Segundo?

—Viviendo sin demasiadas penas graciah'a Dios.

Mientras los hombres se saludaban con las cortesías de uso, miré al recién llegado. No era tan grande en verdad, pero lo que le hacía aparecer tal hoy le viera, debíase seguramente a la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo.

El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienes y pequeños. Para conversar mejor habíase echado atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas.

Su indumentaria era de gaucho pobre. Un simple chanchero rodeaba su cintura. La blusa corta se levantaba un poco sobre un "cabo de güeso", del cual pendía el rebenque tosco y ennegrecido por el uso. El chiripá era largo, talar, y un simple pañuelo negro se anudaba en torno a su cuello, con las puntas divididas sobre el hombro. Las alpargatas tenían sobre el empeine un tajo

para contener el pie carnudo.

Cuando lo hube mirado suficientemente, atendí a la conversación. Don Segundo buscaba trabajo y el pulpero le daba datos seguros, pues su continuo trato con gente de campo, hacía que supiera cuanto acontecía en las estancias.

—... en lo de Galván hay unas yeguas pa domar. Días pasaos estuvo aquí Valerio y me preguntó si conocía algún hombre del oficio que le pudiera recomendar, porque él tenía muchos animales que atender. Yo le hablé del Mosco Pereira, pero si a Vd. le conviene...

—Me está pareciendo que sí.

—Güeno. Yo le avisaré al muchacho que viene todos los días al pueblo a hacer encargos. El sabe pasar por acá.

—Más me gusta que no diga nada. Si puedo iré yo mesmo a la estancia.

—Arreglao. ¿No quiere servirse de algo?

—Güeno — dijo Don Segundo, sentándose en una mesa cercana — eche una sangría y gracias por el convite.

Lo que había que decir estaba dicho. Un silencio tranquilo aquietó el lugar. El tape Burgos se servía una cuarta caña. Sus ojos estaban lacrimosos, su faz impávida. De pronto me dijo,

sin aparente motivo:

—Si yo juera pescador como vos, me gustaría sacar un bagre barroso bien grandote.

Una risa estúpida y falsa subrayó su decir, mientras de reojo miraba a Don Segundo.

—Parecen malos, — agregó — porque colean y hacen mucha bulla; pero ¡qué malos han de ser si no son más que negros!

Don Pedro lo miró con desconfianza. Tanto él como yo conocíamos al tape Burgos, sabiendo que no había nada que hacer cuando una racha agresiva se apoderaba de él.

De los cuatro presentes sólo Don Segundo no entendía la alusión, conservando frente a su sangría un aire perfectamente distraído. El tape volvió a reírse en falso, como contento con su comparación. Yo hubiera querido hacer una prueba u ocasionar un cataclismo que nos distrajera. Don Pedro canturreaba. Un rato de angustia pasó para todos, menos para el forastero, que decididamente no había entendido y no parecía sentir siquiera el frío de nuestro silencio.

—Un barroso grandote — repitió el borracho — un barroso grandote... ¡ahá! aunque tenga barba y ande en dos patas como los cristianos... En San Pedro cuentan que hay muchos d'esos bichos;

por eso dice el refrán:

San Pedrino
El que no es mulato es chino.

Dos veces oímos repetir el versito por una voz cada vez más pastosa y burlona.

Don Segundo levantó el rostro y como si recién se apercibiera de que a él se dirigían los decires del tape Burgos, comentó tranquilo:

—Vea amigo... vi'a tener que creer que me está provocando.

Tan insólita exclamación, acompañada de una mueca de sorpresa, nos hizo sonreír a pesar del mal cariz que tomaba el diálogo. El borracho mismo se sintió un tanto desconcertado, pero volvió a su aplomo, diciendo:

—¿Ahá? Yo creiba que estaba hablando con sordos.

—¡Qué han de ser sordos los bagres con tanta oreja! Yo, eso sí, soy un hombre muy ocupao y por eso no lo puedo atender ahora.

Cuando me quiera peliar, avíseme siquiera con unos tres días de anticipación.

No pudimos contener la risa, malgrado el asombro que nos causaba esa tranquilidad que llegaba a la inconsciencia. De golpe, el forastero volvió

a crecer en mi imaginación. Era el "tapao", el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante.

El tape Burgos pagó sus cañas, murmurando amenazas.

Tras él corrí hasta la puerta, notando que quedaba agazapado entre las sombras. Don Segundo se preparó para salir a su vez y se despidió de Don Pedro, cuya palidez delataba sus aprehensiones. Temiendo que el matón asesinara al hombre que tenía ya toda mi simpatía, hice como si hablara al patrón para advertir a Don Segundo:

—Cuídese.

Luego me senté en el umbral, esperando, con el corazón que se me salía por la boca, el fin de la inevitable pelea.

Don Segundo se detuvo un momento en la puerta, mirando a diferentes partes. Comprendí que estaba habituando sus ojos a lo más oscuro, para no ser sorprendido. Después se dirigió hacia su caballo caminando junto a la pared.

El tape Burgos salió de entre la sombra y creyendo asegurar a su hombre, tiróle una puñalada firme, a partirle el corazón. Yo ví la hoja cortar la noche como un fogonazo.

Don Segundo, con una rapidez inaudita, quitó el

cuerpo y el facón se quebró entre los ladrillos del muro con nota de cencerro.

El tape Burgos dió para atrás dos pasos y esperó de frente el encontronazo decisivo.

En el puño de Don Segundo relucía la hoja triangular de una pequeña cuchilla. Pero el ataque esperado no se produjo. Don Segundo, cuya serenidad no se había alterado, se agachó, recogió los pedazos de acero roto y con su voz irónica dijo:

—Tome amigo y hágala componer, que así tal vez no le sirva ni pa carniar borregos.

Como el agresor conservara la distancia, Don Segundo guardó su cuchillita y, estirando la mano, volvió a ofrecer los retazos del facón:

—¡Agarre, amigo!

Dominado el matón se acercó, baja la cabeza, en el puño bruñido y torpe la empuñadura del arma, inofensiva como una cruz rota.

Don Segundo se encogió de hombros y fué hacia su redomón. El tape Burgos lo seguía.

Ya a caballo el forastero iba a irse hacia la noche; el borracho se aproximó, pareciendo por fin haber recuperado el don de hablar:

—Oiga, paisano — dijo levantando el rostro hosco, en que sólo vivían los ojos. — Yo vi'a

hacer componer este facón pa cuando Vd. me necesite.

En su pensamiento de matón no creía poder más, como gesto de gratitud, que el ofrecer así su vida a la de otro.

—Aura deme la mano.

—¡Cómo no! — concedió Don Segundo, con la misma impasibilidad con que hoy aceptaba el reto. — Ahí tiene, amigo.

Y sin más ceremonia se fué por el callejón, dejando allí al hombre que parecía como luchar con una idea demasiado grande y clara para él.

Al lado de Don Segundo, que mantenía su redomón al tranco, iba yo caminando a grandes pasos.

—¿Lo conocés a este mozo? — me preguntó terciando el poncho con amplio ademán de holgura.

—Sí, señor. Lo conozco mucho.

—Parece medio pavote ¿no?

III.

Frente a casa, camino a la fonda donde iba a comer, Don Segundo se separó de mí, dándome la mano. Adiviné que aquello se debía a mi aviso de que se cuidase al salir de "La Blanqueada", y sentí un gran orgullo.

Entré a casa sin apuro. Como había previsto, mis tías me pegaron un reto serio, tratándome de perdido y condenándome a no comer esa noche.

Las miré como se miran las guascas viejas que ya no se van a usar. Tía Mercedes, flaca, angulosa, cuya nariz en pico de carancho asomaba brutamente entre los ojos hundidos, fué quien me privó de comida. Tía Asunción, panzuda, tetona y voraz en todo placer, fué la que me insultó con más voluntad. Yo las encomendé a quien corres-

pondía, y me encerré en mi cuarto a pensar en mi vida futura y en los episodios de esa tarde. Me parecía que mi existencia estaba ligada a la de Don Segundo y, aunque me decía los mil y mil inconvenientes para seguirlo, tenía la escondida esperanza de que todo se arreglaría. ¿Cómo?

Primero pensé que a Don Segundo le pasaba otro percance y que yo, por segunda vez, lo advertía del peligro. Esto sucedía en tres o cuatro distintas ocasiones, hasta que el hombre me aceptaba como amuleto. Después era porque nos descubríamos algún parentesco y se hacía mi protector. Ultimamente porque me tomaba afecto, permitiéndome vivir a su lado, mitad como peoncito, mitad como hijo del desamparo. Por de pronto, encontré una solución inmediata. ¿Don Segundo iba a lo de Galván? pues bien, yo iría antes. Llegado a esta altura de mis meditaciones, no pensé más porque la solución me satisfacía y porque el pensar hasta el cansancio no para en nada práctico.

—Me voy, me voy — decía casi en alta voz.

Sentado en el lecho, a oscuras para que me creyeran dormido, esperé el momento propicio a la fuga. Por la casa soñolienta arrastrábanse los últimos ruidos, que me decían la estupidez de los

menudos hechos cotidianos. Ya no podía yo aguantar aquellas cosas y una irrupción de rabia me hizo mirar, en torno mío, las desmanteladas paredes de mi cuartucho, como se debe mirar sin piedad al enemigo vencido. ¡Oh, no extrañaría seguramente nada de lo que dejaba, pues las riendas y el bozalito que adivinaba enrollados en el clavo que los sostenía contra la madera de la puerta, vendrían conmigo! Los muros que habían visto impasibles mis primeras lágrimas, mis aburrimientos y mis protestas, quedarían bien solos.

Al tanteo extraje de bajo el lecho un par de botitas raídas. Junto a ellas coloqué riendas y bozal. Encima tiré el cariñoso poncho, regalo de Don Fabio, y unas escasas mudas de ropa. El haber puesto mano a la obra aumentó mi coraje, y me escurrí cuidadosamente hasta el fondo del corralón, dejando entreabierta la puerta. La inmensidad de la noche me infligió miedo, como si se hubiese adueñado de mi secreto. Cautelosamente caminé hacia el altillo. Sargento, el perro, me hizo algunas fiestas. Subí por una escalera de mano al vasto aposento, donde los ratones corrían entre algunas bolsas de maíz y trastos de desecho.

Era difícil encontrar las desparramadas pilchas

de mi recadito, pero por suerte tenía en mis bolsillos una caja de fósforos. A la luz insegura de la pequeña llama, pude juntar matras, carona, bastos, pellón, sobrepuesto y pegual. Ajustado el todo con la cincha, me eché el bulto al hombro volviendo a mi cuarto, donde agregué mis nuevos haberes al poncho, las botas y las riendas. Y como no tenía más que llevar, me tumbé entre aquellas cosas de mi propiedad dejando vacía la cama, con lo cual rompía a mi entender con toda la ligadura ajena.

De noche aun desperté, el flanco derecho dolorido de haberse apoyado sobre el freno, el trasero enfriado por los ladrillos, la nuca un tanto torcida por su incómoda posición. ¿Qué hora podía ser? En todo caso resultaba prudente estar preparado para prever toda eventualidad.

Como un turco me eché a la espalda recado y ropa. Medio dormido llegué al corralón, enfrené mi petizo, lo ensillé y, abriendo la gran puerta del fondo, gané la calle.

Experimentaba una satisfacción desconocida, la satisfacción de estar libre.

El pueblo dormía aún a puños cerrados y dirigí mi petizo al tranco, singularmente sonoro, hacia la cochera de Torres, donde pediría me entre-

gasen el otro petizo, que allí hacía guardar Festal chico.

Un gallo cantó. Alboreaba imperceptiblemente.

Como la cochería comenzaba a despertar temprano, a fin de prepararse para el tren de la madrugada, encontré el portón abierto y a Remigio, un muchachón de mis amigos, entre la caballada.

—¿Qué viento te trae? — Fué su primer pregunta.

—Güen día, hermano. Vengo a buscar mi parejero.

Largo rato tuve que discutir con aquel pazguato para probarle que yo era dueño de disponer de lo mío. Por fin se encogió de hombros:

—Ahí está el petizo. Hacé lo que te parezca.

Sin dejármelo decir dos veces embozalé al animal, por cierto mejor cuidado que el que había quedado en mis manos, y despidiéndome de Remigio, con caballo de tiro y ropa en el poncho, como verdadero paisano, salí del pueblo hacia los campos, cruzando el puente viejo.

Para ir a lo de Galván tenía que tomar la misma dirección que para lo de Don Fabio. A cierta altura un callejón arrancaba hacia el Norte y por él debía seguir hasta el monte que de lejos ya

conocía.

Apurado por alejarme del pueblo me puse a galopar. El petizo que llevaba de tiro cabresteaba perfectamente.

Cuando hube hecho unas dos leguas, dí un resuello a mis bestias, mientras el sol salía sobre mi existencia nueva.

Sentíame en poder de un contento indescriptible. Una luz fresca chorreaba de oro el campo. Mis petizos parecían como esmaltados de color nuevo. En derredor, los pastizales renacían en silencio, chispeantes de rocío; y me reí de inmenso contento, me reí de libertad, mientras mis ojos se llenaban de cristales como si también ellos se renovaran en el sereno matinal.

Una legua faltábame para llegar a las casas y las hice al tranco, oyendo los primeros cantos del día, empapándome de optimismo en aquella madrugada, que me parecía crear la pampa venciendo a la noche.

Receloso ante las casas, enderecé al galpón. No parecía haber nadie. Los perros que gruñían arrimándose a los garrones de mi petizo, no eran una invitación amable de echar pie a tierra. Por fin asomó un viejo a la puerta de la cocina, gritó "¡juera!" a la perrada, diciéndome que pasara ade-

lante y me señaló unos de los tantos bancos del aposento para que me sentara.

Toda la mañana quedé en aquel rincón espiando los movimientos del viejo, como si de ellos dependiera mi porvenir. No dijimos una palabra.

A mediodía empezaron a llegar algunos peones y sonó una campana llamando para la comida. La gente saludaba al entrar y algunos me miraban de soslayo.

Junto con cuatro o cinco hombres, entró Goyo López que yo conocía del pueblo.

—¿Andás pasiando? — me preguntó.

—Vengo a buscar trabajo.

—¿Trabajo? — repitió clavándome la vista. Un momento temblé pensando que algo iba a decir de mi familia en el pueblo, pero Goyo era hombre discreto. Los peones me observaban. Un muchachón dijo, comentando mi respuesta:

—Vendrá a conchabarse pa hombrear bolsas.

Goyo se dió vuelta hacia él:

—Sí, chucialo aura que está medio asustao, porque cuanto tome confianza tal vez te hombree a vos. No sabés que peje es éste.

Un momento fuí el punto de mira de cuarenta ojos. No pestañeé siquiera, esperando que pasara

aquella atención.

Sin embargo, las palabras de Goyo habían hecho su efecto. Ser despierto, aunque pasando los límites de la buena conducta, es un mérito que el paisano aprecia.

Goyo me llamó desde la puerta diciendo que desenfrenara mi petizo, que él me enseñaría dónde estaba la bebida para que le diera un poco de agua. Esto no era más que una maniobra para hablarme a solas. Ni bien nos encontramos afuera, me dijo:

—Vos te has juido' e' el pueblo.

—No digas nada hermanito, mirá que me comprometés.

—¿Te comprometo? ¡qué traza!... y ¿vah'a trabajar?

—¿Y de no?

—Güeno... dale agua al petizo... Mirá, allí viene el mayordomo.

Esperamos que un inglés acriollado llegara hasta nosotros y, después del saludo, hice mi pedido.

—No tengo trabajo que dar — dijo bajando del caballo.

—Entonces ¿me da permiso pa comer? Enseguidita después me voy.

—¿P'adonde vas a ir?

—P'allá — contesté estirando la mano al azar. El inglés me miró con una sonrisa bonachona.

—¿Sos bien mandao?

—Sí, señor.

—¿Usted lo conoce, Goyo?

—Algo, Don Jeremías.

—Muy bien. Después de la siesta dele el petizo Sapo. Que ate el carrito'e pértigo y vaya sacando esa paja'e los pesebres y la eche en los zanjones de la puerta blanca.

—Sí, señor.

Para ganarle el "lao de las casas" al "mayor", me acerqué a su caballo, le bajé el recado, dándole vuelta las matras para que se orearan y pregunté a Goyo dónde debía largarlo.

—En aquel potrerito donde está la cebada.

El inglés me miró sonriendo mientras me dirigía a la bebida llevando su caballo.

—¿Con bozal o sin bozal? — pregunté a Goyo.

—Sin bozal.

No puedo decir mi alegría cuando en la mesa ya flanqueada de veinte hombres, tomé lugar entre Goyo y un gringuito viejo que cuidaba la quinta.

—Cocinero — dijo Goyo, — pásele un plato y una cuchara al mensual nuevo.

—¿Mensual nuevo? — rió el muchacho que hoy había hecho burla de mi pedido de trabajo. — ¿Será pa acarriar basuras?

Me dí cuenta de que aquellas palabras, que en otro pudieran haber sido maldad, no eran más que estupidez y aproveché la ocasión, no queriendo hacer mentir a Goyo, que había prometido bueno para cuando yo tuviera confianza.

—¿Pa acarriar basuras? — repetí. — Tené cuidado no vaya ser que algún día amanezcás por los zanjones.

Y como sentí que reían, recordé mis días de popularidad en el pueblo.

—Mala inclinación tenés — continué, mirando el pelo motoso y desordenado de mi interlocutor — si fuera el patrón, te mandaría cortar la porra pa rellenar pecheras.

Una risotada general acogió mi discurso. Cuando se hubo terminado, un hombre de los más viejos me reconvino con altura:

—Muchas leyes parece que tenés, pero es güeno no querer volar antes de criar bien las alas. Sos muy cachorro pa miar como los perros grandes.

Una mirada me había bastado para saber quién me hablaba y esa vez agaché la cabeza, diciendo

mansamente, como corresponde cuando se habla con un mayor:

—No crea, señor; también sé respetar.

—Así debe ser — concluyó el viejo, y después de una breve pausa volvió a correr la broma de punta a punta de la mesa.

Toda esa tarde me la pasé acarreando paja de los pesebres a los zanjones, por un trecho de unas diez cuadras. Cuando llegaba al galpón, cargaba el carro el galponero, dejando clavada en la carga la horquilla. En los zanjones esgrimía yo el instrumento, que luego venía matraqueando de una manera ensordecedora sobre las tablas del carro vacío.

La comida me halló medio dormido, pero el cansancio que me exponía a alguna burla, pasó desapercibido en el silencio general.

En el cuarto de Goyo me acomodaron un catre. No tenía yo colchón ni prenda alguna para arreglarme en el lecho poco amable, pero la fatiga siendo el mejor de los colchones, me eché envuelto en mi poncho sobre la lona desnuda y áspera, sin cuidarme de mimos. Un rato pensé en mi escapada, evoqué la casa de mis tías, sus figuras, mis rezos. El sueño cayó sobre mí, como una parva sobre un chingolo.

IV.

Horacio me despertó bruscamente sacudiéndome por los hombros.

Mi primer pensamiento fué para el día anterior: mi huída, el éxito de mi treta para preceder a Don Segundo en la estancia de Galván, la recepción de Goyo y la presentación que hizo de mí a la peonada como mensual nuevo, el incidente de la mesa.

Alboreaba y ya, por la pequeña ventana, vi rociarse de tintes dorados las nubes del naciente, largas y finas como pétalos de mirasol.

Bajé los pies del catre, me levanté con esfuerzo sobre las piernas blandas como queso, ajusté mi faja, me rasqué los ojos cuyos párpados sen-

tía más pesados que si los hubieran picado los mangangás, y me encaminé arrastrando las alpargatas hacia la cocina. Tenía frío y el cuerpo cortado de cansancio.

En torno al fogón, casi apagado, concluía de matear la peonada y ligué tres amargos que me despertaron un tanto.

—Vamos — dijo uno, y como si no se hubiese esperado sino aquella voz, nos desparramamos desde la puerta hacia rumbos diferentes.

La primera mirada del sol me encontró barriendo los chiqueros de las ovejas, con una gran hoja de palma. No era muy honroso en verdad, eso de hacer correr las cascarrias por sobre los ladrillos y juntar algunos flecos de lana sarnosa; sin embargo, estaba tan contento como la mañanita. Hacía mi trabajo con esmero, diciéndome que por él era como los hombres mayores. El fresco apuraba mis movimientos. En el cielo deslucíanse los colores volteados por la luz del día.

A las ocho nos llamaron para el almuerzo y mientras, a diente, despedazaba un trozo de churrasco, espié a mis compañeros de quienes todo quería adivinar en los rostros.

El domador, Valerio Lares, era un tape forzudo, callado y risueño; hubiera deseado hacerme

amigo suyo, pero no quería ser entrometido. Además, nadie hablaba porque el escaso tiempo de que disponíamos, quería ser aprovechado por cada uno en forma más útil.

Concluído el almuerzo, el cocinero me dijo que quedara a ayudarlo y fueron saliendo todos, hasta dejar vacío el gran aposento cuyo significado parecía resumirse en el fogón, bajo cuya campana tomó lugar la olla, rodeada de pavas como un ñandú por sus charabones.

El cocinero no fué más locuaz que el día de mi llegada, y me pasé la mañana haciendo de pinche, los ojos constantemente atraídos por la silenciosa silueta del domador que, vecino a la puerta, cosía unas riendas de cuero crudo.

Debía ser ya cerca de mediodía, cuando oímos unas espuelas rascar los ladrillos de afuera. La voz de Valerio saludó a alguien, invitándolo a que pasara a tomar unos mates. Curiosamente me asomé, viendo al mismo Don Segundo Sombra.

—¿Pasiando? — preguntaba Valerio.

—No, señor. Me dijeron que aquí había unas yeguas pa domar y que usté estaba muy ocupao.

—¿No gusta dentrar a la cocina?

—Güeno.

Los dos hombres se arrimaron al fogón. Don

Segundo dió los buenos días sin parecer reconocerme; ambos tomaron asiento en los pequeños bancos y continuó la conversación con grandes pausas.

Volviéndose hacia mí, Valerio ordenó con autoridad:

—A ver pues, muchacho, traite un mate y cebale a Don Segundo.

—¿Este?

—No. Ese es de Gualberto que' es medio mañero. Agarrá aquel otro sobre la mesa.

Encantado puse una pava al fuego, activé las brasas y llené el poronguito en la yerbera.

—¿Dulce o amargo?

—Como caiga.

—Dulce, entonces.

—Güeno.

Arrimé un banco para mí y, mientras el agua empezaba a hacer gorgoritos, contemplé a Don Segundo con cierto resentimiento, por no haber sido en su saludo un poco menos distraído.

Como nadie hablaba, me atreví a preguntarle:

—¿No me reconoce?

Don Segundo me miró sin dignarse hacer un esfuerzo para darme gusto.

—Yo juí — agregué — el que le espantó el re-

domón ayer noche en las quintas del pueblo.

Lejos de la exclamación que esperaba, mi hombre se puso a observarme con atención, como si algo curioso había esperado encontrar en mi semblante.

—La lengua — dijo — parece que la tenés pelada.

Comprendí y se me encendió la cara. Don Segundo temía una indiscreción y prefería no conocerme. Un rato largo quedamos en silencio, y el diálogo interrumpido entre el forastero y el domador volvió a arrastrarse lentamente.

—¿Son muchas las yeguas?

—No, señor. Son ocho no más, son.

—Me han dicho que los animales d'esta cría saben salir flojos de cincha.

—No, señor; son medioh'idiosos no más, son.

La campana llamó para la comida. Don Segundo seguía chupando la bombilla y ya había yo cambiado dos veces la cebadura.

Fueron cayendo los peones abotagados de calor, pero alegres de haber concluído por un tiempo con el trabajo. Siendo casi todos conocidos del forastero, no se oyó un rato sino saludos y "güenos días".

Poco dura la seriedad en una estancia cuando

en ella trabajan numerosos muchachos inquietos y fuertes. Goyo tropezó en los pies de Horacio. Horacio le arrojó por la cabeza un pellón. La gente hizo cancha a aquellos mocetones incómodos, acostumbrados a andar golpeándose por todos los rincones.

—¡A dedo tiznao, maula! — convidó Horacio, y ambos visteadores por turno pasaron sus dedos sobre la panza de la olla.

Las piernas abiertas en una guardia corta, que permite rápidas cuerpeadas y embestidas, el brazo adelante como si lo guareciera el poncho, la derecha movediza en cortas fintas, Goyo y Horacio buscaban marcarse.

Paró la chacota, cuando Horacio se echó a la cara las puntas del pañuelo que llevaba al cuello, queriendo disimular la raya de hollín que sesgaba su mejilla.

—Sos muy pesao — decía Goyo.

—Ya te tuvo que contar tu hermana.

—¿De cuándo comemos chancho en casa?

Interrumpió la bulla la entrada del patrón, hombre de aspecto ríspido. Don Segundo se adelantó hacia él, diciéndole el objeto de su venida. Salieron a conversar y la cocina quedó como en misa.

Don Segundo comió con nosotros y dijo que se había arreglado para empezar la doma esa misma tarde. Valerio se comidió a echar las yeguas al corral, cuando cayera un poco el sol, para que sufrieran menos.

—Si necesita algún maniador, riendas o lo que se ofrezca, yo le puedo emprestar lo que guste.

—Muchas gracias. Creo que tengo todo.

A pesar de mi fatiga no pude dormir la siesta, pensando en cómo haría para asistir a la domada. Sabía que el patrón había recomendado a Don Segundo el mayor cuidado, visto su peso, pero ¿hasta dónde puede evitarse que un potro corcovee?

Llegado el momento, me arreglé para llevar a los zanjones unas cargas de alambres rotos, fierros viejos y varillas quebradas. Camino haciendo, cruzaría por la playa y tal vez me cupiera en suerte presenciar el trabajo.

Adivino lo que había previsto. Las tres primeras yeguas salieron mansas, dando trabajo sólo a los padrinos. La cuarta quiso librarse del bulto que pesaba en sus lomos, pero fué vencida por las manos potentes del domador que le impedía agachar la cabeza.

La quinta fué trigo de otra chacra y como no pudiera correr, corcoveó furiosamente, a vueltas,

del modo más duro y peligroso.

Tuve la ganga de que esto coincidiera con una vuelta mía de los zanjones y de cerca oí el grito ahogado de la bestia, el sonar de las caronas, el golpear descompasado de las patas contra el suelo, en cuyo apoyo la yegua buscaba desesperadamente el contragolpe brusco. El cuerpo del hombre grande estaba como atornillado en los bastos, mientras la cara broncínea decía el esfuerzo y la boca entreabierta jadeaba breves palabras:

—...Déjela de ese lao... atráquese a la derecha a ver si se enderieza... ¡aura sí!... ¡hasta que se desaugue!

Los padrinos trataban de seguir aquellas órdenes, aunque no hubiera más remedio que quedar a distancia, esperando intervenir de un modo eficaz. La yegua no gritaba ya. Don Segundo calló. Era como si ambos estuviesen atentos a un intenso trabajo mental, hecho de malicias y sorpresas, de resistencia y bizarría.

El animal, ya entregado, resistió pasivamente los tirones que debían ablandarle la boca. Don Segundo se desmontó en un salto ágil, que le colocó a distancia prudente. Su respiración buscaba, hondamente, satisfacer el ansia de aire, levan-

tando su torax vasto. Tenía las manos aun encogidas de haber estrangulado las riendas, las piernas moldeadas por el recado arqueábanse sobre los pies, como para solidificar su equilibrio, y sus hombros echados hacia atrás, a fin de despejar el pecho, parecían complacerse de sentir su capacidad de dominio.

Lastimosa, la yegua, cuyo cogote sudado apenas podía sostener la cabeza, jadeaba afanosamente, los ijares temblorosos y vacíos.

—Esta no es como la zaina — dijo Valerio con cierta satisfacción.

—No, señor; — replicaba Don Segundo con su asombrada voz de falsete — ésta es alazana.

De pronto recordé que estaba en mi petizo Sapo, con mi carrito de pértigo a la cincha, abriendo la boca ante los ojos mismos del patrón y un susto repentino me hizo castigar al pobre bichoco, tomando rumbo a las casas al compás del férreo canto de la horquilla, que temblequeaba sobre las planchas del carrito. ¡Dale música hermano y moveme esos güesitos!

A la oración, el señor me mandó llamar para que le cebara unos mates, bajo la sombra ya oscura de un patio de paraísos. Para eso tuve que ir a la cocina de adentro. La cocinera, que me

entregó el poronguito, me hizo largas recomendaciones, diciéndome casi que el patrón me iba a comer, si veía nadar unos palitos en la boca de plata. Desagradablemente me acordé de mis tías. ¿Pa qué servían las mujeres? Pa que se divirtieran los hombres. ¿Y las que salían fieras y gritonas? Pa la grasería seguramente, pero les andaban con lástima.

El patrón me preguntó de dónde era, si tenía familia, y si hacía mucho que salía a trabajar. Contesté aproximadamente la verdad de miedo de pisar en alguna trampa y ser mandado al pueblo.

—¿Qué edad tenés?

—Quince años — contesté, agregándome uno.

—'Sta bien.

Sonaron los últimos chupetazos en la bombilla.

—No cebés más... Volvete pa la cocina y mandámelo a Valerio.

Hubo gran contento en la cocina después de la comida. Al día siguiente sería domingo y la gente preparaba su ida al pueblo. Los muchachos se daban bromas precisas, siendo conocidos los amoríos de cada uno. Los que tenían familia se iban esa misma noche, para volver el lunes de madrugada. Los puesteros tal vez se decidieran también al viajecito para hacer alguna com-

pra necesaria; pero los más quedarían de seguro en sus ranchos, "haciendo sebo", o vendrían a las casas principales a jugar una partida de bochas, en la cancha que había bajo un despejado plantío de moreras.

Los más viejos protestaban diciendo que ya no había corridas de sortija, ni carreras, ni "entretención" alguna. Medio dormido me acomodé en un rincón, cerca de un grupo formado por Don Segundo, Valerio y Goyo, que quería aprender el oficio, y escuchaba en lo posible los comentarios del trabajo brutal, lleno de sutilezas y mañas.

Atento a las lecciones, me hamacaba hacia atrás sobre mi pequeño banco con maquinal vaivén de cuna. Poco a poco las voces fueron siendo como pensamientos confusos del fogón en vías de apagarse y sentía muy patente un pie, porque lo tenía pisado con el otro.

Aquella presión de la alpargata me era agradable y al imprimir a mi banco su lento balanceo, mi empeine sufría con placer el áspero contacto de la tosca suela de soga.

Mis tías me hubieran reñido seguramente por tan curioso entretenimiento, pero estaban tan lejos, tan lejos, que apenas oía sus veces sumidas en

un rezo, singularmente grave... ¿por qué tenían mis tías esa voz de cura?...

De pronto el banco, en que había concluído por dormirme, cayó hacia atrás, bruscamente. Mis espaldas comprimieron un manojo de leña y las pequeñas ramas al quebrarse me hincaron las costillas como espuelas.

V.

A los quince días estaban mansas las yeguas. Don Segundo, hombre práctico y paciente, sabía todos los recursos del oficio. Pasaba las mañanas en el corral manoseando sus animales, golpeándolos con los cojinillos para hacerles perder las cosquillas, palmeándoles las ancas, el cogote y las verijas, para que no temieran sus manos, tusándolos con mil precauciones para que se habituaran al ruido de las tijeras, abrazándolos por las paletas para que no se sentaran cuando se les arrimaba. Gradualmente y sin brusquedad, había cumplido los difíciles compromisos del domador y lo veíamos abrir las tranqueras y arrear novillos con sus redomonas.

—Las yeguas ya están mansitas — dijo, al cabo, al patrón.

—Muy bien — respondió Don Leandro — sígalas unos días, que después tengo un trabajo para usté.

Pasadas mis dos semanas de gran tranquilidad, en que sólo rabié con las perezas del petizo Sapo, habíame caído una mala noticia:

En el pueblo sabían mi paradero, y posiblemente querrían obligarme a volver para casa. Esa isoca no me haría daño porque ya estaba en parva mi lino. Antes me zamparía en un remanso o me haría estropear por los cimarrones, que aceptar aquel destino. De ningún modo volvería a hacer el vago por las calles aburridas. Yo era, una vez por todas, un hombre libre que ganaba su puchero, y más bien viviría como puma, alzado en los pajales, que como cuzco de sala entre las faldas hediondas a sahumerio eclesiástico y retos de mandonas bigotudas. ¡A otro perro con ese hueso! ¡Buen nacido me había salido en la cruz!

Apenado, no hice caso de la actividad desplegada en torno mío por la peonada. Los más, en efecto, habían tomado un aspecto misterioso y ocupado, que no comprendí sino cuando me in-

formaron de que habría aparte y luego arreo.

Por segunda vez parecía que la casualidad me daba la solución. ¿No decidí pocos días antes escapar, por haberme marcado un camino el paso de Don Segundo? Pues esa vez me iría detrás de la tropa, librándome de peligros lugareños con sólo mudar de pago. ¿A dónde iría la tropa? ¿Quiénes iban de reseros?

A la tarde Goyo me informó, aunque insuficientemente, a mi entender.

La tropa sería de quinientas cabezas y saldría de allí dos días para el Sur, hacia otro campo de Don Leandro.

—¿Y quiénes son los reseros?

—Va de capataz Valerio y de piones Horacio, Don Segundo, Pedro Barrales y yo, a no ser que mandés otra cosa.

Don Segundo fué más parco aun en sus explicaciones, y yo no sabía por entonces a qué se debía ese silencio despreciativo que usan los que se van, cuando hablan con los que quedan en las casas.

—¿Podré dir yo?

—Si te manda el patrón.

—¿Y si no me manda?

Don Segundo me miró de arriba abajo y sus

ojos se detuvieron a la altura de mis tobillos.

—¿Qué es lo que busca? — pregunté fastidiado por su insistencia.

—La manea.

—¿Ande la tiene?

—Craiba que te la habías puesto.

Un momento tardé en darme cuenta de su decir. Cuando comprendí hice lo posible por reírme, aunque me sintiera burlado con justicia.

—No es que me haiga maniao Don, pero tengo miedo que el patrón se me siente.

—Cuando yo tenía tu edá, le hacía el gusto al cuerpo sin pedir licencia a naides.

Aleccionado me alejé tratando de resolver el conflicto creado por las ansias de irme y el temor de un chasco.

Como Don Jeremías se había mostrado bondadoso, a él dirigí aunque tartamudeando mi pedido. El inglés se encogió de hombros:

—Valerio te dirá si te quiere yevar.

Valerio, de quien menos esperaba yo comedimiento, me dijo que hablaría con el patrón, pidiéndole permiso para agregarme a los troperos con medio pago.

—Mirá, — agregó — que el oficio es duro.

—No le hace.

—Güeno, esta noche te vi a contestar.

Cuando media hora más tarde, Valerio me hizo una seña desde el palenque, largué los platos que estaba limpiando en la cocina y salí corriendo.

—Podés dir juntando tus prendas y preparando la tropilla.

—¿Me lleva?

—Ahá.

—¿Habló con el patrón?

—Ahá.

—¡Ese sí que eh'un hombre gaucho! — prorrumpí lleno de infantil gratitud.

—Vamoh'a ver lo que decís cuando el recao te dentre a lonjiar las nalgas.

—Vamoh'a ver — contesté seguro de mí mismo.

La botaratada es una ayuda porque una vez hecho el gesto, se esfuerza uno en acallar todo pensamiento sincero. Ya está tomada la actitud y no queda más que hacer "pata ancha". Pero la ausencia del público corrige luego las resoluciones tomadas arbitrariamente, de suerte que cuando quedé solo púseme, a pesar mío, a consultar las posibilidades de sostener mi gallardía. ¿Cómo hablaría, en efecto, cuando "el recao me dentrara a lonjiar las nalgas?" ¿Qué tal me sabería dormir al raso una noche de llovizna? ¿Cuáles me-

dios emplearía para disimular mis futuros sufrimientos de bisoño? Ninguna de estas vicisitudes de vida ruda me era conocida y comencé a imaginar crecientes de agua, diálogos de pulpería, astucias y malicias de chico pueblero que me pusieran en terreno conocido. Inútil. Todo lo aprendido en mi niñez aventurera, resultaba un mísero bagaje de experiencia para la existencia que iba a emprender. ¿Para qué diablos me sacaron del lado de mama en el puestito campero, llevándome al colegio a aprender el alfabeto, las cuentas y la historia, que hoy de nada me servían?

En fin, había que hinchar la panza y aguantar la cinchada. Por otra parte, mis pensamientos no mellaban mi resolución, porque desde chico supe dejarlos al margen de los hechos. Metido en el baile bailaría, visto que no había más remedio, y si el cuerpo no me daba, mi voluntad le serviría de impulso. ¿No quería huir de la vida mansa para hacerme más capaz?

—¿Qué estah'ablando solo? — me gritó Horacio que pasaba cerca.

—¿Sabeh'ermano?

—¿Qué?

—¡Que me voy con el arreo!

—¡Qué alegría pa la hacienda! — exclamó Ho-

racio, sin la admiración que yo esperaba.

—¿Alegría? ¡No ves que voy de a pie!

—¡Oh! no le andás muy lejos.

—Verdá, hermanito — confesé pensando en mis dos petizos. — ¿No sabés de ningún potrillo que me pueda comprar?

—¿Te vah' acer domador?

—Vi arreglarme como pueda. ¿No sabés de nenguno?

—Cómo no, aquí cerquita no más, en la chacra de Cuevas, vah' a hallar lo que te conviene... y baratito — concluyó Horacio dándome buenos datos, después de haber comenzado mofándose de mi indigencia.

—¡Graciah'ermano!

A la caída del sol tomé rumbo a lo de Cuevas. La chacra estaba a unas quince cuadras atrás del monte, y me fuí a pie para disimular mi partida al patrón, que podía disgustarse, y a los peones que se burlarían de mi audacia, conociendo mi falta de capital para un negocio.

Salí por un grupo de eucaliptos, pisando en falso sobre los gajos caídos de algunas ramas secas y enredándome a veces en un cascarón, por ir mirando para atrás. Al linde de la arboleda descansé mi andar, asentando las alpargatas sobre la

lisa dureza de una huella; poco a poco fuí acercándome al rancho, por un maizalito de unas pocas cuadras.

Andando distraídamente, pensaba en cómo haría mi oferta de compra y mi promesa de pagar más adelante, y resolví cerrar el trato, si el negocio convenía, prometiendo pasar al día siguiente para verificar el pago y llevarme el potrillo.

De pronto sentí en el maizal que iba orillando mi huella, un ruido de tronquillos quebrados y no pude impedir un intuitivo salto de lado. Entre la sementera verde, reía la cara morocha de una chinita y una mano burlona me dijo adiós, mientras encolerizado seguía mi camino interrumpido por el miedo grotesco.

Un enorme perro bayo me cargó haciéndome echar mano al cuchillo, pero la voz del amo fué obedecida. Estaba junto a las poblaciones: un rancho de barro prolijamente techado de paja con, al frente, un patio bien endurecido a agua y escoba. En un corralito vi unos doce caballos y entre ellos un potrillo petizón de pelo cebruno.

—Güenas tardes, señor.

—Güenas tardeh'amigo.

—Soy mensual de las casas..., vengo porque me han dicho que tenía un potrillo pa vender.

El hombre me estudiaba con ojos socarrones y adiviné una ligera sonrisa dentro de la barba.

—¿Eh' usté el comprador?

—Si no manda otra cosa.

—Ahí está el potrillo..., lo doy por veinte pesos.

—¿Puedo mirarlo?

—Cómo no..., hasta que se enllene.

Tras una corta mirada, que no fué muy clara, dada la turbación que me infundía mi papel importante, volví hacia el dueño.

—Mañana, con su licencia, vendré a buscarlo y le traeré la plata.

—Había sido redondo pa los negocios.

—......

Un rato quedé sin saber de qué hablar y como aquel hombre parecía más inclinado a la ironía muda que al gracejo, saludé, llevándome la mano al sombrero, y dí frente a mi huellita.

El perro bayo quiso cargarme, pero, decididamente, su amo sabía hacerse obedecer. No sé por qué, llevaba una impresión de temor y apuré el paso hasta esconderme en el maizal, donde me sentí libre de dos ojos incómodamente persistentes.

Una pequeña silueta salió a unos veinte metros delante mío, poniéndose a caminar en el mismo

sentido que yo. Por el pañuelito rojo que llevaba atado en la cabeza y el vestido claro, reconocí a la chinita de hoy.

Sin preguntarme con qué objeto, me puse a correr tras aquella grácil silueta, escondiéndome en las orillas del maizal.

Advertida por mis pasos, se dió vuelta de pronto y habiéndome reconocido, rió con todo el brillo de sus dientes de morena y de sus ojos anchos.

Yo nunca había tenido miedo sino delante de mujeres grandes, por temor a las burlas de quienes estaban acostumbradas a juguetes más serios, pero esa vez me sentí preso de una exaltación incómoda.

Para vencerme, pregunté imperativamente:

—¿Cómo te llamás?

—Me llamo Aurora.

Su alegría y la malicia de sus ojos disiparon mi timidez.

—¿Y no tenés miedo que te muerda algún tigre, andando ansí solita por el maizal?

—Aquí no hay tigres.

Su sonrisa se hizo más maliciosa. Su pequeño busto se irguió con orgullo y provocación.

—Puede venir uno de pajuera — apoyé significativamente.

—No será cebao en carne' e cristiano.

Su desprecio era duro e hirió mi amor propio. Extendí hacia ella mi mano. Aurora hizo unos pasos atrás. Entonces sentí que por ningún precio la dejaría escapar y rápidamente la tomé entre mis brazos, a pesar de su tenaz defensa y de sus amenazas.

—¡Largame o grito!

Empeñosamente la arrastré hacia el escondite de los tallos verdes, que trazaban innumerables caminos. Entorpecido por su resistencia, tropecé en un surco y caímos en la tierra blanda.

Aurora se reía con tal olvido de su cuerpo que hacía un rato tenazmente defendía, que pude aprovechar de aquel olvido.

Un solo momento calló, frunciendo el rostro, entreabriendo la boca como si sufriera. Luego volvió a reír.

Orgulloso no pude dejar de decirle:

—¿Me querés, prendita?

Aurora enojada me apartó de un solo golpe, poniéndose de pie.

—Sonso,... sinvergüenza..., decí que sos más juerte.

Y la dejé que se fuera, muy digna, murmurando frases que consolaban su pudor y su amor propio.

VI.

A las tres de la mañana, despertóme mi propia impaciencia. Cuando fuera día saldríamos, llevando nuestra tropa, camino al desconocido. Aguanté en lo posible mi turbulencia, diciéndome las múltiples obligaciones, en las cuales una falla sería luego castigada severamente. Recordé que mi recado estaba en el galpón de los padrillos, donde lo había dejado por su proximidad con el palenque. El petizo reservado para mis primeras horas, estaba en el corral, mientras su compañero y mi nueva adquisición, debían encontrarse en compañía de la tropilla de Goyo. Las mudas que había dispuesto llevar yacían apiladas a los pies de mi catre. ¿Tabaco?... tenía un paquete de picadura y papel para armar.

Hecha mi revisación de haberes, me sentí feliz rememorando cómo los preparativos de ese primer viaje fueron fáciles para mí. El patrón me había hecho entregar los veinticinco pesos de mi sueldo mensual, con los cuales pude pagar el potrillo, sobrando para "los vicios".

¿Qué más quería? Tres petizos, de los cuales uno chúcaro que podía reservarme una mala sorpresa es cierto, recado completo con su juego de riendas y bozal, su manea, lonjas y tientos, ropa para mudarme en caso de mojadura y buen poncho que es cobija, abrigo e impermeable. Con menos avíos, a la verdad, suele salir un resero hecho.

Concluído aquel recuento, al tiempo que anudaba las alzaprimas de mis espuelas, me incorporé satisfecho, echando, no sin tristeza, una mirada a mi cuartito y al catre, que quedaba desnudo y lamentable como una oveja cuereada. Adiós vida de estancia, ya veríamos lo que nos reservaban los caminos y el campo sin huellas.

Con las dos mudas envueltas en el poncho, puesto en la cintura, salí andando de a pedacitos hasta afuera y me detuve un rato, porque la noche suele ser traicionera y no hay que andar llevándosela por delante.

Respiré hondamente el aliento de los campos dormidos. Era una oscuridad serena, alegrada de luminares lucientes como chispas de un fuego ruidoso. Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande.

A lo lejos oí tintinear un cencerro. Alguno andaría agarrando caballo o juntando la tropilla. Los novillos no daban aún señales de su vida tosca, pero yo sentía por el olor la presencia de sus quinientos cuerpos gruesos.

De pronto oí correr unos caballos; un cencerro agitó sus notas con precipitación de gotera. Aquellos sonidos se expandían en el sereno matinal, como ondas en la piel somnolente del agua, al golpe de algún cascote. Perdido en la noche, cantó un gallo, despertando la simpatía de unos teros. Solitarias expresiones de vida diurna, que amplificaban la inmensidad del mundo.

En el corral, agarré mi petizo, algo inquieto por el inusitado correr de sus compañeros libres. Al ponerle el bozal sentí su frente mojada de rocío. Sobre el suelo húmedo oí rascar las espuelas de Goyo que andaba buscando alguna prenda.

—Güen día, hermano — dije despacio.

—Güen día.

—¿Se te ha perdido algo?

—Ahá, el arriador.

—¿Cuál?

—El cabo'e plata.

—Está en el cuarto contra el baúl.

—Vi a alzarlo.

—¿No matiamos?

—Aurita.

Mientras Goyo buscaba su arriador, ensillé chiflando mi petizo que dormitaba, gachas las orejas, resoplando a intervalos con disgusto.

Cuando entré a la cocina, estaban ya acompañando a Goyo, Pedro Barrales y Don Segundo.

—Güenos días.

—Güenos días.

Horacio entró descoyuntándose a desperezos.

—Te vah'a quebrar — rió Goyo.

—¿Quebrar?... Ni una arruguita le vi a dejar al cuerpo.

Silencioso, Valerio transpuso el umbral, dirigiéndose a un rincón, donde en cuclillas se calzó un brillante par de lloronas de plata. Después rodeamos el fogón y el mate comenzó a hacer sus visitas.

Cada cual vivía para sí y mi alegría de pronto se hizo grave, contenida. Un extraño nos hubiese creído apesadumbrados por una desgracia.

No pudiendo hablar, observé.

Todos me parecían más grandes, más robustos y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte.

Sus ropas no eran las del día anterior; más rústica, más práctica, cada prenda de sus indumentarias decía los movimientos venideros.

Me dominó la rudeza de aquellos tipos callados y, no sé si por timidez o por respeto, dejé caer la barbilla sobre el pecho, encerrando así mi emoción.

Afuera los caballos relinchaban.

Don Segundo se puso en pie, salió un momento, volvió con un par de riendas tiocas y fuertes.

—Traime un poco de sebo, muchacho.

Lentamente untó el cuero grueso con la pasta, que a las tres pasadas perdió su blancura.

Valerio acomodó una poca ropa en su poncho, que ató en torno a su cintura, sobre el tirador.

Pedro Barrales se asomó hacia la noche, dió un sonoro rebencazo en un banco y dijo con mueca de resignación:

—Me parece que a mediodía, el sol nos va a hacer hervir los caracuces.

De un movimiento coincidente salimos sin necesidad de ser mandados. Las espuelas resonaron en coro, trazando en el suelo sus puntos suspensivos. La noche empezaba a desmayarse.

En el palenque tomamos cada cual su caballo y salimos tranqueando por la playa.

—Goyo — dijo Valerio — andá sacando los caballos...; nosotros vamoh'a buscar la tropa... Vos, muchacho, seguilo a Goyo. Ya es güeno que nos movamos.

Por primera vez el capataz daba una orden y esto era como un paréntesis abierto para el arreo.

Valerio, Horacio y Barrales galoparon hacia un potrero cercano, en que se veía confusamente el bulto de los novillos echados. Goyo y yo abrimos la tranquera del corral, dejando salir las tropillas que pronto hicieron familia, cada cual con su madrina, cuyo cencerro les sirve de voluntad.

—Abriles la puerta del potrero grande y quedate adelante pa que no disparen.

Había empezado mi trabajo y con él un gran orgullo: orgullo de dar cumplimiento al más macho de los oficios.

Primero tuve que espolear mi petizo y correr de un punto a otro, para sujetar los ímpetus li-

bertarios de las tropillas, pero muy pronto las madrinas baquianas comprendieron, tomando sometidamente el camino. Marchando bien las madrinas, podía reírme de las rebeldías de los más briosos, que un silbido y un "vuelva pingo" cortaba de cuajo. Tranquilo marché, sabiéndome seguido.

De la playa venían los gritos y el ruido de la tropa en marcha; rumor de guerra con sus tambores, sus órdenes, sus quejidos, carreras, choques y revolcones. Aquello se acercaba, aumentando en tamaño y pronto distinguimos un pesado entrevero de colores y formas en la luz naciente.

Fuése calmando la tropa hasta formar una sola masa de movimiento, de la cual yo era el principio tallado en punta.

En mi aislamiento y mientras el amanecer iba haciendo su obra, me sentí de pronto triste. ¿Por qué? Tal vez fuera un detalle del oficio. Hoy en la cocina, antes de la partida, no había oído ninguna risa, sorprendiéndome, por el contrario, la seriedad de las expresiones. ¿Sería porque dejaban algo detrás suyo? ¿Sería un pasajero momento de duda al iniciar la tarea, en que corrían el albur de no volver más a sus pagos, a sus familias? No conociendo lo que era extrañar la querencia, explicábame a medias los sentimientos

nostálgicos. ¿Sería, entonces, por las chinas y los guachitos? ¿Y qué tenía yo que ver con eso? Una carita olvidada en el trajín de mi partida, se presentó nítida a mis ojos. Aurora.

Aurora, pensé, ¿qué tenía que ver conmigo sino el compartimiento de un juego sin mayor pasión, dada nuestra rudimentaria sensualidad?

Sin embargo, la imagen no retrocedió ante mi pensamiento. ¿En qué andaría a esas horas? ¿No estaría triste, a pesar de la sonrisa con que me había despedido la noche antes, en el maizal?

Idear una expresión de llanto en su pequeño rostro hecho de alegría, me echó en un repentino enternecimiento.

"Chinita", dije casi fuerte, y mordí la manijera del rebenque mirando hacia adelante, para abstraerme en otra cosa.

El día se iba preparando hacia el Este con vibración potente. Mi petizo escarceaba seguido como llamando la madrugada. Ya un pájaro tendía el vuelo sobre la llanura.

Los recuerdos de mis últimas dos horas en la estancia, parecían empaparse de finura y lejanía.

Al día siguiente de mi primer encuentro con Aurora, había ido a hacer efectiva mi compra, y

de vuelta la encontré en el mismo lugar, pero esa vez hosca.

—Güenas tardes.

—Güenas.

—¿Estah'enojada?

—¡No he de estar! Anoche, por culpa tuya, he perdido una sortija entre el maíz y mama me ha pegao una paliza.

—¿Querés que la busque? — pregunté, no sin malicia.

—¿Te acordás dónde jué?

—¡Cómo no me vi'acordar, preciosa!

—Sonso.

Después, juntos habíamos buscado la pequeña joya y habíamos encontrado nuestros juegos.

Esa tarde no me había reñido, y al apartarnos, no fuí yo quien dijo:

—Mañana te espero.

Pobre chinita, aquel mañana había sido nuestro último encuentro.

Distrájome de mis pensamientos la cruzada del río. Volvió a formarse el remolino y el griterío, osciló la tropa asustada, hasta que los primeros novillos se echaron al agua. Llenóse de espuma, de risas y roturas, la corriente arisca; salimos a la otra orilla con las cinchas goteando y alguno que

otro salpicón en las bombachas.

Sobre la tierra, de pronto oscurecida, asomó un sol enorme y sentí que era yo un hombre gozoso de vida. Un hombre que tenía en sí una voluntad, los haberes necesarios del buen gaucho y hasta una chinita querendona que llorara su partida.

VII.

Con la salida del sol, vino el fresco que nos trajo una alegría ávida de traducirse en movimiento. Dejando el río a nuestras espaldas, cruzamos la rinconada de un potrero para entrar, por una tranquera, al callejón.

En aquel camino, que corría entre sus alambrados como un arroyo entre sus barrancas, el andar de la tropa se hizo tranquilo y el peligro de un desbande más remoto.

Sujetando mi petizo, me coloqué a una orilla y esperé la llegada de Goyo, para dar expansión a mi estado comunicativo.

—Si querés, volvete p'atrás — me dijo.

—Güeno.

Sin moverme, dejé pasar la tropa. Los novillos caminaban con pausa y sin cansancio. Unos pocos balaban, mirando hacia la estancia. De vez en cuando, una cornada producía un hueco de algunos metros que volvía a rellenarse, y la marcha seguía pausada, sin cansancio. Al enfrentarme, las bestias hacían una curva a distancia, observándome desconfiadamente. Muchos se detenían, las narices levantadas, olfateando con curiosidad.

Absorto en el movimiento de las paletas fuertes y el cabeceo rítmico, esperé a los troperos. El sol matinal, pegando de soslayo en aquellos cuerpos, dorábales el perfil de un trazo angosto y las sombras se estiraban sobre el campo, en desmesurada parodia.

Pronto me vi envuelto en un asalto de bromas.

—'Stan muy amontonaos pa contarlos — reía Pedro Barrales.

—No, si está eligiendo la res pa ponerle el lazo — contestábale Horacio.

—¡Mozo! — gritó Valerio — si se me hace que ya lo veo atravesao sobre del recao y con las nalgas p'arriba pa que lah'alivee el fresco.

—Me están boliando parao, — retruqué — dejenmé siquiera que corra un poco.

La conversación se hacía a gritos, mientras, uno de aquí, otro de allá, menudeábamos porrazos a los rezagados que marcaban un intento de escapar para la querencia.

—Vez pasada — contó Pedro — cuando juimos de viaje pa Las Heras, ¿te acordah' Oracio?, lo llevábamos de bisoño a Venero Luna. Hubieran visto la bulla que metía este cristiano. Puro floriarse entre el animalaje. Tenía una garganta como trompa' e línea y dele pacá, dele payá, les gritaba: "Ajuera guay, ajuera guay". Pero, cuando llevábamos cinco días de arreo, al hombre se le jueron bajando los humos. A la llegada, ya casi ni se movía. "Era ey, era ey", decía como si estuviese rezando y estaba de flaco y sumido que me daban ganas de atarlo a los tientos.

—Sí, — acentuaba gravemente Valerio — pa empezar, toditos somos güenos.

Y quedaron, un momento, saboreando aquella gloria de sus cuerpos resistentes. ¿Qué muchacho no ha probado el oficio? Sin embargo, no abundaban los hombres siempre dispuestos a emprender las duras marchas, tanto en invierno como en verano, sufriendo sin quejas ni desmayos la brutalidad del sol, la mojadura de las lluvias, el

frío tajeante de las heladas y las cobardías del cansancio.

Asaltado de dudas, repetí el decir de Valerio: "Pa empezar, toditos somos güenos". ¿Me vería yo vencido después de mi primer ensayo? Eso sólo podría decirlo el futuro; por el momento, lejos de arredrarme sentí un gran coraje, y tuve la certeza de que me había de romper el alma, antes que ceder a las fatigas o esquivar algún peligro del arreo.

Tan valiente me juzgué que resolví ensillar, en la primer parada, mi petizo potro y así demostrarme a mí mismo la decisión de tomar las cosas de frente. La mañana invita con su ejemplo, a una confianza en un inmediato más alto y yo obedecía tal vez a aquella sugestión.

Mientras iba afirmándome en mi resolución, vi que llegábamos a un boliche. Era una sola casa de forma alargada. A la derecha, estaba el despacho, pieza abierta amueblada con un par de bancos largos, en los que nos sentamos como golondrinas en un alambre. El pulpero alcanzaba las bebidas por entre una reja de hierro grueso, que lo enjaulaba en su vasto aposento, revestido de estanterías embanderadas de botellas, frascos y tarros de toda laya.

El suelo estaba poblado de cuartos de yerba, damajuanas de vino, barriles de diversas formas, cojinillos, matras, bastos, lazos y otros artículos usuales. Entre aquel cúmulo de bultos, el pulpero se había hecho un camino, como la hacienda hace una huella, y por el angosto espacio iba y volvía trayendo las copas, el tabaco, la yerba o las prendas de ensillar.

Frente al despacho había un par de columnas de material, sujetando una enramada que unía el abrigo de la casa al de un patio de paraísos nudosos. Más lejos se veía la cancha de taba.

Delante de la pulpería, el callejón se agrandaba en amplia bolsa, cosa que volvía fácil el cuidado de las tropas.

A eso de las ocho echamos pie a tierra para reponernos con algún alimento.

Empezaba ya a hacer calor y traíamos una lasitud de hambre, pues estábamos en movimiento desde hacía cinco horas con sólo unos mates en el buche.

Horacio y Goyo acomodaron un fogón y prepararon el churrasco. Los demás entraron al despacho, saludaron al pulpero conocido en otros viajes, y pidieron éste una Ginebra, aquél un Carabanchel.

—¿Qué vah' a tomar? — me preguntó Don Segundo.

—Una caña'e durazno.

—Te vah'a desollar el garguero.

—Deje no más, Don.

En silencio, vaciamos nuestras copas.

Por turno, un rato más tarde "tumbiamos" y yo me eché otra caña al cuerpo.

Repuestos y alegres nos preparamos a seguir viaje. Don Segundo y Valerio mudaron caballo. Valerio ensilló un colorado gargantilla que todos lo codiciaban por su pinta vivaracha, la finura de sus patas y manos.

—¡Qué pingo pa una corrida 'e sortija! — decía Pedro Barrales.

—Medio desabordinao, no más — comentó Valerio — y capaz de hacerme una travesura cuando lo toque con lah'espuelas.

—Algún día tiene que aprender.

Así como hubo concluído de subirlo y lo tocara con las espuelas, vió Valerio que no había errado. El gargantilla se alzó "como leche hervida".

Valerio, de cuerpo pequeño y ágil, seguía a maravilla los lazos de una "bellaqueada", sabia en vueltas, sentadas, abalanzos y cimbrones. Su poncho acompasaba el hermoso enojo del bruto, que

en cada corcovo lucía la esbeltez de un salto de dorado. Sus ijares se encogían temblorosos de vigor. Su cabeza rayaba casi el suelo en signos negativos y su lomo, encorvado, sostenía muy arriba la sonriente dominación del jinete.

Al fin, la mano diestra puso término a la lucha y Valerio rió jadeante.

—¿No les dije?

—¡Hm! — comentó Pedro — no es güeno darle mucha soga.

—Si lo dejo, de seguro se me hace bellaco.

—Sería pecao... un pingo tan parejo.

Enardecido por el espectáculo, alentado por las dos cañas que me bailaban en la cabeza, recordé mi proyecto de hacía un rato.

—¿Quién me da una manito pa ensillar mi potrillo?

—¿Pa qué?

—Pa subirlo.

—Te vah'acer trillar.

—No le hace.

—Yo te ayudo — dijo Horacio — aunque no sea más que por tomar café esta noche en el velorio.

Con risas y al compás de dicharachos agarraron y ensillaron mi petizo, más pronto de lo que era menester para que yo pensara en mi temeridad.

Horacio tomó el potrillo de la oreja, le dió unos zamarreones.

—Cuando querrah'ermano.

Con sigilo me acerqué, puse el pie en el estribo y "bolié la pierna", tratando de no despertar demasiado pronto las cosquillas del cabrunito.

Las bromas me ponían nervioso. ¿Para dónde iría a salir el petizo? ¿Cómo prevendría yo el primer movimiento?

Había que concluir de una vez y, tomando mi coraje a dos manos, después de haberme acomodado del modo que juzgué más eficiente, dí la voz de mando.

—¡Larguelón no más!

El petizo no se movió. Por mi parte, no veía muy claro. Delante mío adivinaba un cogote flacucho, ridículo, un poco torcido. Al mismo tiempo noté que mis manos sudaban y tuve miedo de no poderme afirmar en las riendas.

—¿Pa cuándo? — preguntó detrás mío una voz que no supe a quién atribuir.

Como una vergüenza, peor que un golpe, sentí el ridículo de mi espera y al azar solté por la cabeza del petizo un rebencazo. Experimenté un doloroso tirón en las rodillas y desapareció para mí toda noción de equilibrio. Para mal de mis

pecados eché el cuerpo hacia adelante y el segundo corcovo me fué anunciado por un golpe seco en las asentaderas, que se prolongó al cuerpo en desconcertante sacudimiento. Abrí grandes los ojos previendo la caída, y echéme esta vez para atrás, pues había visto el camino subir hacia mí, no encontrando ya con la mirada ni el cogote ni la cabeza del petizo.

Otra y otra vez se repitieron los cimbronazos, que parecían quererme despegar los huesos, pero sintiendo las rodillas firmes y alentado por un "¡áura!" de mis compañeros, volví a dar un rebencazo a mi potro. Más y más sacudones se siguieron con apuro. Me parecía que ya iban cien y las piernas se me acalambraban. Una rodilla se me zafó de la grupa; me juzgué perdido. El recado desapareció debajo mío. Desesperadamente, viéndome suspenso en el vacío, tiré un manotón sin rumbo. El golpe me castigó el hombro y la cadera con una violencia que me hizo perder los sentidos. A duras penas, empero, alcancé a ponerme de pie.

—¿Te has lastimao? — me preguntó Valerio, que no se apartó de al lado mío durante mi mala jineteada.

—Nada, hermano, no me he hecho nada — res-

pondí, olvidando la deferencia que debía a mi capataz.

A unos treinta metros, Don Segundo había puesto el lazo al fugitivo y corrí en su dirección.

—¡Ténganmelo!

—¿Pa llorarlo luego al finadito? — rió Goyo.

—No, formal, ténganmelo esa maula que lo vi a hacer sonar a azotes.

—Déjelo pa mañana — me ordenó sin bromas Valerio — mire que tenemos que marchar y el trabajo no es divirsión.

—Me parece — dijo Don Segundo — que si éste no se sosiega, lo vamoh'a tener que mandar pa la jaula'e las tías.

Horacio me trajo embozalado al petizo de Festal chico.

VIII.

En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas, para luego borrarse en la amplitud del ambiente, sin dejar huella. Así fué como todos los rostros volvieron a ser impasibles, y así fué también, como olvidé mi reciente fracaso sin guardar sus naturales sinsabores. El callejón era semejante al callejón anterior, el cielo permanecía tenazmente azul, el aire aunque un poco más caluroso olía del mismo modo y el tranco de mi petizo era apenas un poco más vivaracho.

La novillada marchaba bien. Las tropillas que iban delante llamaban siempre con sus cencerros claros. Los balidos de la madrugada habían cesado. El traqueteo de las pesuñas, en cambio, parecía más numeroso y el polvo alzado por millares de patas iba tornándose más denso y blanco.

Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar.

A veces un novillo se atardaba mordisqueando el pasto del callejón, y había que hacerle una atropellada.

Influído por el colectivo balanceo de aquella marcha, me dejé andar al ritmo general y quedé en una semiinconsciencia que era sopor, a pesar de mis ojos abiertos. Así me parecía posible andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en mis espaldas y mis hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia.

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petizo tenía sudado el cogote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pesuñas siempre livianas.

A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las sienes de manera embrutecedora. A mi lado la sombra del petizo disminuía desesperadamente despacio.

A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. No ha-

bía aire y el polvo nos envolvía como queriéndonos esconder en una nube amarillenta. Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor y las gotas que caían de sus frentes salábanle los ojos. Tenía yo ganas de dormirme en un renunciamiento total.

Al fin llegamos a la estancia de un tal Don Feliciano Ochoa. La sombra de la arboleda nos refrescó deliciosamente. A pedido de Valerio, nos dieron permiso para echar la tropa en un potrerito pastoso, provisto de aguada, y nos bajamos del caballo con las ropas moldeadas a las piernas, caminando como patos recién desmaniados. Rumbo a la cocina, las espuelas entorpecieron nuestros pasos arrastrados. Saludamos a la peonada, nos sacamos los chambergos para aliviar las frentes sudorosas y aceptamos unos mates, mientras en el fogón colocábamos nuestro churrasco de reseros y activábamos el fuego.

No tomé parte en la conversación que pronto se animó entre los forasteros y los de las casas. Tenía reseco el cuerpo como carne de charque, y no pensaba sino en "tumbiar" y echarme aunque fuera en los ladrillos.

—¿Seguirán marchando cuando acaben de comer?

—No, señor; — contestó Valerio. — El tiempo está muy pesao pa los animales... Pensamos, más bien, con su licencia, echar una siestita y caminar un poco de noche, si Dios quiere.

¡Qué placer indescriptible me dió aquella respuesta! Instantáneamente sentí mis miembros alargarse en un descanso aliviador y toda mi buena disposición volvió a mí como por magia.

—¡Lindo! — exclamé, escupiendo por el colmillo.

Uno de los peones me miró sonriente:

—Has de ser nuevo en el oficio.

—Sí — dije como para mí — soy un nuevo que se va gastando.

—¡Oh! — comentó un viejo — antes de gastarte tenés que dir p'arriba.

—Si es apuradazo — replicó Pedro Barrales. — Hoy ya subió un potrillo; iba descolgándosele por la paleta, que no le quería bajar el rebenque. Es de los que mueren matando.

—¡Güen muchacho! — dijo el viejo con los ojos risueños de simpatía. — Tomá un mate dulce por gaucho.

—Lo habré merecido cuando no me voltée, Don.

—Será mañana, pues.

—Quién sabe — intervino Goyo — no juera mejor que lo largara.

—¡Claro! — subrayé — pa ver cómo corren por el campo mis veinte pesos.

—No — volvió a interrumpir el viejito — si es ladinazo pa'l retruque.

—¡Oh! — aseguró Don Segundo — si es por pico, no hay cuidao. Antes de callarse, más bien se le va hinchar la trompa. Es de la mesma ley que los loros barranqueros.

—Ya me castigaron — concluí encogiéndome de hombros, como para prevenir un golpe, y no hablé más.

Un chico como de doce años se había sentado cerca mío y miraba mis espuelas, mis manos lastimadas en la jineteada, mi rostro cubierto por la tierra del arreo, con la misma admiración con que días antes observé yo a Valerio o a Don Segundo. Su ingenua prueba de curiosidad admirativa era mi boleta de resero.

Para que durmiera la siesta, el mismo muchacho se comidió a enseñarme un lugar aparente y le estuve de ello tan agradecido casi como de sus manifestaciones de muda simpatía.

A eso de las cuatro nos hallábamos otra vez en el callejón. Las despedidas habían sido cordiales,

después de unos pocos mates, y yo me sentía como recién parido por haberme bañado el rostro en un balde y sacudido la tierra con la blusa.

A los mancarrones les sonaba el agua en la panza y la tropa habiendo tenido tiempo de echarse y probar unos buenos bocados de gramilla, se encontraba mejor dispuesta.

Teníamos, además, la promesa cercana del frescor nocturno y eso de ir mejorando paulatinamente, hasta alcanzar un descanso, mantiene despierta la esperanza fundada.

Como a nuestra salida de la estancia, me fuí hasta adelante de las tropillas, de donde me entretuve en mirar el camino y las poblaciones lejanas, para grabar el todo en mi memoria, acaudalando así mis primeros valores de futuro baquiano.

A las dos horas de marcha, como íbamos a pasar frente a un puesto, Goyo llegó hasta mí para transmitirme una orden de Valerio.

—Vení conmigo... Vamoh'a carniar un cordero y despueh' alcanzamos la tropa.

—No sirvo, hermano, pa'ese trabajo.

—No le hace. Te vah'a ir acostumbrando.

Mientras el arreo seguía su camino, nos apeamos en el rancho, cuyo dueño nos recibió como a conocidos viejos.

—¿Un borrego? — dijo cuando Goyo le hubo explicado nuestra necesidad de carne — enseguidita no más.

No hubo discusión por el precio.

Goyo era baquiano y ligero. Mi atareada inutilidad le hacía reír sin descanso. No bien había yo rasgado el cuero de una pata, cuando ya su cuchillo, viniendo por la panza, me amenazaba con la punta. Con tajos largos y certeros separaba el cuero de la carne y, una vez abierta la brecha, metía en ella el puño con el que rápidamente procedía al despejo de la bestia. Haciendo primero un círculo con la hoja en derredor de las coyunturas, quebró las cuatro patas en la última articulación. Entre el tendón y el hueso del garrón, abrió un ojal en el que pasó la presilla de cabestro y, arrimándose a un árbol, tiró por sobre una rama la punta opuesta, de la cual me colgué con él hasta que quedara suspendida la res.

Rápidamente abrió la panza, sacó a vueltas y revueltas el sebo de tripa, despojó el vientre de desperdicios, el torax de bofes, hígado y corazón.

—¿Pa eso me has llamao? — pregunté estúpidamente inactivo, avergonzado de mis manos que colgaban también como desperdicios.

—Aura me vah'ayudar pa llevar la carne.

Concluída la carneada, metimos cada cual nuestro medio borrego en una bolsa de arpillera, lo atamos a los tientos y, despidiéndonos del puestero, que nos hizo traer unos mates con una chinita flaca y huraña, nos fuimos a trote de zorrino hasta alcanzar la tropa, que por cierto no se había distanciado mucho.

Más apocado por mi ignorancia de carneador que por mi golpe de la mañana, me fuí de nuevo hacia adelante mascando rabia. Horas antes había visto el buen lado de la taba, cuando el chico de lo de Don Feliciano miraba asombradamente mis pilchas y aposturas de resero; y no me había acordado que el huesito tenía otra parte designada con un nombre desdoroso; esa la veía, sólo cuando mi impericia de bisoño se topaba con una de las tantas realidades del oficio. ¿Cuántos otros desengaños me esperaban?

Antes de andar haciéndome el "taita", tenía por cierto que aprender a carnear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales y cabestros, lonjear, sacar tientos, echar botones, esquilar, tusar, bolear, curar el mal del vaso, el aba, los hormigueros y qué sé yo cuántas cosas más. Desconsolado ante este programa, murmuré a título de máxima: "Una cosa es cantar

solo y otra cosa es con guitarra".

En esos trances me asaltó la tarde en una rápida fuga de luz. Acobardado por mi soledad, volvíme con los otros para saber a qué hora comeríamos.

Cenamos en campo abierto. Cerca del callejón había una cañada con unos sauces, de donde trajimos algunas ramas secas. El resplandor de la llama dió a nuestros semblantes una apariencia severa de cobre, mientras en cuclillas formábamos un círculo de espera. Las manos, manejando el cuchillo y la carne, aparecían lucientes y duras. Todo era quietud, salvo el leve cantar de los cencerros y los extrañados balidos de la hacienda.

En la cañada croaron las ranas, quebrando el uniforme siseo de los grillos. Los chajás delataban nuestra presencia a intervalos perezosos. Los gajos verdes de nuestra leña silbaban, para reventar como lejanas bombas de romerías. Sentía el dolor del cansancio mudar de sitio en mi pobre cuerpo y parecíame tener la cabeza apretada bajo un cojinillo.

No teníamos agua y había que sufrir la sed por unas horas.

Nuevamente, al andar de la tropa, proseguimos nuestro viaje.

Encima nuestro, el cielo estrellado parecía un ojo inmenso, lleno de luminosas arenas de sueño. Cada paso propagaba una manada de dolores por mis músculos. ¿Cuántos vaivenes del tranco tendría que aguantar aún?

No sabía ya si nuestra tropa era un animal que quería ser muchos, o muchos animales que querían ser uno. El andar desarticulado del enorme conjunto me mareaba y si miraba a tierra, porque mi petizo cambiaba de dirección o torcía la cabeza, sufría la ilusión de que el suelo todo se movía como una informe masa carnosa.

Hubiese querido poder dormir en mi caballo como los reseros viejos.

Nadie se ocupaba ya de mí. La gente iba atenta al animalaje, temiendo que alguno se rezagara. Se oía de vez en cuando un grito. Los teros chillaban a nuestro paso y las lechuzas empezaron a jugar a las escondidas, llamándose con gargantas de terciopelo.

Ninguna población se avistaba.

De pronto me dí cuenta de que habíamos llegado. Cerca ya, vimos la gran apariencia oscura de unas casas, y el callejón se ensanchó como un río que llega a la laguna.

Goyo, Don Segundo y Valerio, iban a rondar según oí decir.

Estábamos en los locales de una feria, a orillas de un pueblo.

Cerca de las tropillas desenfrené mi petizo y le voltié el recado.

Bajo un cobertizo de cinc tiré mis pilchas al suelo y me les dejé caer encima, como cae un pedazo de barro de una rueda de carreta.

Un rebencazo casi insensible me cayó sobre las paletas.

—¡Hacete duro, muchacho!

Y creí haber reconocido la voz de Don Segundo.

IX.

Goyo tuvo que arrastrarme lo menos unos tres metros, tirándome de los pies, para poder despertarme:

—'ta que sos dormilón... si ya te estaba por hacer la prueba que se le hace al peludo pa sacarlo'e la cueva.

—¿Nos vamos ya?

—Dentro de un rato.

Queriéndome incorporar hice un esfuerzo inútil.

—¿No te podeh'enderezar?

—A gatitas — contesté mientras lograba tomar posición de gente.

—¿Qué te duele? — reía Goyo.

—El porrazo — alegué para no confesar mi fatiga.

—¿Ande, aquí?

—¡Afá! — exclamé retirando rápidamente el brazo que me apretaba Goyo. Pero aquello era en realidad una farsa. Lo que me dolía era el vientre, las ingles, los muslos, las paletas, las pantorrillas.

—¿Estarás pasmao?

—Cuantito me mueva se me va a pasar.

Haciendo un sentido esfuerzo, salí caminando sin dar muestras de mis sufrimientos. Apenas quería aclarar el día nublado.

—Tendremos lluvia?

—Sí.

—¿Ande está Don Segundo?

—En la tropilla, ensillando.

Guiado por los cencerros caminé hasta ver la gran silueta del paisano, abultada por la noche.

—Güen día, Don Segundo.

—Güen día, muchacho. Te estaba esperando pa hablarte.

—Diga, Don.

—¿Vah'a volver a ensillar tu potrillo?

—¿Y de no?

—Güeno. Yo te vi a ayudar pa que no andés

sirviendo de divirsión e la gente. Aquí naides nos va a ver y vah'acer lo que yo te mande.

—Cómo no, Don Segundo.

De los tientos de su encimera lo vi sacar el lazo. Luego tomó mi bozal, revisó el cabestro que era fuerte y me ordenó que lo siguiera.

En la luz incierta de la madrugada llovedora, se dirigió hacia mi cebrunito haciendo la armada. El petizo medio dormido no tuvo tiempo para escapar. El lazo se ciñó en lo alto del cogote y Don Segundo, sin darse siquiera la pena de "echar a verijas", contuvo a su presa.

—Andá arrimando tu recao.

Cuando volví encontré ya a mi potrillo sujeto a un poste, por tres vueltas de cabestro y enriendado.

Con paciencia Don Segundo fué colocando bajeras, bastos y cincha. Cuando tiró del correón, el potrillo quiso debatirse pero era ya tarde. Los cojinillos completaron rápidamente la ensillada.

Asombrado miraba yo el dominio de aquel hombre, que trataba a mi petizo como a un cordero guacho.

Mientras apretaba el cinchón y desataba el cebrunito del poste trayéndolo al medio de la playa, Don Segundo me aleccionó:

—El hombre no debe ser zonzo. De la gente jineta que vos ves aura, muchos han sido chapetones y han aprendido a juerza de malicia. En cuanto subás charquiá no más sin asco, que yo no vi a andar contando y no le aflojés hasta que no te sintás bien seguro. ¿Me ah'entendido?

—Ahá.

—Güeno.

El caballo de Don Segundo estaba a dos pasos, pronto para apadrinarme. Antes de subir miré en torno, pues a pesar de los consejos del hombre que entre todos merecía mi respeto, me hubiera molestado que otros me pillaran trampeando.

Tranquilizado por mi inspección subí cautelosamente, no sin que me temblaran un poco las piernas. Ni bien estuve sentado, el dolor de las ingles y los muslos se me hizo casi insoportable; pero era mal momento para ceder y me acomodé lo mejor posible.

—No lo movah'a ver si me da tiempo pa subir.

Como si hubiera entendido, el petizo quedó tranquilo hasta que mi padrino estuvo a mi lado.

Don Segundo alzó el rebenque. El petizo levantó la cabeza y echó a correr sin intentar más defensa. Alrededor de la playa dimos una gran vuel-

ta. Poco a poco me fuí envalentonando y acodillé al petizo buscando la bellaqueada. Dos o tres corcovos largos respondieron a mi invitación; los resistí sin apelar al recurso indicado.

—Ya está manso — dije.

—No lo busqués — contestó simplemente Don Segundo, a quien mi maniobra no había escapado. Y colocándose alternativamente a uno y otro lado, me llevó hasta el lugar en que los demás troperos estaban desayunándose, con unos mates, a orilla del camino.

Nos recibieron con gritos y aplausos.

Hinchado de orgullo como un pavo, rematé mi trabajo tironeando al petizo según las órdenes de mi padrino:

—Aura pa la izquierda... Aura pa la derecha... Aura de firme no más, hasta que recule.

Y me cebaba en cada tirón, haciendo tembleauear la jeta de mi víctima, tal como lo había visto hacer a los otros.

—Stá güeno. Te podés desmontar. Agarrate del fiador del bozal y abrítele bien para cair lejos.

Lleno de confianza me ejecuté.

—¡Mozo liviano! — exclamó Pedro Barrales.

Recién cuando quise desensillar, me dí cuenta de que por haberme excedido en los tirones tenía

desgarradas las manos, de las cuales la izquierda me sangraba abundantemente.

—Teh'as lastimao — dijo Horacio, habiendo visto mi mirada. — Dejálo no más a tu redomón que yo le vi a bajar los cueros.

No me hice rogar, porque sentía unos fuertes puzazos que me subían hasta el codo. Me envolví la herida con un pañuelo que Pedro me ayudó a anudar.

—Están resecas las riendas — dije a manera de comentario.

—Dejá eso no más — intervino Goyo — y arrimáte a tomar unos tragos del chifle que te loh'as ganao.

Con explicable alegría, recibí aquella oferta, que me resultaba el más rico de los premios.

Media hora después, como se agotaran los elogios y las palmadas y la yerba, volvimos a nuestras impasibles actitudes de troperos. Pero yo llevaba dentro un tesoro de satisfacción, que saboreaba a grandes sorbos con el aire joven de la mañana

Entretanto, los nubarrones amontonados en el horizonte habían recubierto el cielo y, cuando el arreo en marcha volvía a la angostura del callejón, las primeras gotas sonaron de un modo opaco y precipitado.

Como a pesar de la hora temprana sintiéramos calor, fué más bien un goce aquel tamborineo fresco. Algunos empezaron a acomodar sus ponchos; yo esperé.

Mirando al cielo colegimos que aquello era preludio de algo más serio.

La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba.

Pronto, un nuevo crepitar de gotas alzó al ras del callejón una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un tenue resplandor.

Esa vez me acomodé el "calamaco" preparándome a resistir el chubasco.

La lluvia se precipitó interceptándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas. Los troperos se distribuyeron a lo largo de la novillada para cerrar de más cerca la marcha.

—¡Agua! — gritó Valerio entreverándose a pechadas entre los brutos.

Por mi parte me entretuve en sentir sobre mi cuerpo el cerrado martilleo de las gotas, preguntándome si el poncho me defendería de ellas. Mi chambergo sonaba hueco y pronto de sus bordes empezaron a formarse goteras. Para que éstas

no me cayeran en el pescuezo, requinté sobre la frente el ala, bajándola de atrás a fin de que el chorrito se escurriese por la espalda.

La primer reacción ante la lluvia, según más tarde pudo argumentar mi experiencia, es reír aunque muchas veces nada bueno traiga consigo la perspectiva de una mojadura. Riendo, pues, aguanté aquel primer ataque. Pero tuve muy pronto que dejar de pensar en mí, porque la tropa, disgustada por aquel aguacero que los cegaba de frente, quería darle el anca y se hacía rebelde a la marcha.

Como los demás, tuve que meterme entre ellos to llenábaseme la boca de agua, obligándome esto to llenábaseme la baca de agua, obligándome esto a escupir sin descanso. Con los movimientos me dí cuenta de que mi ponchito era corto, lo cual me proporcionó el primer disgusto.

A la media hora, tenía las rodillas empapadas y las botas como aljibe.

Empecé a sentir frío, aunque luchara aún ventajosamente con él. El pañuelo que llevaba al cuello ya no hacía de esponja y, tanto por el pecho como por el espinazo, sentí que me corrían dos huellitas de frío.

Así, pronto estuve hecho sopa.

El viento que traíamos de cara arreció, haciendo más duro el castigo, y a pesar de que a su impulso el aire se volviese más despejado, no fué tanto el alivio como para que no deseáramos un próximo fin.

Acobardado miré a mis compañeros, pensando encontrar en ellos un eco de mis tribulaciones. ¿Sufrirían? En sus rostros indiferentes el agua resbalaba como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo.

El callejón, que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada; atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante. Los vasos de mi petizo resbalaban dando mayor molicie a su tranco. Por trechos la tierra dura parecía tan barnizada, que reflejaba el cielo como un arroyo.

Dos horas pasé, así, mirando en torno mío el campo hostil y bruñido.

Las ropas, pegadas al cuerpo, eran como fiebre en período álgido sobre mi pecho, mi vientre, mis muslos. Tiritaba continuamente, sacudido por violentos tirones musculares, y me decía que si fuera mujer lloraría desconsoladamente.

De pronto, una abertura se hizo en el cielo. La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua y, como cediendo a mi angustioso deseo, un rayo de sol cayó sobre el campo, corrió quebrándose en los montes, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas.

Aquello fué el primer anuncio de mejora que, al cabo de una breve duda, vino a caer en benéfico derroche solar.

Los postes, los alambrados, los cardos, lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano.

Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas, como nuestros caballos, y nosotros mismos habíamos perdido las arrugas, creadas por el calor y la fatiga, para ostentar una piel tirante y lustrada.

El sol pronto creó un vaho de evaporación sobre nuestras ropas. Me saqué el poncho, abrí mi blusa y mi camiseta, me eché en la nuca el chambergo.

La tropa olfateando el campo se hizo más difícil de cuidar. Iniciamos algunas corridas arriesgando la costalada.

Una vida poderosa vibraba en todo y me sentí

nuevo, fresco, capaz de sobrellevar todas las penurias que me impusiera la suerte.

Entretanto, la vitalidad sobrante quedó agazapada en nuestros cuerpos, pues de ella tendríamos necesidad para sobrellevar los próximos inconvenientes, y sin desparramarnos en inútiles bullangas, volvimos a caer en nuestro ritmo contenido y voluntarioso:

Caminar, caminar, caminar.

X.

Le saqué el freno que recién se estaba acostumbrando a cascar; le aflojé el maneador lo más posible para que bebiera tranquilo.

El bayo se arrimó al agua, que tocó con cauteloso hocico, y apurado por la sed bebió a sorbos interrumpidos, sin apartar de mí su ojo vivaz. Era un buen pingo arisco aun y lleno de desconfiadas cosquillas. Lo miré con orgullo de dueño y de domador, pues estaba seguro de que pronto sería un chuzo envidiable. Los tragos pasaban con regularidad de pulso por su garguero. Levantó la cabeza, se enjuagó la boca, aflojando los belfos al paso de su larga lengua rosada. De pronto se quedó estirado de atención, las orejas rígidas, esperando la repetición de algún ruido lejano.

—Comadreja — dije bajo, llamándolo por su nombre.

El bayo se volvió hacia mí, resopló como inquieto y comenzó a mordisquear la fina gramilla ribereña. Tranquilizado comió glotonamente, recogiendo entre sus labios movedizos los bocados, que luego arrancaba haciendo crujir los pequeños tallos.

Mi vista cayó sobre el río, cuya corriente apenas perceptible hacía cerca mío un hoyuelo, como la risa en la mejilla tersa de un niño.

Así, evoqué un recuerdo que parecía perdido en la aburrida bruma de mi infancia.

Hacía mucho tiempo, cinco años si mal no recordaba, intenté una recopilación de los insulsos días de mi existencia pueblera, y resolví romperla con un cambio brusco.

Era a orillas de un caserío, a la vera de un arroyo. A pocos pasos había un puente y hacia el medio del arroyo un remanso en el que solía bañarme.

¡Qué distintas imágenes surgían de mi nueva situación! Para constatarlo no tenía más que mirar mi indumentaria de gaucho, mi pingo, mi recado.

Bendito el momento en que a aquel chico se le

ocurrió huir de la torpe casa de sus tías. Pero ¿era mío el mérito?

Pensé en Don Segundo Sombra que en su paso por mi pueblo me llevó tras él, como podía haber llevado un abrojo de los cercos prendido en el chiripá.

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos ni un solo día, durante nuestra penosa vida de reseros. Cinco años de esos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino. El fué, quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales donde y como quisiera. Viéndolo me hice listo para la preparación de lonjas y tientos, con los que luego hacía mis bozales, riendas, cinchones, encimeras, así como para ingerir lazos y colocar argollas y presillas.

Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fuí baquiano para curar el mal del vaso

dando vuelta la pisada, el moquillo con la medida del perro o labrando un fiador con trozos de un mismo maslo, el mal de orina poniendo sobre los riñones una cataplasma de barro podrido, la renguera de arriba atando una cerda de la cola en la pata sana, los hormigueros con una chaira caliente, los nacidos, cerda brava y otros males, de diferentes modos.

También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos.

Y hasta para divertirme tuve en él a un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo. De su memoria saqué estilos, versadas, y bailes de dos, e imitándolo llegué a poder escobillar un gato o un triunfo y a bailar una huella o un prado. Coplas y relaciones sobraban en su haber para hacer sonrojar de gusto o de pudor a un centenar de chinas.

Pero todo eso no era sino un resplandorcito de sus conocimientos y mi admiración tenía donde renovarse a diario.

¡Cuánto había andado ese hombre!

En todos los pagos tenía amigos, que lo querían y respetaban aunque poco tiempo paraba en un punto. Su ascendiente sobre los paisanos era tal que una palabra suya podía arreglar el asunto más embrollado. Su popularidad empero, lejos de servirle, parecía fatigarlo después de un tiempo.

—Yo no me puedo quedar mucho en nenguna estancia — decía — porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones.

¡Qué caudillo de montonera hubiera sido!

Pero por sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio.

Como acción amaba sobre todo el andar perpetuo, como conversación el soliloquio.

Llevados por nuestro oficio, habíamos corrido gran parte de la provincia. Ranchos, Matanzas, Pergamino, Rojas, Baradero, Lobos, el Azul, Las Flores, Chascomús, Dolores, el Tuyú, Tapalqué y muchos otros partidos, nos vieron pasar cubiertos de tierra o barro, a la cola de un arreo. Conocíamos las estancias de Roca, Anchorena, Paz, Ocampo, Urquiza, los campos de "La Barrancosa", "Las

Víboras", "El Flamenco", "El Tordillo" en que ocasionalmente trabajamos, ocupando los intervalos de nuestro oficio.

Una virtud de mi protector me fué revelada en las tranquilas pláticas de fogón. Don Segundo era un admirable contador de cuentos, y su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura. Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida. Seguía yo de día siendo un paisanito corajudo y levantisco, sin temores ante los riesgos del trabajo, pero la noche se poblaba ya para mí de figuras extrañas y una luz mala, una sombra o un grito, me traían a la imaginación escenas de embrujados por magias negras o magias blancas.

Mi fantasía empezó así a trabajar, animada por una fuerza nueva, y mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones, nacidas de la pampa.

A esa altura de mis mecedoras evocaciones, el bayo Comadreja dió una espantada que casi me quita el maneador de entre las manos.

Siguiendo su mirada ví en la orilla opuesta del río, asomar la socarrona cabecita de un zorro.

Me dió vergüenza, como si hubiera burla en la atención de aquel bicho astuto.

Me levanté, tosí, acomodé las jergas del recado, enriendé el caballo y una vez montado emprendí el retorno a las casas.

Saliendo de las barrancas, vi tendido delante mío un vasto potrero y a lo lejos divisé el monte.

La estancia era grande y bien poblada. Diez leguas, ocho puestos, monte grande, con calles cuidadas, galpones, casa lujosa y un jardín de flores como nunca antes vi. Habíamos changado en unos trabajos de aparte y ese día de Navidad, el patrón daba un gran baile para mensuales, puesteros y algunos conocidos del campo.

A la mañana había yo ayudado a limpiar y adornar el galpón de esquila, que quedó emperifollado como una iglesia y mientras volvía, que era para la oración, prometíame una buena noche de parranda como no se presenta en muchas ocasiones. Además, allí, en un puesto medio perdido en los juncales de un bajo, había conocido una mocita con más coqueterías que un jilguero. No sería mal arrimar un poquito de leña a ese fuego.

Entretanto, mi bayo iba pisando con desconfianza entre matas de paja colorada y esparto. A mis espaldas quedaba la laguna cubierta por la bruma de un griterío confuso y ya tímido. Entré a una calle del monte. Los troncos vibraban aún

de luz. Me encontré de improviso con otro jinete ante cuya semblanza mis ojos dudaron un momento.

—¿Sos vos Pedro?

—Barrales de apelativo. Yo mesmo soy. He sabido que andabas por acá y he venido a toparte sólo pa que me contés de tu vida.

—Y es claro que vos no más habías sido. Con razón cuanto te vide las viruelas me dije: Esa es cara con hocico.

—¿Y yo hermanito? ¡Si te habré extrañao! ¿Creerás que dende que no te veo no puedo miar?

Con qué gusto encontraba a mi bueno y viejo compañero del primer arreo, cuya alegría dicharachera había dejado en mi memoria la resonancia de un cencerro.

Hasta llegar al palenque, me hizo decir cuanto quiso sobre lo sucedido en mi existencia, desde que no nos habíamos visto, y comentaba a antojo mis relatos con ingeniosos parangones o burlas simpáticas. Convinimos andar juntos en el baile y comimos codo a codo, en cuclillas, al lado del asador rodeado por unos treinta hombres.

Desde la cocina entreveíamos el galpón, al que iban llegando como avanzadas de fiesta algunos charrés y gente de a caballo. Adivinábamos ri-

sas de mujeres en los carruajes y poco a poco la cocina fué llenándose de paisanos que saludaban, alegres o taimados.

Ya la gente se había amontonado por demás y salimos con Pedro a curiosear lo que sucedía en el salón del baile.

Intimidados, a pesar de nuestros alardes, nos asomamos al recinto antes lleno de bolsas, maquinarias y cueros, entonces preparado con ostentación de lámparas, velas, candiles y banderitas, a contener la alegría de un centenar de parejas.

El centro despejado y limpio, asustaba y atraía como un remanso. En las sillas que formaban cuadro, apoyadas contra la pared, había mujeres de todas las edades, algunas con chicos en las faldas, los que asustados miraban con grandes ojos, o cansados dormían sin reparar en conversaciones, ni luces, ni colores.

Las mujeres, según la edad, vestían ropas oscuras o claras faldas floreadas. Algunas llevaban pañuelo en el pescuezo, otras en la cabeza. Todas parecían recogidas en una meditación mística, como si esperaran el advenimiento de un milagro o la entrada de algún entierro. Pedro me golpeaba disimuladamente el muslo con el puño:

—Vamoh'ermanito, que aurita dentra el finao.

Del galpón nos dirigimos a una carpa improvisada con las lonas de las parvas, donde nos tentó una hilera de botellas y misteriosas canastas, tapadas con coloreados pañuelos, que según nuestros cálculos debían esconder alfajores, pasteles, empanadas y tortas fritas.

Pedro interpeló al muchacho que se aburría entre tanta golosina con ojos hinchados de sueño:

—Pase un frasco compañero que se van a redamar de llenos y nosotros estamos vacidos.

—¿No serán ustedes los llenos?

—De viento, puede ser.

—Y de intenciones.

—No sé mamarme con eso, mozo.

—Ni quiere tampoco el patrón que naides se mame.

—¿Y los pasteles?

—Después que se hayan servido las señoras y las mozas.

—Jué'pucha — concluyó Pedro — usté nos ha resultao un chancho que no da tocino.

El guardián de las golosinas y los licores se rió y nos volvimos, con propósito de asearnos un poco, porque ya los guitarreros y acordeonistas preludiaban y no queríamos perder el baile.

XI.

En el camino de luz proyectado por la puerta hacia la noche, los hombres se apiñaban como querezas en un tajo. Pedro me echaba por delante y entramos, pero mis pobres ropas de resero me restaban aplomo, de modo que nos acoquinamos a la orillita de la entrada.

Las muchachas, modestamente recogidas en actitud de pudor, eran tentadoras como las frutas maduras, que esperan en traje llamativo quien las tome para gozarlas.

Corrí mi vista sobre ellas, como se corre la mano sobre un juego de bombas trenzadas. De a una pasaron bajo mi curiosidad sin retenerla.

De pronto ví a mi mocita, vestida de punzó, con

pañuelo celeste al cuello y me pareció que toda su coquetería era para mí solo.

Un acordeón y dos guitarras iniciaron una polca. Nadie se movía.

Sufrí la ilusión de que toda la paisanada no tenía más razón de ser que la de sus manos, inhábiles en el ocio. Eran aquellos unos bultos pesados y fuertes, que las mujeres dejaban muertos sobre las faldas y que los hombres llevaban colgados de los brazos, como un estorbo.

En eso, todos los rostros se volvieron hacia la puerta, al modo de un trigal que se arquea mirando viento abajo.

El patrón, hombre fornido de barba tordilla, nos daba las buenas noches con sonrisa socarrona:

—¡A ver muchachos, a bailar y divertirse como Dios manda! Vos Remigio y vos Pancho, Vd. Don Primitivo y los otros: Felisario, Sofanor, Ramón, Telmo... síganme y vamos sacando compañeras.

Un momento nos sentimos empujados de todas partes y tuvimos que hacer cancha a los nombrados. Bajo la voz neta de un hombre, los demás se sintieron unidos como para una carga. Y en verdad que no era poca hazaña, tomar a una mujer de la cintura, para aquella gente que sola, en fa-

milia o con algún compañero, vivía la mayor parte del tiempo separada de todo trato humano por varias leguas.

Un tropel se formó en el centro del salón, remolineo inquieto, se desparramó hacia las sillas estorbándose como hacienda sedienta en una aguada.

Cada hombre dobló su importancia con la de la elegida. Arrancó el acordeonista a tocar un vals rápido.

—¡A bailar por la derecha y sin encontrones! —gritó con autoridad el bastonero. Y las parejas tomadas de lejos, los pies cercanos, el busto echado para atrás como marcando su voluntad de evitarse, empezaron a girar desafiando el cansancio y el mareo.

Había comenzado la fiesta. Tras el vals tocaron una mazurca. Los mozos, los viejos, chicos, bailaban seriamente, sin que una mueca delatara su contento. Se gozaba con un poco de asombro, y el estar así, en contacto con los géneros femeniles, el sentir bajo la mano algún corsé de rigidez arcaica o la carne suave y ser uno en movimiento con una moza turbada, no eran motivos para reír.

Sólo los alocados surtían el grito necesario de toda emoción.

Yo me enervaba al lado de Perico, sorprendido como en una iglesia. Peleaban en mí los deseos de sacar a mi mocita de punzó y la vergüenza. Calló un intervalo el acordeón monótono. El bastonero golpeó las manos:

—¡La polca'e la silla!

Un comedido trajo el mueble que quedó desairado en medio del aposento. El patrón inició la pieza con una chinita de verde, que luego de dar dos vueltas, envanecida, fué sentada en la silla, donde quedó en postura de retraro.

—¡Qué cotorra pa mi jaula! — decía Pedro; pero yo estaba, como todos, atento a lo que iba a suceder.

—¡Feliciano Gómez!

Un paisano grande quería disparar, mientras lo echaban al medio donde quedó como borrego que ha perdido el rumbo de un golpe.

—Déjenlo que mire pa'l siñuelo — gritaba Pedro.

El mozo hacía lo posible por seguir la jarana, aunque se adivinara en él la turbación del buen hombre tranquilo nunca puesto en evidencia. Por fin tomó coraje y dió seis trancos que lo enfrentaron a la mocita de verde. Fué mirado insolentemente de pies a cabeza por la moza, que luego dió vuelta con silla, dejándolo a su espalda.

El hombre se dirigió al patrón con reproche:

—También, señor, a una madrinita como ésta no se le acollara mancarrón tan fiero.

—¡Don Fabián Luna!

Un viejo de barba larga y piernas chuecas, se acercó con desenvoltura para sufrir el mismo desaire.

—Cuando no es fiero es viejo — comentó con buen humor. Y soltó una carcajada como para espantar todos los patos de una laguna.

El patrón se fingía acobardado.

—Alguno mejor parecido y más mozo, pues — aconsejaba don Fabián.

—Eso es; nómbrelo usted.

—Tal vez el reserito...

No oí más y me senté como potro sobre un maneador seguro, pero estaba contra la pared y no pude bandearla para encontrar la noche, en que hubiera deseado perderme.

La atención general me hizo recordar mi audacia de chico pueblero. Con paso firme me acerqué, levanté el chambergo sobre la frente, crucé los brazos y quebré la cadera.

La muchacha pretendió intimidarme con su ya repetida maniobra.

—Cuanti más me mire — le dije — más seguro que me compra.

Seguidamente salimos a dar, bailando, nuestras dos reglamentarias vueltas, orillando la hilera de mirones.

—¿Qué gusto tendrán los norteros? — dijo como para sí la moza al dejarme en la silla.

—Ala derecha usamos los chambergos — comenté a manera de indicación.

A la derecha dió ella tres pasos, volviendo a quedar indecisa.

—Po'l lao del lazo se desmontan los naciones — insistí.

Y viendo que mis señas no eran suficientemente precisas, recité el versito.

"El color de mi querida es más blanco que cuajada
"Pero en diciéndole envido se pone muy colorada"

Esta vez fuí entendido y tuve el premio de mi desfachatez cuando salí con mi morochita dando vueltas, no sé si al compás.

A media noche vinieron bandejas con refrescos para las señoras. También se sirvió licor y algunas sangrías. Alfajores, bollos, tortas fritas y empanadas, fueron traídas en canastas de mimbre claro. Y las que querían cenar algún plato de carne asada, salían hacia la carpa.

Los hombres por su lado se acercaban al despa-

cho de los frascos, que hoy habíamos contemplado con Pedro, y allí hacían gasto de ginebra, anís Carabanchel y caña de durazno o guindado.

Desde ese momento se estableció una corriente de idas y vueltas entre las carpas y el salón, animado por un renuevo de alegría.

El acordeonista fué reemplazado por otro más vivaracho, bajo cuyos dedos las polcas y las mazurcas saltaban entre escalas, trinos y firuletes.

Ya las bromas se daban a voz alta y las muchachas reían olvidando su exagerada tiesura.

Saqué como cuatro veces a mi niña de punzó y, al compás de las guitarras, empecé a decirle floridas galanterías que aceptaba con gustosos sonrojos.

En los intervalos volvía hacia mi lugar, al lado de Pedro Barrales, que me divertía con sus comentarios.

—Sos sonso — le decía — estás sumido y triste como lechón que se ha dejao quitar la teta.

—No ves que soy loco como vos, para andar pataleando sobre de las baldosas.

—¿Loco?

—¡Si te hirve el agua en la cabeza!

Y como yo me fingiera resentido, tomábame del brazo para consolarme con afectuoso acento:

—No te me enojéh'ermanito. Sos como la cañada'e la Cruz; tenés tus retazos malos y tus retazos güenos.

—Válganme los güenos — concluía yo, volviendo a mi fandango.

Sin embargo, la animación crecía y éranos casi necesario un apuro de ritmos, cuando el bastonero golpeó las manos:

—¡Vamoh'a ver, un gato bien cantadito y bailarines que sepan floriarse!

El acordeonista dió sitio al guitarrero que iba a cantar.

Los cuatro bailarines se colocaron cerca de los músicos. Las mujeres miraban el suelo, mientras los hombres requintaban el ala de sus chambergos.

Empezaron a rasguear los mozos de las guitarras. Las manos de muñecas flojas pasaban sobre el encordado, con acompasado vaivén, y un golpe más fuerte marcaba el acento, cortando como un tajo el borrón rítmico del rasguido.

El latigazo intermitente del acento, iba irradiando valentías de tambor en el ambiente. Los bailarines, de pie, esperaban que aquello se hiciera alma en los descansados músculos de sus paletas bravías, en la lisura de sus hombros lentos, en las largas fibras de sus tendones potentes.

Gradualmente, la sala iba embebiéndose de aquella música. Estaban como curadas las paredes blancas que encerraban el tumulto.

La puerta pegaba con energía sus cuatro golpes rígidos en el muro, abriéndolo a la noche hecha de infinito y de astros, sobre el campo que nada quería saber fuera de su reposo. Los candiles temblaban como viejas. Las baldosas preparaban sonido bajo los pies de los zapateadores. Todo se había plegado al macho imperio del rasguido.

Y el cantor expresó ternuras en tensas notas:

"Sólo una escalerita de amor me falta"
"Sólo una escalerita de amor me falta,"
"Para llegar al cielo, mi vida, de tu garganta"

Las dos mujeres, los dos hombres dieron comienzo a la danza.

Los hombres caminaban con ágiles galanteos de gallo que arrastra el ala.

Las mujeres tomaron la delantera en el círculo descrito y miraban coqueteando por sobre el hombro.

El cuadro dió una vuelta, el cantor continuaba:

"Vuela la infeliz vuele, ay que me embarco"
"En un barco pequeño, mi vida, pequeño barco"

Las mujeres tomaron entre sus dedos las faldas, que abrieron en abanico, como queriendo recibir una dádiva o proteger algo. Las sombras flamearon sobre los muros, tocaron el techo, cayeron al suelo como harapos, para ser pisadas por los pasos galanos. Un apuro repentino enojó los cuerpos viriles. Tras el leve siseo de las botas de potro, trabajando un escobilleo de preludio, los tallones y las plantas traquetearon un ritmo, que multiplicó de impaciencia el amplio acento de las guitarras esmeradas en marcar el compás. Agitábanse como breves aguas los pliegues de los chiripaces. Las mudanzas adquirieron solturas de corcovo, comentando en sonantes contrapuntos el decir de los encordados.

Repetíase el paseo y la zapateada. Un rasgueo sólo batió cuatro compases. Otra vez los pasos largos descansaron el baile. Volvieron a sonar talones y espuelas en una escasa sobra de agitación. Las faldas femeninas se abrieron, más suntuosas, y el percal lució como pequeños campos de trébol florido, la fina tonalidad de su lujo agreste.

Murió el baile sobre un punto final, marcado y duro.

Algunas mujeres hacían muecas de desagrado

ante las danzas paisanas, que querían ignorar, pero una alegría involuntaria era dueña de todos nosotros, pues sentíamos que aquella era la mímica de nuestros amores y contentos.

A mi vez fuí parte del cuadro con Don Segundo y mi elegida.

Era un gato con relación.

Cuando quedamos aislados en el silencio, deletrié claramente mis versos:

"Para venir a este baile puse un lucero de guía".
"Porque supe que aquí estaba la prenda que yo quería."

Por la derecha dimos una vuelta y zapateamos una mudanza. Quieto esperé la respuesta que vino sin tardar:

"De amores me estás hablando, yo de amores nada sé"
"Pero si en amor sos sabio. se me hace que aprenderé."

A su vez tocó el turno a Don Segundo, que avanzó hacia su compañera retándola con firme voz de amenaza:

"Una, dos. tres, cuatro."
"Si no me querés me mato."

Concluída la vuelta, contestó con gran indife-

rencia y encogiéndose de hombros la voluminosa Doña Encarnación:

"*Una, dos, tres*
"*Matate si querés.*"

Entre burlas y galanteos siguió el juego de los versos.

Bailamos un triunfo y un prado y enardecidos nos entreveramos cada vez más con mi morocha, lanzándonos palabras que por ir en rima nos parecían disimuladas.

Una muchacha cantó. Un hombre tenía que contestar con una relación, porque era de uso. Pero ¿quién se atreve a declamar una versada jocosa, paseando de una punta del salón a la otra ante el silencio de los demás?

Don Segundo quedó de pronto en el centro de la rueda.

La curiosidad volvía mudos a los mirones. Mi padrino se quitó el chambergo y pasó el antebrazo por la frente, en señal de trabajoso pensamiento. Por fin, pareciendo haber encontrado inspiración, echó una mirada circular y prorrumpió con voz fuerte:

"*Yo soy un carnero viejo de la majada' e San Blas.*

Dió una vuelta como prestándose a la observación:

"*Ya me han visto por delante...*

Y tomando dirección lentamente hacia la puerta de salida concluyó con desgano:

"*...ahora mirenmé de atrás.*"

Mi morochita era indudablemente la prenda más vivaracha de la fiesta y, como ya el amanecer nos sugería un deseo de blando descanso, no dejaba de anegarme en sus ojos chispones y en la risa carnosa de sus labios, dispuestos a la contestación tierna.

Un poco turbado por mis propios piropos y su consentimiento intenté apartarla, invitándola a tomar un refresco en la carpa. Cuando, con una hábil y costosa maniobra, pude llevarla hasta quedar escondido de la gente por la lona del improvisado boliche, le tomé la mano pretendiendo sin más aviso darle un beso. Luchamos un momento y me sentí rudamente apartado ante su mirada de enojo.

Volvimos al baile sin que se me ocurriese una artimaña para desagraviarla, y aunque fuera yo a

pedirle tres piezas consecutivas negóse con pretextos nimios.

Rabioso pensé en el trato benévolo de la de verde.

Al rato estaba muy bien de relaciones con mi nueva amiga, y hasta me acusaba de haber sido un sonso en desperdiciar mi tiempo con la otra.

Tiernamente, al concluir una polca, le oprimí los dedos, pero debía estar de mala pata esa noche porque se me cuadró en actitud altanera diciéndome:

—¿Se ha creído que soy escoba'e barrer sobras?

Adiós todos mis placeres de la noche. De pronto, la gente que me codeaba empezó a pesarme, como un caballo que lo ha apretado a uno en la rodada.

Me abrigué en la sociedad de Perico.

—Ve, ve — me decía éste señalando una pareja de gringos que pasaba bailando a saltos. — ¡Cha que son gauchitos, si van como arrancando clavos con los talones!

Y al notar mi seriedad, volvió hacia mí sus bromas:

—No ves que el andar saltando al pedo no lleva a nada güeno. ¿Te han basuriao, hermano? ¡Po-

brecito! ¡Si te has quedado con la pontizuela caída!

Y Pedro aflojaba el labio inferior con expresión que trataba de acercar, lo más posible, a la de un freno con pontezuela.

De golpe me fuí por el día ya alto a tender mi recado y dormir unas horas.

XII.

Era nuestra noche de despedida. Mateando en rueda, después de la cena, habíamos agotado preguntas y respuestas a propósito de nuestro camino del día siguiente.

Breves palabras caían como cenizas de pensamientos internos. Estábamos embargados por pequeñas preocupaciones respecto a la tropilla o los aperos, y era como si el horizonte, que nos iba a preceder en la marcha, se hiciera presente por el silencio. Recordé mi primer arreo.

Perico, a quien repugnaba toda inacción, nos acusó de estar acoquinados como pollos cuando hay tormenta.

—O nos vamoh'a dormir — decía — o Don Se-

gundo nos hace una relación de esas que él sabe: con brujas, aparecidos y más embrollos que negocio'e turco.

—¿De cuándo sé cuentos? — retó Don Segundo.

—¡Bah! no se haga el más sonso de lo que es. Cuente ese del zorro con el inglés y la viuda estanciera.

—Lo habrah'oido en boca de otro.

—De esa mesma trompa embustera lo he oído. Y, si no quiere contar ése, cuéntenos el de la pardita Aniceta que se casó con el Diablo pa verle la cola.

Don Segundo se acomodó en el banco como para hablar . Pasó un rato.

—¿Y? — preguntó Perico.

—¡Oh! — respondió Don Segundo.

Pedro se levantó, el rebenque en alto, tomado de la lonja.

—Negro indino — dijo — o cuenta un cuento, o le hago chispear la cerda de un taleraso.

—Antes que me castigués — dijo Don Segundo, fingiendo susto para seguir la broma — soy capaz de contarte hasta las virgüelas.

Las miradas iban del rostro de Pedro, mosqueado de cicatrices, a la expresión impávida de Don

Segundo, pasando así de una expresión jocosa a una admirativa.

Y yo admiraba más que nadie la habilidad de mi padrino que, siempre, antes de empezar un relato, sabía maniobrar de modo que la atención se concentrara en su persona.

—Cuento no sé nenguno — empezó — pero sé de algunos casos que han sucedido y, si prestan atención, voy a relatarles la historia de un paisanito enamorao y de las diferencias que tuvo con un hijo'el diablo.

—¡Cuente, pues! — interrumpió un impaciente.

—"Dice el caso que a orillas del Paraná, donde
" hay más remanses que cuevas en una vizcache-
" ra, trabajaba un paisanito llamao Dolores.

"No era un hombre ni grande ni juerte, pero sí
" era corajudo, lo que vale más."

Don Segundo miró a su auditorio, como para asegurar con una imposición aquel axioma. Las miradas esperaron asintiendo.

—"A más de corajudo, este mozo era medio afi-
" cionao a las polleras, de suerte que al caer la tar-
" de, cuando dejaba su trabajo, solía arrimarse a
" un lugar del río ande las muchachas venían a ba-
" ñarse. Esto podía haberle costao una rebenquea-
" da, pero él sabía esconderse de modo que naides

“maliciara de su picardía.

“Una tarde, como iba en dirición a un sombra’e “toro, que era su guarida, vido llegar una moza “de linda y fresca que parecía una madrugada. “Sintió que el corazón le corcoviaba en el pecho “como zorro entrampao y la dejó pasar pa se-“guirla.”

—A un pantano cayó un ciego creyendo subir a un cerro — observó Perico.

—Conocí un pialador que de apurao se enredaba en la presilla — comentó Don Segundo — y el mozo de mi cuento tal vez juera e la familia.

—“Ya ciego con la vista’e la prenda, siguió “nuestro hombre pa’l río y en llegando la vido que “andaba nadando cerquita’e la orilla.

“Cuando malició que ella iba a salir del agua, “abrió los ojos a lo lechuza porque no quería per-“der ni un pedacito.”

—Había sido como mosca pa’l tasajo — gritó Pedro.

—¡Callate, barraco! — dije, metiéndole un puñetazo por las costillas.

—“El mocito que estaba mirando a su prenda, “encandilao como los pájaros blancos con el sol, “se pegó de improviso el susto más grande de su “vida. Cerquita, como de aquí al jogón, de la

" flor que estaba contemplando, se había asentao
" un flamenco grande como un ñandú y colorao
" como sangre'e toro. Este flamenco quedó ale-
" teando delante'e la muchacha, que buscaba abri-
" go en sus ropas, y de pronto dijo unas palabras
" en guaraní.

"En seguida no más, la paisanita quedó del altor
" de un cabo'e rebenque."

—¡Cruz Diablo! — dijo un viejito que estaba acurrucado contra las brasas, santiguándose con brazos tiesos de mamboretá.

—"Eso mesmo dijo Dolores y como no le fal-
" taban agallas, se descolgó de entre las ramas de
" su sombra'e toro, con el facón en la mano, pa
" hacerle un dentro al brujo. Pero cuando llegó
" al lugar, ya éste había abierto el vuelo, con la
" chinita hecha ovillo de miedo entre las patas, y
" le pareció a Dolores que no más vía el resplan-
" dor de una nube coloriada por la tarde, sobre el
" río.

"Medio sonso, el pobre muchacho quedó dando
" güeltas como borrego airao, hasta que se cayó
" al suelo y quedó, largo a largo, más estirao que
" cuero en las estacas.

"Ricién a la media hora golvió en sí y recordó
" lo que había pasao. Ni dudas tuvo de que todo

" era magia, y que estaba embrujao por la china " bonita que no podía apartar de su memoria. Y " como ya se había hecho noche y el susto crece " con la escuridá, lo mesmo que las arboledas, Do- " lores se puso a correr en dirición a las barran- " cas.

"Sin saber por qué, ni siguiendo cuál güella, se " encontró de pronto en una pieza alumbrada por " un candil mugriento, frente a una viejita achu- " charrada como pasa, que lo miraba igual que se " mira un juego de sogas de regalo. Se le arri- " maba cerquita, como revisándole las costuras, y " lo tanteaba pa ver si estaba enterito.

—"¿Ande estoy? — gritó Dolores.

—"En casa de gente güena — contestó la vie- " ja. — Sentate con confianza y tomá aliento pa " contarme qué te trai tan estraviao.

"Cuando medio se compuso, Dolores dijo lo que " había sucedido frente del río, y dió unos suspi- " ros como pa echar del pecho un daño.

"La viejita que era sabia en esas cosas, lo con- " soló y dijo que si le atendía con un poco de pa- " cencia, le contaría el cuento del flamenco y le " daría unas prendas virtuosas, pa que se juera en " seguida a salvar la moza, que no era bruja sino " hija de una vecina suya.

"Y sin dilación ya le dentró a pegar al relato
" por lo más corto.

"Hace una ponchada de años, dicen que una mu-
" jer, conocida en los pagos por su mala vida y
" sus brujerías, entró en tratos con el Diablo y
" de estos tratos nació un hijo. Vino al mundo
" este bicho sin pellejo y cuentan que era tan fie-
" ro, que las mesmas lechuzas apagaban los ojos
" de miedo'e quedar bizcas. A los pocos días de
" nacido, se le enfermó la madre y como vido que
" iba en derecera'e la muerte, dijo que le quería
" hacer un pedido.

—"Hablá m'hijo — le dijo la madre.

—"Vea mama, yo soy juerte y sé como desen-
" redarme en la vida, pero usté me ha parido más
" fiero que mi propio padre y nunca podré crecer,
" por falta'e cuero en que estirarme, de suerte que
" nenguna mujer quedrá tener amores conmigo.
" Yo le pido, pues, ya que tan poco me ha agra-
" ciao, que me dé un gualicho pa podérmelas con-
" seguir.

—"Si no es más que eso — le contestó la que-
" rida'el Diablo — atendéme bien y no has de te-
" ner de qué quejarte:

"Cuando desiés alguna mujer, te arrancás siete
" pelos de la cabeza, los tirah'al aire y lo llamah'a

" tu padre diciendo estas palabras: (Aquí se secre-
" tiaron tan bajito que ni en el aire quedaron señas
" de lo dicho).

"Poco a poco vah'a sentir que no tenés ya tra-
" za'e gente, sino de flamenco. Entonces te vo-
" lah'en frente'e la prenda y le decís estas otras
" palabras: (Aquí güelta los secreteos).

"En seguida vah'a ver que la muchacha se que-
" da, cuanti más, de unas dos cuartas de altor. En-
" tonces la soliviás pa trairla a esta isla, donde pa-
" sarán siete días antes que se ruempa el encanto.

"Ni bien concluyó de hablar esto, ya a la bruja
" querida de Añang, la sofrenó la muerte y el mons-
" truo sin pellejo jué güérfano.

"Cuando Dolores oyó el fin de aquel relato, co-
" menzó a llorar de tal modo, que no parecía sino
" que se le iban a redetir los ojos.

"Compadecida, la vieja le dijo que ella sabía
" de brujerías y que lo ayudaría, dándole unas vir-
" tudes pa rescatar la prenda, que el hijo'el Dia-
" blo le había robao con tan malas leyes.

"La vieja lo tomó al llorón de la mano y se lo
" llevó a un aposento del fondo'e la casa.

"En el aposento había un almario, grande como
" un rancho, y de allí sacó la misia un arco de los
" que supieron usar los indios, unas cuantas fle-

" cha'envenenadas y un frasco con un agua blanca.

—"Y ¿qué ví a hacer yo, pobre disgraciao, con " estas tres nadas — dijo Dolores — contra las " muy muchas brujerías que dejuro tendrá Man- " dinga?

—"Algo hay que esperar en la gracia de Dios — " le contestó la viejita. — Y dejáme que te diga " como has de hacer, porque denó va siendo tarde:

"Estas cosas que te he dao te las llevás y, esta " mesma noche, te vas pa'l río de suerte que nai- " des te vea. Allí vah'a encontrar un bote; te " meteh'en él y remás pa'l medio del agua. Cuan- " do sintás que hah'entrao en un remanse, levan- " tás los remos. El remolino te va hacer dar unas " güeltas, pa largarte en una corriente que tira en " dirición de las islas del encanto.

"Y ya me queda poco por decirte. En esa isla " tenés que matar un caburé, que pa eso te he dao " el arco y las flechas. Y al caburé le sacah'el " corazón y lo echah'adentro del frasco de agua, " que es bendita, y también le arrancah'al bicho " tres plumas de la cola pa hacer un manojo que " te colgah'en el pescuezo.

"En seguida vah'a saber más cosas que las que " te puedo decir, porque el corazón del caburé, con " ser tan chiquito, está lleno de brujerías y de " cencia.

"Dolores, que no dejaba de ver en su memoria
" a la morochita del baño, no titubeó un momento
" y agradeciéndole a la anciana su bondá, tomó el
" arco, las flechas y el frasquito de agua, pa correr
" al Paraná entre la noche escura.

"Y ya ganó la orilla y vido el barco y saltó en
" él y remó pa'l medio, hasta cair en el remanse
" que lo hizo trompo tres veces, pa empezar a co-
" rrer después aguah'abajo, con una ligereza que
" le dió chucho.

"Ya estaba por dormirse, cuando el barco cos-
" taló del lao del lazo y siguió corriendo de lo lin-
" do. Dolores se enderezó un cuantito y vido que
" dentraba en la boca de un arroyo angosto, y en
" un descuido quedó como enredao en los junca-
" les de la orilla.

"El muchacho ispió un rato, a ver si el barco
" no cambiaba de parecer; pero como ahí no más
" quedaba clavadito, malició que debía estar en
" tierra de encanto, y se abajó del pingo, que tan
" lindamente lo había traido, no sin fijarse bien
" ande quedaba, pa poderse servir del a la güelta.

"Y ya dentró en una arboleda macuca, que no
dejaba pasar ni un rayito de la noche estrellada.

"Como había muchas malezas y raíces de flor
" del aire, comenzó a enredarse hasta que quedó

" como pialao. Entonces sacó el cuchillo pa ca-
" minar abriéndose una picada, pero pensó que
" era al ñudo buscar su caburé a esas horas y que
" mejor sería descansar esa noche. Como en el
" suelo es peligroso dormir en esos pagos de ti-
" gres y yararases, eligió la más juerte de las rai-
" ces que encontró a mano, y subió p'arriba ara-
" ñándose en las ramas, hasta que halló como una
" hamaca de hojas.

"Allí acomodó su arco, sus flechas y su frasco,
" disponiéndose al sueño.

"Al día siguiente lo dispertó el griterío de los lo-
" ros y la bulla de los carpinteros.

"Refregándose los ojos, vido que el sol ya esta-
" ba puntiando y, pa'l mesmo lao, divisó un pa-
" lacio grande como un cerro y tan relumbroso,
" que parecía hecho de chafalonía.

"Alrededor del palacio había un parque, lleno de
árboles con frutas tan grandotas y lucientes, que
" podía verlas clarito.

"Cuando coligió de que todo era verdá, el pai-
" sanito recogió sus menesteres y se largó por las
" ramas.

"Abriéndose paso a cuchillazos, a los tirones pa
" desbrozarse una güella, llegó al fin de la selva,
" que era ande emprincipiaba el jardín.

"En el jardín halló unos duraznos como sandías " y desgajó uno pa comerlo. Así sació el ham-" bre y engañó la sed y, habiendo cobrao juerzas " nuevas, empezó a buscar su caburé aunque sin " mucha esperanza, porque no es éste un pájaro " que naides haiga visto con el sol alto.

"Pobrecito Dolores, que no esperaba las penas " que debía sufrir pa alcanzar su suerte. An-" sina es el destino del hombre. Naides empeza-" ría el camino si le mostraran lo que lo espera.

"En las mañanas claras, cuando él cambea de " pago, mira un punto delante suyo y es como si " viera el fin de su andar, pero qué ha de ser, si " en alcanzándolo el llano sigue por delante sin " mudanzas! Y así va el hombre, persiguiendo lo " que alcanza con su vista, sin pensar en el des-" amparo que lo aguaita atrás de cada lomada. " Tranco por tranco lo ampara una esperanza, que " es la cuarta que lo ayuda en los repechos para " ir caminando rumbo a su osamenta. Pero ¿pa " qué hablar de cosas que no tienen remedio?

"El paisanito de mi cuento craiba conseguir su " suerte con estirar la mano y graciah'a eso ven-" ció seis días de penah' y de tormento. Muchas " veces pensó golverse pero la recordaba a su mo-" rocha del río y el amor lo tiraba p'atrás como " lazo.

"Recién al sexto día, a eso de la oración, vido
" que alrededor de un naranjo revoloteaban una
" punta de pajaritos y dijo pa sus adentros:

—"Allá debe de hallarse lo que buscás.

"Gateando como yaguareté, se allegó al lugar y
" vislumbró al bicho parao en un tronco. Ya ha-
" bía muerto dos o tres pajaritos, pero seguía de
" puro vicio partiéndole la cabeza a los que se le
" ponían a tiro.

"Dolores pensó en el enano malparido, rodiao de
" las mujercitas embrujadas.

—"¡Hijo de Añang — dijo entre dientes — yo
" te vi a hacer sosegar!

"Apuntó bien, estiró el arco y largó el flechazo.

"El caburé cayó p'atrás, como gringo voltiao
" de un corcovo, y los pajaritos remontaron el
" vuelo igual que si hubieran roto un hilo. Sin
" perder de vista el lugar donde había caído el
" bicho, Dolores corrió a buscarlo entre el pasto,
" pero no halló más que unas gotas de sangre.

"Ya se iba a acobardar cuando a unos dos tiros
" de lazo, golvió a ver un rodeo de pajaritos y en
" el medio otro caburé. De miedo y de rabia, tiró
" apurao y la flecha salió p'arriba.

"Tres veces erró del mesmo modo y no le que-
" daba más que una flecha pa ganar la partida,

" o dejar sin premio todas sus penas pasadas. En-
" tonces, comprendiendo que había brujería, sacó
" un poquito de agua de su frasco, roció su última
" flecha y tiró diciendo:

—"Nómbrese a Dios.

"Esta vez, el pájaro quedó clavao en el mesmo
" tronco y Dolores pudo arrancarle tres plumas de
" la cola, pa hacer un manojo y colgárselo en el
" pescuezo. Y también le sacó el corazón, que
" echó calentito en el frasco de agua bendita.

"En seguida, como le había dicho la vieja, vido
" todo lo que debía hacer y ya tomó por una calle
" de flores, sabiendo que iría a salir al palacio.

"A unas dos cuadras antes de llegar, lo agarró
" la noche y él se echó a dormir bajo lo más tupi-
" do de un monte de naranjos.

"Al otro día, comió de las frutas que tenía a
" mano y, como empezaba a clariar, caminó has-
" ta cerquita de una juente que había frente al pa-
" lacio.

—"Dentro de un rato — dijo — va a venir el
" flamenco pa librarse del encanto, que dura siete
" días y yo haré lo que deba de hacer.

'Ni bien concluyó estas palabras, cuando oyó el
" ruido de un vuelo y vido caer a orillas de la fuen-
" te al flamenco, grande como un ñandú y colorao
" como sangre e' toro.

"A gatas aguantó las ganas que tenía de echár-
" sele encima, ahí no más, y se agazapó más bajo
" en su escondrijo.

"Para esto el pajarraco, parao en una pata a la
" orillita mesma del agua, miraba pa'lao que iba a
" salir el sol y quedó como dormido. Pero Dolo-
" res, que no largaba su frasquito, estaba sabiendo
" lo que sucedería.

"En eso se asomó el sol y al flamenco le dió un
" desmayo, que lo tumbó panza arriba en el agua,
" de donde al pronto quiso salir en la forma de
" un enano.

"Dolores, que no aguardaba otra cosa, echó
" mano a la cintura, sacó el cuchillo, lo despatarró
" de un empujón al monstruo, lo pisó en el cogote
" como ternero, y por fin hizo con él lo que debía
" hacer, pa que aquel bicho indino no anduviera
" más codiciando mujeres.

"El enano salió gritando pa la selva, con las ve-
" rijas coloriando, y cuando Dolores jué a mirar
" el palacio, ya no quedaba sino una humadera y
" un tropel de mujercitas del grandor de un cha-
" rabón de quince días que venía corriendo en su
" dirición.

"Dolores, que muy pronto reconoció a su mo-
" rochita del Paraná, se arrancó el manojo de plu-

" mas que traiba colgao al pescuezo, las roció de " agua bendita y le dibujó a su prenda una cruz en " la frente.

"La paisanita empezó a crecer y, cuando llegó " al altor que Dios le había dao endenantes, le echó " los brazos al pescuezo a Dolores y le preguntó:

—"¿Cómo te llamas, mi novio?

—"Dolores — ¿y vos?

—"Consuelo.

"Cuando volvieron del abrazo, se acordaron de " las tristes compañeras y el paisanito las desem- " brujó del mesmo modo que a su novia.

"Después las llevaron hasta donde estaba el bote " y, de a cuatro, jueron cruzando el río hasta las " cuatro últimas.

"Y ahí quedaron Dolores y Consuelo, mano a " mano con la felicidad que ella había ganao por " bonita y él por corajudo.

"Años después, se ha sabido que la pareja se " ha hecho rica y tiene en la isla una gran estan- " cia con miles de animales y cosechas y frutas de " todas layas.

"Y al enano, hijo del Diablo, lo tiene encadenao " al frasco del encanto y nunca este bicho malhe- " chor podrá escapar de ese palenque, porque el " corazón del caburé tiene el peso de todas las mal- " dades del mundo."

XIII.

Después de dos días de marcha, sin peripecias, llegamos al pueblo de Navarro, un domingo por la mañana.

Tomando una calle poblada, pasamos por la plaza frente a la iglesia petiza, y nos bajamos en un almacén a hacer la mañana.

Por ser día festivo, había gente a porrillo y un antiguo amigo de mi padrino se acercó a saludarlo, con muchos agasajos y recuerdos.

Nunca me gustaron amontonamientos y menos cuando el alcohol menudea, de suerte que me apreté la barriga contra el mostrador, a fin de ocupar poco sitio, y espié lo que sucedía en torno sin entreverarme.

Oí que el desconocido amigo de Don Segun-

do le hablaba de riñas de gallos, instándolo a que fuera esa tarde testigo de una casi segura victoria suya sobre un forastero del Tandil.

Una hora pasó para mí sin diversión, viendo entrar y salir al paisanaje endomingado, que nos miraba de soslayo, observando con disimulo el porte salvaje y rudo de mi padrino.

Para mí todos los pueblos eran iguales, toda la gente más o menos de la misma laya y los recuerdos que tenía de aquellos ambientes, presurosos e inútiles, me causaban antipatía.

Marcó el reloj el mediodía y, por un pasadizo angosto, pasamos del despacho de bebidas al comedor, más tranquilo.

En un lugar sombreado, nos sentamos a comer.

Habría en todo unas veinte mesas, con manteles manchados por violáceos recuerdos de vino. Los cubiertos eran de un metal dudoso y los tenedores tenían torcidas las puntas, de tanto pegar contra las lozas rudas, en busca de algún bocado esquivo. Los vasos eran de vidrio espeso y turbio. En el vasto recinto bostezaba una desesperante atonía.

El mozo nos saludó con una sonrisa de complicidad, que no alcanzamos a comprender. Tal vez le pareciera una excesiva calaverada para dos pai-

sanos, eso de almorzar en la "Fonda del Polo".

—Sírvanos de lo que haya — ordenó Don Segundo.

Yo miraba a mi alrededor.

En un lugar central, tres españoles hablaban fuerte y duro, llamando la atención sobre sus caras de baturros o dependientes de tienda. Vecino a la entrada, un matrimonio irlandés esgrimía los cubiertos como lapiceras; ella tenía pecudas las manos y la cara, como huevo de tero. El hombre miraba con ojos de pescado y su cara estaba llena de venas reventonas, como la panza de una oveja recién cuereada.

Detrás nuestro, un joven rosado, con párpados y lacrimales lagañosos de "mancarrón palomo", debía ser, por su traje y su actitud, el representante de alguna casa cerealista.

—Yo he visto las romerías de Giles — decía uno de los españoles — y no se diferencian en nada de las de aquí.

Otro, de la misma mesa, dialogaba con un vecino sobre el precio de los cerdos y el cerealista intervenía, opinando con gruesas erres alemanas.

Tratando de hacerse olvidar un momento, un hombre grande y gordo, solitario frente a su mantel cargado de manjares, callaba, comía y bebía.

Sólo levantaba de vez en cuando, la cabeza del plato, y parecía entonces llenarse de satisfacción el comedor aburrido.

Una vez se interrumpió para llamar al mozo, decirle quién sabe qué, a propósito de una botella, y palmearle el lomo con protección cariñosa.

En el rincón opuesto al nuestro, como empujados por el ruido, una yunta de criollos miraba en silencio. Uno de ellos tenía una hosca onda volcada sobre el ojo izquierdo y los dos estaban tostados de gran aire.

Comieron apurados. A los postres rieron sin voces, las bocas sumidas en sus servilletas.

Pero uno de los españoles relataba el suicidio de un amigo:

—Vino de una farra, se sentó al borde de la cama en que su mujer dormía, tomó el revólver y delante de ella: ¡pafff!

El de las romerías seguía pesadamente sus comparaciones con Giles.

Con gran contento pagamos nuestra comida, aunque cara, y salimos al sol de la calle.

Al tranco fuimos para el reñidero, que Don Segundo conocía, y metimos los caballos a un corralón donde les aflojamos la cincha.

En el mismo corralón, había unas jaulas llenas

de cacareos y el público, que como nosotros llegó temprano, comentaba la sangre y el estado de los animales.

Nos acomodamos en el redondel, como patos alrededor del bañadero.

Llegó el juez que se sentó frente a una balanza, colgada sobre la cancha. Vinieron los dueños con sus respectivos gallos, que se pesaron colgándolos envueltos en un pañuelo. Después se eligieron las púas, se hizo el depósito de los quinientos pesos jugados, y cada cual salió a calzar su campeón.

Don Segundo me explicó en cortas palabras las condiciones de la pelea.

Esperamos.

Un poco aturdido por el movimiento y las voces, miraba yo el redondel vacío, limitado por su cerco de paño rojo, y los cinco anillos de gente colocados en gradería, formando embudo abierto hacia arriba.

En el intervalo de espera, se discutieron las probabilidades en favor de ambos animales. Sería la riña, al parecer, un combate rudo y parejo. Los gallos eran de igual peso, de igual talla. Cada uno había pisado por tres veces la arena para salir vencedor

El público enumeraba los detalles de la pesada, buscando algún indicio de superioridad. El bataraz fallaba en el pico, levemente quebrado hacia la punta, del lado izquierdo, pero tenía no sé qué tranquilidad, que el giro no compensaba con su mayor viveza.

La expectativa se hizo más tensa, cuando los combatientes fueron depositados, en postura conveniente, por los dueños, en el circo.

Sonó la campanilla.

El giro había caído livianamente al suelo, ladeadas las alas como un chambergo de matón, medio encogido el pescuezo en arqueo interrogante, firme en el enemigo la pupila de azabache, engarzada en un anillo de oro.

El bataraz, más burdo en alardes, se acercaba a pasos cortos, alta la cabeza agitada en pequeñas sacudidas de llama.

Se cerraron tres o cuatro apuestas sin importancia. La plata estaba al giro.

En un brusco arranque, los gallos acortaron distancias. A dos centímetros, los picos se trabaron en un rápido juego de fintas. Las cabezas temblequeaban, subiendo, bajando.

Y el primer tope sonó como guascazo en las caronas.

Aprovechando los revuelos, que desnudan al combatiente, juzgamos los cuerpos, los muslos, la respectiva capacidad de violencia o ligereza. Luego miramos en silencio, para traducir nuestra opinión en apuesta.

—¡Treinta pesos al giro!

—¡Doy cincuenta a cuarenta con el giro!

La usura me pareció un insulto de compadre logrero, que aprovecha una tara para envalentonarse. El bataraz sentía su defecto del pico. Espié minuciosamente.

El giro cargaba de firme, el buche pegado a su contrario, que le daba un poco el flanco, cruzando el pescuezo. Pero el bataraz, cuando se sentía picado en las plumas del cogote, zafaba el encontrón echando casi al suelo la cabeza, de modo que los puazos pasaran por encima, sin herirlo. Maldije del dueño que largaba al reñidero un animal tan noble, en condiciones desventajosas.

Brillaban las cabezas barnizadas de sangre. Afanosos los picos buscaban los verrugones de las crestas o un desgarrón de pellejo para asegurar el bote.

Las apuestas, dando usura, caían con persistencia de gotera.

Veinte, treinta minutos pasaron angustiosamen-

te, sin que variara el aspecto del combate. Mis simpatías estaban por el bataraz que, no habiéndose empleado a fondo, resistía las cargas del giro, incapaz de inferirle una herida grave. Pero ¿sabría mi favorito emplear su vigor en caso de tomar la ofensiva?

Mi atención se había hecho sutil. Mis ojos como mis oídos, percibían hasta las fibras íntimas, las dos vidas que a unos pasos de mi asiento batallaban a muerte.

Pertinazmente el giro seguía empujando con el buche, agravando así el silbido de su respiración penosa, y noté que aflojaba en su juego de pico.

—¡Quince a diez da el giro!

Nuevamente la usura me daba en el rostro su cachetada.

—¡Pago! — respondí.

—¡Veinte a quince al giro!

—¡Pago!

Y así, no sé cuantas veces, tomé posturas en que arriesgaba plata penosamente ganada en mis rudas andanzas. Algunos del público me miraron como se mira a un loco o a un sonso. Para ellos el giro no tenía más que insistir en su trabajo, acentuando su victoria hasta el anonadamiento del bataraz. Herido por esas miradas que me trata-

ban de bisoño y, excitado por el empeño de mi dinero, me concentré en la pelea hasta identificarme con el gallo en quien había puesto mi cariño y mi interés.

Hice mi plan. Era necesario permanecer en la defensiva, evitando el golpe decisivo, salvando en media hora de resistencia, y tirar hacia abajo a cada picada del contrario.

El bataraz parecía haberme entendido.

De pronto un murmullo de sorpresa sofocó al público. El giro se había despicado. Un triangulito rojo yacía en la tierra barrida del reñidero.

—¡Se igualaron los picos! — no pude dejar de gritar, agregando con insolencia: — ¡Voy treinta pesos derecho al bataraz!

Pero la plaza se había dado vuelta como guayaca vacía.

—Treinta a veinticinco contra el despicao — decía otro.

Me reproché con rabia no haber aprovechado la usura para jugar más. Desde ese momento, los partidarios del giro se harían ariscos.

Extenuados por cuarenta minutos de lucha, los gallos descansaban apuntalándose en el peso del enemigo.

Con seguridad el bataraz tomó la iniciativa, se

aferró a una picada de plumas sanguinolentas, golpeó dos veces, reciamente, sin largar.

El giro cloqueó como una gallina cascoteada y comenzó a dar vueltas de derecha a izquierda, el cuello lastimosamente estirado, la respiración atrancada en un ronquido de coágulos. En su cabeza carmínea y como verrugosa, había desaparecido el pequeño lente hostil de su mirada.

—¡Stá ciego y loco! — sentenció alguien.

En efecto, el animal herido, después de repetir sus círculos maquinales, como en busca de una mosca imaginaria, picoteaba el paño del redondel, dando la espalda del combate. En su cabeza como vaciada sólo vivía un quemante bordoneo, cruzado de dolores agudos como puñaladas.

Pero ningún cristiano o salvaje es capaz de imaginar la saña de un gallo de riña. Ciego, privado de sentidos, el giro continuaba batiéndose contra un fantasma, mientras el bataraz, paciente, buscaba concluirlo en un golpe decisivo.

Sin embargo, el cansancio, fuerza incontrastable cuyo coma sentíamos caer en el reñidero, hacíase casi perceptible al tacto. Era algo que se enredaba en las patas de los combatientes, sujetaba sus botes, nos oprimía las sienes.

—¿La hora? — preguntó alguien.

—Faltan dos minutos — pronunció el juez.

Comprendí que el reloj se convertía en mi peor enemigo.

Mi gallo se agotaba, enredándose en las alas y la cola del giro. E inesperadamente éste se rehizo, situó a su adversario por el tacto, le dió un encontronazo que lo echó al suelo.

—¡Cincuenta pesos a mi gallo giro! — vociferó el dueño.

—¡Pago! — respondí, olvidado de mi lástima reciente.

Y el bataraz volvió sobre el golpe, fortalecido de rabia, tomó una picada, clavó las espuelas certeras en el cráneo ciego y deforme.

El giro se acostó lentamente, en un entumecimiento de muerte, cloqueó apenas, estiró el cuello, clavó el pico roto.

Sonó la campanilla.

Los hombres enormes entraban al redondel.

El dueño del giro alzó una masa sangrienta y blanda.

El otro acariciaba un bulto de músculos aun hirvientes de rabia.

Hacia mí se estiraban manos cargadas de billetes, también como cansados. Hice un rollo voluminoso que guardé en mi tirador y salí al corralón.

Allí lo encontré a mi bataraz, asentado todavía en la mano de su dueño, que lo acariciaba distraídamente, alegando con un grupo sobre las vicisitudes de la pelea.

Y ví que el gallo miraba curiosamente en derredor, volviendo a nacer a la calma de la vida ordinaria, después de un delirio que lo había poseído, tal vez a pesar suyo, como un irresistible mandato de raza.

Don Segundo me tomó el brazo y lo seguí para la calle, a la cola de la gente que se retiraba.

Una vez a caballo nos dirigimos, al caer de la tarde dorada, hacia un puesto de estancia, en que Don Segundo había parado en ocasión de algunos arreos.

Mi padrino me hacía burla por mi audacia en el juego, pretendiendo que en caso de pérdida no hubiera podido pagar las apuestas.

Saqué con orgullo el paquete de pesos de mi tirador y conté, apretándolos bien en una esquina para que no me los llevara el viento.

—¿Sabe cuántos, Don Segundo?

—Vos dirás.

—Ciento noventa y cinco pesos.

—Ya tenés pa comprarte una estancita.

—Unos potros sí.

XIV.

Tusé mis caballos, chiflando de contento, y acomodé mis prendas con prolija satisfacción. Los pesos, que sentía hinchar mi tirador, me daban un aplomo de rico y pasé la mañana acomodando cuanto tenía para ponerlo todo a la altura de mi riqueza.

Iríamos a una feria, ruidosamente anunciada por los rematadores lugareños, y como allí encontraría mucha gente del reñidero, no quería desmerecer la fama adquirida con mis apuestas, exponiendo una pobreza desaliñada.

A las once salimos del puesto, despidiéndonos de nuestros amigos hospitalarios y nos dirigimos cruzando el pueblo hacia los locales del remate.

Tomamos una calle desierta. Pasamos al galo-

pe por la plaza principal y, a las dos cuadras, paramos frente a un almacén. A los costados de la entrada, cabalgando unos cuartos de yerba, lucían sus colores vistosos unos sobrepuestos bordados.

Atamos nuestros caballos en dos gruesos postes de quebracho, pulidos por los cabrestos, y entramos, pues mi padrino quería hacer unas compras. Había olor a talabartería, yerba y grasa.

El pulpero se agachaba para escuchar el pedido, como perro frente a una vizcachera.

—Dos ataos de tabaco "La hija'el toro" — dijo Don Segundo.

—¿Picadura?

—¡Ahá!... Una mecha pa'l yesquero, un pañuelo d'esos negros y aquella fajita que está sobre del atao de bombachas.

Nos sorprendió como un porrazo una voz autoritaria:

—¡Dése preso, amigo!

En la puerta se erguía la desgarbada figura de un policía, cuyas mangas subrayaban los escasos galones de cabo.

Haciéndose el desentendido, Don Segundo abrió los ojos para buscar en derredor al hombre en causa. Pero no había más que nosotros.

—¡A usté le digo!

—¿A mí, señor?

—Sí, a usté.

—Güeno, — replicó mi padrino, sin apurarse — espéreme un momento que cuantito el patrón me despache vi a atenderlo.

Atónito ante aquella insolencia, el cabo no halló respuesta. El patrón, en cambio, maliciando un barullo, desordenaba con manos temblonas sus trastos, completamente olvidado de los pedidos que se le habían hecho.

—La fajita está allí — decía mi padrino con paciencia. — Ese pañuelo floriao no... aquél otro negrito que tocó ricién.

Sintiéndose bochornosamente olvidado, el cabo volvió por sus cabales:

—¡Si no viene por las güenas, lo vi a sacar por la juerza!

—¿Por la juerza?

Don Segundo pensó un rato, como si de pronto le hubieran propuesto hacer encastar mulas con gaviotas.

—¿Por la juerza? — repitió revisando al cabo enclenque con su mirada de hombre fornido. Y luego pareciendo comprender:

—Güeno, vaya buscando los compañeros.

El cabo palideció sin dar seguimiento a una in-

tención de paso.

Don Segundo arregló sin premura su paquete, salió, no sin despedirse del azareado bolichero, y montó a caballo. El cabo amagó un manotón a las riendas, que quedó a medio camino.

—No — dijo Don Segundo, como si se equivocara sobre los designios del cabo. — Déjelo no más que dende el año pasao sé andar solito.

Lastimosamente el policía sonrió, festejando el chiste.

En un gran salón desamueblado, frente a un enorme mapa de la provincia, estaba sentado el comisario panzón y bigotudo.

—Aquí están, señor — dijo el cabo, recobrando coraje.

—Aquí estamos, señor — repitió Don Segundo — porque el cabo nos ha traído.

—Ustedes son forasteros ¿no? — inquirió el mandón.

—Sí, señor.

—¿Y en su pueblo se pasa galopiando por delante'e la comisaría?

—No, señor... pero como no vide bandera ni escudo...

—¿Ande está la bandera? — preguntó el comisario al cabo.

—La bandera, señor, se la hemoh'emprestao a la Intendencia pa la fiesta'e'el sábado.

El comisario se volvió hacia nosotros:

—¿Qué oficio tienen ustedes?

—Reseros.

—¿De qué partido son?

Como si no entendiera el carácter político de la pregunta, mi padrino contestó sin pestañear:

—Yo soy de Cristiano Muerto...; mi compañerito de Callejones.

—¿Y las libretas?

Lo mismo que había hecho un chiste con nuestra procedencia, Don Segundo inventó un personaje:

—Las tiene, allá, Don Isidro Melo.

—Muy bien. Pa otra vez ya saben ande queda la comisaría y si se olvidan yo les vi a ayudar la memoria.

—¡No hay cuidao!

Afuera, cuando estuvimos solos, Don Segundo rió de buena gana:

—Güen cabo... pero no pa rebenque.

La feria era para mí una novedad. Cuando llegamos, estaban concluyendo de clasificar la hacienda en lotes, disponiéndolos en los corrales. Aquello parecía un rodeo, dividido en cuadros por

los alambrados como una masa para hacer pasteles. La peonada que llevaba y traía los lotes era numerosa y, tanto entre ellos como entre los peones de las estancias, se veían paisanos lujosos en sus aperos y su vestuario. ¡Qué facones, tiradores y rastras! ¡Qué cabezadas, bozales, estribos y espuelas! ¡Si ya me estaba doliendo la plata en el tirador!

A la sombra de un ombú, al lado del gran galpón del local, se asaba la carne para los peones y el pobrerío. Había como elegir entre los asadores que, aquí ensartaban un costillar de vaquillona, allá un medio capón o un corderito entero, de riñones grasudos.

Los dueños de la feria, así como los estancieros y los clientes de consideración, tenían adentro acomodada una mesa larga, con muchos vasos y servilletas y jarras y frascos y hasta tenedores. Adentro, también, vecino al comedor, había un despacho de bebidas con sus escasos feligreses.

Con mi padrino, nos arrimamos a un cordero de pella dorada por el fuego. ¡Carnesita sabrosa y tierna! "Lástima no tener dos panzas", decía con desconsuelo Don Segundo.

En seguida que sus mercedes de la mesa se hartaron de embuchar, salió el rematador y su comi-

tiva en un carrito descubierto y empezó la función. El rematador dijo un discurso lleno de palabras como: "ganadería nacional", "porvenir magnífico", "grandes negocios"... y "dió principio a la venta" con un "lote excepcional".

Alrededor del carrito, a pie o montados en caballos de los peones de la feria, estaban los ingleses de los frigoríficos, afeitados, rojos y gordos como frailes bien comidos. Los invernadores, tostados por el sol, calculaban ganancias o pérdidas, tirándose el bigote o rascándose la barbilla. Los carniceros del lugar espiaban una pichincha, con cara de muchacho que se va a alzar las achuras de una carneada. Y el público, formado por la gente de huella y de estancia, conversaba de cualquier cosa.

Sin alternativas pasó la tarde. La garganta del rematador no daba más de tanto gritar y mis orejas de tanto oírlo.

Empezaban a marchar las tropas.

Un hombre de los de la feria, que conocía a Don Segundo, nos habló para un arreo de seiscientos novillos destinados a un campo grande de las costas del mar. El paisano encargado de entregar el lote era un viejito de barba blanca, petizo y charlatán. Después de mostrarnos la hacienda, nos

convidó a tomar la copa. Iba montado en un picacito overo, que le había codiciado toda esa mañana viéndolo trabajar. De a poquito, mientras nos dirigíamos al despacho, fuí tanteando la posibilidad de una compra, que las perspectivas del largo arreo hacía casi necesaria. Pero el hombre nos hablaba de los novillos:

—Güena animalada, señor, y bien arriadita.

Frente al galpón, se le descolgó al picazo por la paleta y sonó el lucido juego de botones de su tirador, cuando tocando el suelo, sus pies barajaron el peso del cuerpo con golpe sordo.

Entramos.

Nuestro hombre se encaró con un anciano medio ebrio:

—Aquí habías de estar vos, haciendo gárgaras como sapo en el barro.

—Con las copas que me pagas ¿no? — respondía el viejo de sonrisa envinada y ojos vagos.

—¡Al propósito vine al mundo pa mantener borrachos!

—¿Por qué no dentrás de polecía, hermano?

Mientras tomábamos nuestras sangrías, volví a hablar del picazo:

—Es ponderao pa'l trabajo.

—Vea, señor, no es por decirlo, pero tengo unos

pingos medio güenones. Este que ando es uno de los más mejorcitos y corajudo pa'l porrazo. Vez pasada, cuando era redomón, traiba yo unas vacas por cuenta de un inglés Guales. Venía cuidándolas por chúcaras, cuando cata aquí que cruzando cerca de un puesto, se me atraviesa en el callejón una señora a salvar unos patitos. Ya se me entró a remolinear la hacienda. "Hágase a un lao señora", le grité. "¿Que me haga a un lao?" "Sí, señora; se lo decijo como un servicio". "¿Y a mí qué me importa de su hacienda?" Yo estaba cerquita della y me iba dentrando rabia de verla tan enteramente porfiada, cuando pa mejor comenzó a echarme con madre y todo a loh'infiernos. ¡Dios me perdome! Le cerré las espuelas al picazo y la alcé por los elementos.

Aunque la prueba fuera buena para el caballo, me pareció aquel proceder un tanto salvaje. Sin dar mi opinión sobre el tal suceso, siguiendo la plática, resulté dueño del picazo por cincuenta pesos.

De pronto el viejo borracho, olvidado por nosotros en su rincón, comenzó a observarlo muy sonriente a mi padrino. Con expresión de quien medita una picardía, lo interpeló:

—¿Cómo te va Ufemio?

—¿Quién sos vos? — interrogó mi padrino, con un tono que me hizo comprender que no ignoraba la filiación del borracho.

—¿Ya no conocés a tuh'ermanos?

—Debe ser por los muy muchos que tengo en las pulperías.

—¿Y me has de negar que soh'Ufemio Díaz?

—¿Días?... y algunos meses — consintió mi padrino.

—¡Gaucho pícaro! — dijo el borracho, adelantándose hacia nosotros. — Yo soy Pastor Tolosa, conocido por Lazarte, vecino viejo del Carmen de Areco... y vos sos Segundo Sombra. ¿No te acordás? — insistió, mostrando la cicatriz de un tajo que le cruzaba la frente. — Yo era diablo pa'l cuchillo. Aura soy viejo y cualquier sonso me grita — señalaba con la barba a nuestro compañero de mesa. — En esos tiempos, sólo un toro como vos era capaz de cortarme.

El hombre se nos sentó en la mesa. Mi padrino lo miraba, sonriéndole como se sonríe a un recuerdo, y lo dejaba hablar.

—¿Y te acordás de las fiestas en lo de Raynoso, ande nos conocimos?

—Me acuerdo, ¡ahá!... me mandaron que te cuidara porque eras medio aplicao al frasco y de

yapa aficionao al barullo.

—¡Ahá!... y me viniste a cuidar, gaucho sagaz... y al último fuiste voh'el que metió el bochinche. Más de cuatro salieron cortaos y se apagaron las luces a ponchazos y el hembraje juia a los gritos... y vos ni un arañón te agenciaste en el entrevero. ¡Qué tiempos! Y un día por probarnos, jugando, me dejaste de recuerdo este pajarito que me canta todas las mañanas: ¡bicho-feo! ¡bicho-feo!

Nos reíamos todos.

Mi padrino se levantó y se dieron un gran abrazo con aquel viejo amigo, que quería seguir la charla de los años pasados. No teníamos tiempo. Trabajosamente nos despedimos. Nos entregaron la tropa, y marchamos con los demás peones a la caída de la noche.

Tropita mansa y linda. Un mes de arreo debimos contar, aunque sin mayores contratiempos. Los animales que llevábamos, eran flacos y dispuestos. Sin embargo, tres días antes de entregar el arreo, pasamos un mal rato. La hacienda venía sedienta, pues nos faltaban aguadas naturales y estancieros conocidos que nos sacaran del apuro.

Habíamos pasado una noche de pesadez tremenda, defendiéndonos de los mosquitos, con un fue-

guito de biznaga por demás pobre. El campo sudaba por dondequiera, cuando salimos de mañana.

Después cayó un golpe de lluvia. Las reses se nos alborotaron. En los charcos que había dejado el chaparrón, se amontonaban ensuciando en seguida el agua, no chupando más que barro.

El capataz iba afligido con esa desesperación del animalaje, que para mejor no podía sino aumentar con el sol y el movimiento.

A eso de las diez enfrentamos una estancia.

No hubo nada que hacer. Los animales después de olfatear con ansia, se largaron a correr por el callejón. Inútilmente quisimos apurarlos para que pasaran derecho. En una porfía incontenible, atropellaron los alambrados que primero resistieron haciéndolos caer. Hasta los enredados, no cejaban en su empuje a pesar de tajearse o caer de lomo. Y en seguida ¡qué habíamos de sujetarlos por el campo!

Las casas estaban cerca y, atrás de un potrerito alfalfado, había un cañadón bordeado de sauces. Nos separaban de él otro alambrado y un cerco de cañas. Corríamos sin esperanza por delante de los brutos sedientos. El alambrado sufrió la misma suerte que el anterior y el cerco de caña no pudo sino crujir y quebrarse ante la avalancha ciega.

Las bestias se sumían en el agua bebiendo atropelladamente. Otros se echaban. Otros les pasaban por encima con peligro de ahogarlos. Nosotros no teníamos más tarea que la de impedir las montoneras y ordenar en lo posible aquel tumulto.

Los peones de la estancia, que habían oído el tropel o visto la disparada, nos ayudaban.

Vino el patrón y nuestro capataz, jadeante por las corridas y algo asustado, explicó la cosa, proponiendo pagar los daños.

Por suerte, el hombre tomó bien nuestro involuntario asalto y, lejos de incomodarnos, nos hizo acompañar con su gente después de saciada la sed de la hacienda.

Tuvimos que degollar un animal por demás estropeado en los alambres y curar algunos otros.

Salvo esto, todo siguió como antes, hasta llegar a destino.

XV.

¡Qué estancia ni qué misa! Ya podíamos mirar para todos lados, sin divisar más que una tierra baya y flaca, como asonsada por la fiebre. Me acordé de una noche pasada al lado de mi tía Mercedes (dale con mi tía). Los huesos querían como sobrarle el cuero y estaba más sumida que mula de noria. Pero mejor es que lo sangren a uno los tábanos y no acordarse de esas cosas.

Habíamos dejado la tropa en un potrero pastoso, antes de que nos mandaran para la costa, a hacer noche y descansar en un puesto.

¡Bien haiga el puesto! Desde lejos lo vimos blanquear como un huesito en la llanura amarilla. A un lado tenía un álamo, más pelado que paja de escoba, al otro tres palos blancos en forma de

palenque. La tierra del patio, despareja y cascaruda, más que asentada por mano de hombre parecía endurecida por el pisoteo de la hacienda que, cuando estaba el rancho solo, venía a lamer la sal del blanqueo.

Don Sixto Gaitán, hombre seco como un bajo salitroso y arrugado como lonja de rebenque, venía dándonos, de a puchitos, datos sobre la estancia. Eran cuarenta leguas en forma de cuadro. Para el lado de la mañana, estaba el mar, que sólo la gente baqueana alcanzaba por entre los cangrejales. En dirección opuesta, tierra adentro, había buen campo de pastoreo; pero eso estaba muy retirado del lugar en que nos encontrábamos.

Bendito sea si me importaba algo de los detalles de aquella estancia, que parecía como tirada en el olvido, sin poblaciones dignas de cristianos, sin alegría, sin gracia de Dios.

Don Sixto hablaba de su vida. El pasaba temporadas en el rancho solitario. La familia estaba allá, en un puesto cerca de las casas. Tenía un hijito embrujado que le querían llevar los diablos.

Miré a Don Segundo, para ver qué efecto le hacía esta última parte de las confidencias. Don Segundo ni mosqueaba.

Me dije que el paisano del rancho perdido debía tener extraviado el entendimiento y dejé ahí reflexiones, porque bastante tenía con mirar el campo y más bien hubiese deseado hacer preguntas acerca del mar y de los cangrejales.

Aunque el arreo sea bueno, y no le haya sobado al resero el cuerpo más que lo debido, siempre se apea uno con gusto de los apretados cojinillos para ensayar pasos desacostumbrados. El palenque, con sus postes blancos, llamó más mi atención de cerca, mientras desarrugaba a manotones el chiripá y aflojaba las coyunturas.

Don Segundo me dijo riendo:

—Son espinas de un pescao del que entuavía no has comido.

—Hace más de cincuenta años — explicó Don Sixto — que la ballena, tal vez extraviada, vino a morir en estas costas. El patrón se hizo llevar el güeserío a las casas, "pa adorno" decía él. Aquí ha quedao este palenquito.

—Mirá qué bicho pa asarlo con cuero — dije, temeroso de que me estuvieran tomando por sonso.

—Estas son tres costillas — concluyó Don Sixto, agregando para cumplir con su deber de hospitalidad. — Pasen adelante si gustan; en la co-

cina hay yerba y menesteres pa cebar...; yo voy a dir juntando unas bostas y algunos güesitos pa'l juego.

A la media hora de una conversación interrumpida por el lagrimeo y la tos que me imponía la humareda espesa de la bosta, gané el campo so pretexto de ver para dónde se había recostado mi tropilla.

Más vale el campo, por fiero que sea, que estar tosiendo a la orilla del fuego como vieja rezadora.

Mi tropilla se había alejado caminando con cautela de quien está revisando campo para comprar, despuntando los pastos, mirando a veces en derredor o a lo lejos, como buscando un punto de referencia. El picazo en que iba montado, relinchó. La yegua madrina alzó la cabeza, desparramando un tropel de notas de su cencerro. Todos los caballos miraron hacia mí .¿Por qué estábamos así desconfiados y como buscando abrigo?

Casi entreverado con mis pingos, me dejé estar mirando el horizonte. La yegua Garúa olfateó hacia el mar y nos pusimos a seguir aquel rumbo, como una obligación.

—¡Campo fiero y desamparao! — dije en voz alta.

Ibamos por un pajal descolorido y duro que los

caballos husmeaban despreciativamente, con algo de alarma. También yo sentía un presagio de hostilidad.

Cruzábamos unas lagunitas secas. No sé por qué pensé en lagunas, dado que ninguna diferencia de nivel existía con el resto de la pampa.

—¡Campo bruto! — dije otra vez, como contestando a un insulto imaginario.

De atrás de unos junquillales voló de golpe una bandada de patos, apretada como tiro de munición. El bayo Comadreja plantó los cuatro vasos, en una sentada brusca, y bufó a lo mula. Quedamos todos quietos, en un aumento de recelo.

Atrás de los junquillales, vimos azulear una chapa de agua como de tres cuadras. Volaron bandurrias, teros reales y chajás. Parecían tener miedo y quedaron vichándonos desde el otro lado del charco. Sabían algo más que nosotros. ¿Qué?

Garúa trotó dando un rodeo, seguida por Comadreja, y bajó hacia el agua. Nosotros quedamos a orillas del pajonal.

El barro negro que rodeaba el agua, parecía como picado de viruelas. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía

de sufrir como animal embichado.

—¡Ahá! — dije — un cangrejal — y me pregunté por qué me había dado ese día por hablar en voz alta.

Como si mi palabra hubiese sido voz de mando, voló de un solo vuelo la sabandija. Garúa y Comadreja, castigadas por repentino terror, corrieron hacia nosotros. Dudé de mis ojos. Garúa había perdido sus cuatro patas y avanzaba apenas arrastrándose sobre el vientre. Y el barro se abría como un surco de agua. "Murió la yegua", me dije. Pero Garúa, tirada sobre el costillar, remaba con las cuatro patas, avanzando como si nadara, con tanta rapidez, que no daba tiempo a que la tierra, desmoronada en sinuosa herida, se juntara tras ella. Aquello hizo un ruido sordo y lúgubre, hasta que la yegua pisó firme. "Linda madrinita baquiana", murmuré con emoción y recordé que me había sido vendida por un paisano del Rincón de López. Sí, pero ¿y mi bayo?

Comadreja se había detenido ante la caída de Garúa. Dos veces intentó echarse al cangrejal, para vencerlo a lo bruto, pero tuvo que volver atrás, después de haberse perdido casi totalmente, salvándose a pura energía, con quejidos de esfuerzo.

Sin perder tiempo, arrié mi tropilla en su dirección, recordando el camino seguido hoy por la yegua. Me encomendé a Dios, para que no me dejara desviar ni un metro de la dirección que recordaba. En una atropellada alcancé con ansia el lugar en que estaba Comadreja, que se entreveró con sus compañeros, y al grito de "¡Vuelva!", salí, yegua en punta, para el lado del campo firme.

Pasado el apuro, seguimos como muchachos castigados, hinchando el lomo y con las cabezas muy gachas.

Llegando al rancho pensaba: La casa es la casa, en cualquier parte que esté y por pobre que sea.

El rancho, antes tan miserable, me resultaba, al volver del paisaje, un palacio. Y sentí bien su abrigo de hogar humano, tan seguro cuando se piensa en afuera.

Aunque todavía fuese temprano, mi padrino y Don Sixto preparaban la comida en el patio. Me preguntaron por mi paseo.

—Lindo no más. Casi pierdo el bayo contesté, e interrogado relaté el percance.

Don Segundo comentó a manera de consejo:

—El hombre que sale solo, debe golver solo.

—Y aquí estoy — concluí con aplomo.

Atardecía. El cielo tendió unas nubes sobre el horizonte, como un paisano acomoda sus coloreadas matras para dormir. Sentí que la soledad me corría por el espinazo, como un chorrito de agua. La noche nos perdió en su oscuridad.

Me dije que no éramos nadie.

Como siempre, andábamos de un lado para otro, en quehaceres de último momento. Ibamos del recado al rancho, del rancho al pozo, del pozo a la leña. No podía dejar yo de pensar en los cangrejales. La pampa debía sufrir por ese lado y... ¡Dios ampare las osamentas! Al día siguiente están blancas. ¡Qué momento, sentir que el suelo afloja! Irse sumiendo poco a poco. Y el barrial que debe apretar los costillares. ¡Morirse ahogado en tierra! Y saber que el bicherío le va a arrancar de a pellizcos la carne... Sentirlos llegar al hueso, al vientre, a las partes, convertidas en una albóndiga de sangre e inmundicias, con millares de cáscaras dentro, removiendo el dolor en un vértigo de voracidad... ¡Bien haiga! ¡Qué regalo el frescor de la tierra del patio, al través de las botas de potro!

Y miré para arriba. Otro cangrejal, pero de luces. Atrás de cada uno de esos agujeritos debía haber un ángel. ¡Qué cantidad de estrellas! ¡Qué

grandura! Hasta la pampa resultaba chiquita. Y tuve ganas de reír.

Comimos, sin decir palabra, en unos platos de zinc, una "ropa vieja" en que la sal del charqui nos ofendía la boca. La galleta era como poste de quebracho y gritaba a lo chancho, cuando le metíamos el cuchillo. Para peor, no tenía sueño. Me quedé tomando mate en la cocina. El pabilo del candil, cansado de tanta grasa, quería caer por momentos y la llama chisporroteaba a antojo. Dos veces la enderecé con el lomo del cuchillo. Por fin la dejé, temiendo que me entrara rabia y cediera a la tentación de fajarle al aparatito un planazo de revés, para que fuera a alumbrar a los demonios.

Don Segundo tendía cama afuera y Don Sixto estaba ya en el dormitorio, al cual había entrado mis jergas, creyendo así cumplir con el forastero.

¡Linda cortesía, hacerlo dormir a uno en un aposento hediondo y seguramente poblado por sabandija chica!

Apagué el candil, volqué la cebadura en el fuego, que se iba consumiendo, y fuí a echarme en mi recado, en la otra punta del cuarto de Don Sixto.

No hallaba postura y me removía como chu-

rrasco sobre la leña, sin poder dar con el sueño. Era como si hubiese presentido la extraña y lúgubre escena, que iba a desarrollarse entre las cuatro paredes del rancho perdido.

Debió pasar algún tiempo. La luna volcó por la puerta una mancha cuadrada, blanca como escarcha mañanera. Vislumbraba los detalles del aposento: las desparejas paredes de barro, el techo de paja, quebrada en partes, el piso de tierra lleno de jorobas y pozos, los rincones en que negreaba una que otra cuevita de minero.

Mi atención fué repentinamente llamada hàcia el lugar en que dormía Don Sixto. Había oído algo como una queja y un ruido de caronas. Antes de que imaginara siquiera qué podía ser aquello, lo ví confusamente, de pie sobre las matras, en una postura de espanto.

Sentándome de un solo golpe, hice espaldas en la pared, desenvainé mi puñalito, que había como siempre alistado entre los bastos, puestos como cabecera, y encogí las piernas de modo conveniente para poderme erguir en un impulso.

Miré. Don Sixto dió con la zurda un manotón al aire. Fué como si hubiera agarrado algo. "No", dijo, ronco y amenazando, "no me han de llevar, so maulas". Con la ancha cuchilla que

apretaba en su derecha, tiró al aire dos hachazos como para partir el cráneo de un enemigo invisible. Tuve la ilusión de que aquello que tenía aferrado con la mano izquierda, le asentara un recio tirón. Trastabilló unos pasos. "No", volvió a gritar, como aterrorizado, pero firme en su propósito de no ceder, "angelito... no me lo han de llevar".

Con más saña, tiró puntazos en diferentes direcciones; después hachazos de derecha, de revés, con una violencia superior a sus fuerzas. Otro tirón lo llamó hasta la mitad del cuarto. Con más desesperación clamó, "M'hijo..., m'hijo, no ha de ser de ustedes". Comprendí lo terriblemente angustioso de aquella alucinación. El hombre defendía a su hijo embrujado, con la desesperación del que no sabe si hiere. Pero, ¿cómo podía ser eso? Sin embargo, vi por tercera vez y claramente, los tirones y golpazos con que le hacían perder el equilibrio. Don Sixto caía al suelo, volvía a incorporarse y se esgrimía nuevamente contra el vacío, repitiendo su estribillo: "No, no me lo han de llevar".

La lucha inverosímil, de la cual yo sólo veía un combatiente, arreció en violencia. Los zamarreones aumentaban, las cuchilladas menudeaban a

tontas y a locas, los gritos de desesperada negación se repetían con mayor frecuencia. Las fuerzas de Don Sixto, disminuían mientras el tono de la voz llegaba por su angustia a hacérseme intolerable. Quería ayudarle, pero una cobardía, un anonadamiento desconocido, se opuso a los esfuerzos que hice por levantarme. No podía siquiera hacer la señal de la cruz. El horror me tiraba los pelos para atrás de las sienes. Me debilitaba en un sudor copioso.

Pensé en Don Segundo y no pude llamarlo. ¿Cómo no oía? El pobre Don Sixto, ya exhausto, había caído cerca mío, a unas cuartas, y luchaba con una tenacidad que duplicaba mi desesperación.

Por fin la luz de la luna fué interceptada. Comprendí que mi padrino estaba ahí. Escuché su voz tranquila: "Nómbrese a Dios". Lo vi entrar; tomó a Don Sixto de un brazo haciéndolo poner de pie. "Sosiéguese güen hombre, ya no hay nada". También yo pude moverme y me acerqué a sostener a Don Sixto que, a pesar de no ser la luz suficiente para ver claro, aparecía demacrado como por varios días de enfermedad. "Sosiéguese", repitió mi padrino. "Acompáñeme pajuera; ya no hay nada". Como un ebrio lo sacamos a la noche.

Don Segundo lo acercó al recado en que él había estado durmiendo. El hombre cayó como desgarretado. "Dejalo no más", me dijo mi padrino, "y vos sacá tus jergas y echate a dormir".

Con recelo entré al cuarto, me santigüé, fuí al rincón de mis pilchas y manotié arrastrando lo que quiso venir conmigo. Ya Don Segundo dormía, con un cojinillo de almohada, sobre el piso del patio. El otro estaba tirado como potrillo muerto. ¿Dormir? ¡Como para dormir estaba por dentro! Nunca pensé que se pudiera tener tanto miedo junto.

Recién al aclarar, cuando mi padrino incorporándose me dió la garantía de que todo no había muerto, pude cerrar los párpados.

Poco después desperté en un sobresalto. Ya el sol calentaba un tanto el cuerpo y un vientecito tierno se colaba entre la ropa.

Don Segundo había arrimado su tropilla y tusaba uno de sus caballos.

No vi ni señas de Don Sixto. Como el sol sabe barrer el miedo, no me quedaba de mi angustia nocturna más que un peso en los nervios.

Enderecé mis pasos hacia el pozo. El chirrido de la rondana, el culazo del balde en el agua, el canto de las goteras mientras recogía la soga, cu-

yos últimos tramos me enfriaron de agua las manos, me cantaban familiares palabras de optimismo. Me enjuagué bien la cabeza, el pescuezo, los brazos hasta el codo. En seguida sentí mejor el viento y el sol. Mi fuerza de siempre corría a grandes impulsos por mis miembros.

La mañana era linda, dorada, ágil. El desierto se alegraba de su descanso fresco. Unos teros pasaron, muy arriba, gritando su alegría. Se oyeron, lejos, unos balidos. Una nube de gaviotas, chimangos y caranchos, giraba como trompo de aire, sobre alguna osamenta, allá, para el lado de los cangrejales. ¡Qué diablos, la vida no afloja ni se aflige, porque a un animal o a un hombre, la noche le haya traído un mal rato!

Como había preparado ya el mate, fuí a convidarlo a Don Segundo.

—Güen día, padrino.

—Güen día.

Don Segundo rió mirándome:

—¿Ya te ha güelto el alma al cuerpo?

Me atreví a preguntar:

—¿Y Don Sixto?

—Se jué esta mañana a ver al muchacho que tiene enfermo. Quién sabe como lo halla.

—¿Por qué?... ¿le han traído una mala noticia?

—¿Y qué más mala noticia querés que la de anoche?

—¡Avise Don!

Tuve que ir en busca de la pava para seguir la cebadura. No había conseguido mayores datos sobre el enigma del pasado suceso. ¿Por qué estaba tan seguro mi padrino de la gravedad del chico de Don Sixto? ¿Creía en brujerías? Inútil calentarme la cabeza; ya me había dado cuenta de que Don Segundo no me contestaría, esa mañana por lo menos. Pero ¡qué hombre que no concluiría nunca de conocer! ¿Sabría también de magia? ¿Esos cuentos que contaba, los contaba en serio? Y yo ¿creía o no creía? Me parece que sí, por el miedo que me daban esas cosas y por mi poca voluntad de meterme a averiguaciones.

Monté el Picazo en pelos y fuí a buscar mis caballos. De vuelta ensillé y echando unidas las tropillas por delante, marchamos hacia el potrero vecino, donde al día siguiente debíamos recoger hacienda alzada. No pude dejar de despedirme del fatídico ranchito, que ya tomaba su aspecto de hueso perdido, y dándome vuelta sobre el recado le grité:

—¡Adiós, matrero viejo. Quiera Dios que el pampero te avente con tuito el pulguerío y tus penas de bichoco y tus diablos y brujerías!

XVI.

Al caer la tarde, después de haber andado unas ocho leguas por la misma pampa triste y haber comido un resto de carne asada, que yo traía a los tientos, avistamos la gente de la población que hacía tiempo veníamos contemplando, gozosos por su verdor fresco. Allí siquiera había unos sauces, unos perros, un corralito y unos dueños de casa.

Otros paisanos llegaban ya para el trabajo del día siguiente. De lejos nos veíamos entre nuestras tropillas, mudar de caballo, preparándonos lo mejor posible. Agarré mi moro, crédito para el rodeo, porque no quería andar fallando. Le acomodé el tuse, lo desranillé y, habiéndole puesto los cueros, caí al rancho cortando chiquito al compás de la coscoja.

Ya cruzábamos algunas palabras con los paisanos, en el palenque. Nos mirábamos los caballos ponderándolos cortésmente:

—Lindo el bayito — dije a un hombre que se acababa de apear cerca mío — ha de ser de conseguir, dentrando al pueblo.

—¡Azotes! — reía el paisano. — ¿Y su moro?

—Medio dispuesto p'al dentro. Pero ¿qué va a hacer con una desgracia en el lomo?

—¿Ande está la desgracia?

—Un servidor — dije señalándome el pecho.

—Este sí que es güeno — dijo un viejito flaco, acodillando su cebruno petizón, que no se movió más que un fardo de lana.

—¡Ahá!... ¡Ponderan la juria'el sapo! — rió el del bayo.

—No te fiés muchacho..., no te fiés de los gallos qu'entran a la riña dando el anca — aconsejó el viejo.

Un hombre achinado y gordo, que desembarraba con el lomo del cuchillo las paletas de su overo pintado, arguyó señalando el espléndido alazán de Don Segundo:

—Ese es un pingo.

Todos lo miraron con un silencio de asentimiento.

Con su voz clara y tranquila, Don Segundo explicó a la gente callada:

—Lo cambié por unas tortas.

Cuando pasó la risa insistió imperturbable:

—El otro debía estar en pedo.

Era lo que habían pensado muchos sin animarse a decirlo. Don Segundo parecía querer recordar el hecho:

—Lo que no puedo acordarme es cómo estaba yo... Cierto que debía andar más fresco, al menos que ya hubiese llegao por la tranca a perder la vergüenza. Me parece acordarme de algo así como un barullo. La gente hasta pelió. Jué una linda divirsión. Al día siguiente el paisano no se acordaba bien del cambio, pero yo le refresqué la memoria.

¿Yo le refresqué la memoria? Bien se imaginaban los oyentes la energía de esa ayuda. Además Don Segundo había dicho: "La gente hasta pelió. Jué una linda divirsión".

Ahora lo tasaban detallando su estatura, la reciedumbre de sus rasgos y sobre todo, esa tranquilidad con que debía tomar las cosas, fueran como fuesen, como si le quedaran chicas. Yo sentía por una vez más esa fuerza de mi padrino, tan rápida para suscitar en el paisanaje, reservado e

incrédulo, una incondicional admiración. Sabía desconcertar quedando impasible y a la duda que por momento despertaba, sobre su inocencia aparente o su profunda malicia, seguía de inmediato el respeto y la expectativa. Como otro arte suyo era saberse ir a tiempo, aprovechó la atención general para ponerse a hablar bajo con un hombre, que estaba a su lado.

El paisano del overo me preguntó de dónde éramos.

—De San Antonio.

—¿De San Antonio? — terció el del cebruno. — Yo he sabido trabajar allá, en los campos del General Roca. Y este hombre — dijo señalando al del bayo — ha andao hace poco con arreo por esos pagos.

—¡Ahá! — contestó el aludido — en una estancia de un tal Costa.

—Acosta — corregí.

—Eso es.

Nos fuimos arrimando al rancho. En el patio grande, abajo de los sauces, ardían los fogones lamiendo la carne de los asadores. ¡Lindo olorcito!

Habría entre todos unos veinte paisanos. Al aclarar del día siguiente llegarían unos diez más. Todos venían de distantes puestos. Decididamen-

te, iba a ser nuestra recogida un trabajo bruto y grande.

No hubo, antes de echarnos a dormir, ni muchas bromas, ni una alegría muy visible, ni guitarra. A la gente de esos pagos no parecía importarle nada de nada. Uno por uno enderezábamos al asador, cortábamos una presa, nos retirábamos a saborearla, en cuclillas. Los más salvajes y huraños desaparecían en lo oscuro, como si tuvieran vergüenza que los vieran comer, o temieran que los pelearan por la presa. Como muchos, por tratarse de hacienda chúcara, habían traído sus perros, estábamos rodeados de una jauría hambrienta y pedigüeña.

Ya los fierros estaban desnudos.

Antes de acostarme dije a mi padrino:

—Lo que eh'esta noche, ansina llueva, naides me hace dentrar al rancho. Más que el abrigo'e'las paredes con un loco adentro me gusta el amparo de Dios.

—¡Bien dicho, muchacho! — comentó mi padrino, y no supe si pensaba así, o si quería simplemente que lo dejara en paz.

Antes de aclarar salimos. Me habían dado por compañeros dos mocetones de unos veinte años. Uno alto, aindiado, lampiño. El otro rubio y fla-

co, con ojos sesgados de gato pajero. El rubio subió en un alazancito malacara que, ni bien sintió el peso, se arrastró a bellaquear. El mocito debía tenerse fe, porque a pesar de la oscuridad lo cruzó de unos rebencazos.

—Stás contento con la fresca — dijo después de sofrenarlo.

El campamento que anoche parecía numeroso, desapareció en la noche y la pampa, disolviéndose en direcciones distintas, como un puñado de hormigas voladoras en el aire.

Mis compañeros me echaron al medio. El trigueño tenía un recadito que de corto parecía prestado por algún hermano menor. Su caballo era un azulejo overo zarco, salvaje y espantadizo como pájaro de juncal. Las colas iban cortadas como una cuarta arriba del garrón. Los estribos, cruzados por delante hacían grupa bajo los cojinillos: modas sureras.

No decíamos palabra. Galopábamos por una huella que poco a poco se fué perdiendo, hasta dejarnos entregados al campo raso, sin más indicio de rumbo que el instinto de mis acompañantes. Pregunté no sin recelo por los cangrejales. El mocito del malacara me dijo que allí no había. En los cangrejales no podían aventurarse sino los que

eran muy baqueanos y a nosotros nos habían dado un pedazo de campo limpio. Eso sí, tendríamos que cruzar los médanos y llegarnos hasta el mar, para de allí, por los arenales, echar hacia el lado del campo los animales matreros que sabían esconderse.

Nuevas curiosidades para mí: los médanos, el mar. No quise pasar por chapetón y dejé mis preguntas de lado, como una vergüenza, esperando instruirme por mis cabales.

En el cielo, las primeras claridades empezaban a alejar la noche y las estrellas se caían para el lado de otros mundos. Orillamos un bajo salitroso y unas lagunas encadenadas, en que los pájaros, medio dormidos, se espantaron de nuestra presencia. Clareó más y comenzaron a vivir los animales de la pampa. Pasamos cerquita de una osamenta hedionda, que unos treinta caranchos aprovechaban, porfiando ganársela a la completa podredumbre.

¡Qué amabilidad la de esos pagos, que se divertían en poner cara de susto!

Al querer despuntar el sol, divisamos a contra luz la línea de los médanos. Era como si al campo le hubieran salido granos.

Varios vacunos trotaron por lo alto de una lo-

ma, nos miraron un rato y huyeron disparando. Mis compañeros iniciaron los clásicos gritos de arreo.

Pronto pisamos las primeras subidas y bajadas. El pasto desapareció por completo bajo las patas de nuestros pingos, pues entrábamos a la zona de los médanos de pura arena, que el viento en poco tiempo cambia de lugar, arriando montículos que son a veces verdaderos cerros por la altura.

La mañanita volvió de oro el arenal. Nuestros caballos se hundían en la blandura del suelo, hasta arriba de los pichicos. Como buenos muchachos, retozamos, largándonos de golpe barranca abajo, sumiéndonos en aquel colchón amable, arriesgando en las caídas el quedar apretados por el caballo.

Satisfechos nuestros impulsos, nos decidimos a atender el trabajo. Andábamos torpemente, hamacados por el esfuerzo del tranco demasiado blando. Ni un pasto entre aquel color fresco, que el sol nuevo teñía de suave mansedumbre. Me dijeron que en el ancho de una legua, entre tierra y mar, toda la costa era así: una majada monótona de lomos bayos, tersos y sin quebraduras, en que las pisadas apenas dejaban un hoyito de bordes curvos. ¿Y el mar?

De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo, más oscuro, que vino a asentarse en espuma blanca, a poca distancia de donde estábamos.

Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa que no podía convencerme de que fuera agua. Pero unas vacas galopaban por la costa misma y mis compañeros se precipitaron arena abajo hacia ellas. Me hubiera gustado quedar un rato, si más no fuera, contemplando el espectáculo vasto y extraño para mis ojos. Más vale no hacerse el gusto, que pasar por pazguato y arremetí también contra las bestias.

En la arena mojada de la orillita, dura como tabla, corríamos a lo loco. Mi Moro se hizo ver tomando la punta, descontando la ventaja que le llevaban.

Por momentos nos acercábamos. Los chúcaros corrían como gamas y, al verse apareados, se sentaban gambeteando de lo lindo. Para mejor estaban más delgados que parejeros. Errábamos los topes a porrillo. Por fin un toro, más haragán o más pesado, cayó entre el alazán y el overo. Lo paletearon hasta echarlo por entre los médanos.

Yo había seguido por detrás de una yaguanesa y la llevaba cerca. Forzándola hacia el mar, cuyo ruido me sorprendía y achicaba, hice que se resistiera y así pude arrimarle el caballo. El Moro se le prendió como tábano en la paleta y allí íbamos con la vaca afirmándonos uno con otro.

De repente entramos a pisar algo sonoro y resbaloso. Largué los estribos por las dudas. La yaguanesa, queriéndose caer, se atravesó, pero el Moro seguía echándola por delante con el impulso de la corrida. Y sucedió lo que debía suceder. Al salir del fragmento de roca resistente, encontrando la blandura de la arena, la vaca se tumbó. Sentí por el encontronazo que el Moro se daba vuelta por sobre la cabeza. "Con tal que no se quiebre" tuve tiempo de decirme, y me eché hacia atrás. Un momento se deja de pensar. El cuerpo cumple su deber por instinto. Sufrí en la planta de los pies el chicotazo del suelo. Tuve que correr unos pasos para recobrar el equilibrio. Volví sobre mi caballo, que aun se esforzaba por ponerse de aplomo. La vaca enderezándose me amagó un tope. Lleno de audacia le crucé el hocico de un rebencazo y le saqué el cuerpo. Tomé mi caballo de las riendas. Por ahí cerca venían los compañeros. ¡Pobre Moro! Lo hice caminar.

Bien. Le manotié la arena del recado y las clines. Ya los dos muchachos estaban conmigo.

—¡Gran puta! — dije y la palabra me sonó bien, aunque no fuera mal hablado. — Esta playa había sido como jeta'e comisario.

Subí dispuesto al trabajo. Por los médanos se perdió la yaguanesa. Mis compañeros se enredaban en mil dicharachos conmigo.

Comprendí que empezábamos a ser amigos.

No hay desayuno mejor que un porrazo para envalentonar el cuerpo. Estábamos más decididos para la recogida.

Después de un pesado galopar y gritar por los médanos, salimos al campo. Nuestro trabajo y el de los demás, que por ahí andarían, iba surtiendo efecto. La pampa, antes sola, se poblaba de puntas de hacienda que corrían, en montón o en hilera, para el lado opuesto al mar; para el lado de la gente hubiera dicho yo. Muy lejos, unas polvaredas indicaban las partes más numerosas de la recogida.

Ya podíamos estar más tranquilos. Las puntas se buscaban entre sí, constituyendo masas cada vez más grandes. Las huellas insensiblemente marcaban rumbos al animalaje. No teníamos más que hacer una atropellada, de vez en cuando, para

que a muchas cuadras repercutiera en un apuro y hasta en huidas sin fin.

Ibamos dejando a un lado las vacas recién paridas, que nos miraban hoscas, con una cornada pronta en cada aspa. Vencíamos la distancia lentamente, por tener que ir de derecha a izquierda en una fatigosa línea quebrada.

Los balidos formaban como una cerrazón de angustia en el aire, angustia de las bestias libres agarradas por su destino de obedecer, aunque acostumbradas a no ver hombres sino a muy largas distancias y muy de tiempo en tiempo.

Allí, como a legua y media, sobre una lomada, se formó un centro de movimiento. Debía haber gente sujetando ese principio de rodeo. Y, conforme íbamos andando, aquello se agrandaba, empenachándose de una creciente nube de tierra, sumándose de todos los retazos de hacienda destinados a desaparecer allí, como llamados por una brujería.

Hacía un rato el campo estaba despejado, nosotros lo poblamos de vida, para luego irla barriendo hacia un punto, dejando el campo nuevamente solo.

Conservábamos la vista fija en el lugar del rodeo y deseábamos ya estar allí, pues poco que ha-

cer y diversión encontrábamos en galopar atrás del vacaje cimarrón, que no se dejaba arrimar. Sin embargo, anduvimos, anduvimos.

El rodeo aumentaba de tamaño, por los animales que llegaban y porque nos acercábamos. Ya el entrevero de los balidos se hacía ensordecedor, y empèzamos a notar que aquello nos absorbía como única razón de ser posible, en el gran redondel trazado por el horizonte, dentro del cual todo lo demás parecía haberse anulado.

Llegamos. Algunos paisanos rondaban el tropel asustado de animales. Otros mudaban caballo. Otros con la pierna cruzada sobre la cabezada del basto, liaban un cigarro o platicaban con tranquilidad. Los caballos sudados, con los sobacos coloreando de espolazos, o embarrados hasta la panza, delataban la tarea particular a que habían sido sometidos. Reconocía caras vistas el día anterior, observaba otras nuevas.

Contemplé el rodeo. Nunca había presenciado semejante entrevero. Debían de ser unos cinco mil, contando grande y chico. Los había de todos los pelos, todos los tamaños; pero ésto no estaba hecho para asombrarme. Lo que sí llamaba mi atención, era el gran número de lisiados de todas clases: unos por quebraduras soldadas a la buena

de Dios, otros a causa del gusano que les había roído las carnes dejándoles anchas cicatrices. Esos animales nunca fueron curados por mano de hombres. Cuando un aspa creciendo se metía en el ojo, no había quien le cortara la punta. Los embichados morían comidos o quedaban en pie, gracias al cambio de estación, pero con el recuerdo de todo un pedazo de carne en menos. Los chapinudos criaban pesuñas con más firuletes que una tripa. Los sentidos del lomo aprendían a caminar arrastrando las patas traseras. Los sarnosos morían de consunción o paseaban una osamenta mal disimulada en el cuero pelado y sanguinolento. Y los toros estaban llenos de cicatrices de cornadas, por las paletas y los costillares.

Algunos daban lástima, otros asco, otros risa. Los sanos y jóvenes, que eran los más porque la pampa al que anda trastabillando muy pronto se lo traga, demostraban un salvajismo tal, que se llevaban por delante, afanados en alejarse cuanto fuera posible.

Un lujo de toros de toda laya, hacía del rodeo un peligro. Ya varios andaban buscando enojarse solos.

Los atajadores tenían que quedar a cierta distancia, haciendo rueda, cosa que ocupaba a mu-

cha gente. Más afuera las tropillas con sus yeguas maneadas, formaban el último círculo.

—¿Compañero, no ha visto el venao?

Me interpelaba un paisano, bien montado en un oscurito escarciador, refiriéndose a que estábamos en ayunas.

A la verdad, nuestra hambre bien nos podía hacer ver cualquier cuadrúpedo comible, pues eran las diez y, desde las dos de la madrugada, no habíamos "matao el bichito" más que con unos cimarrones.

Miré para el lado de los carneadores, que ya llevaban a medio asar la vaquillona de año, que esa mañana habían volteado para el peonaje.

—¿Por qué no noh'arrimamos — pregunté — a tomar unos amargos si mal no viene?

No faltaban, de rodeos anteriores y anteriores carneadas, buenas cabezas de osamenta, guampudas, en que asentar el cuerpo. Después mudaría caballo. Por el momento le aflojé la cincha al Moro y me ocupé de mí mismo.

Como la noche anterior, comimos y mateamos en silencio.

Decididamente esa gente me daba gana de estar solo y, como tenía tiempo antes de empezar el trabajo, dejé mate y compañía para tardarme mu-

dando caballo, hasta que el aparte empezara. Además, me alejaba un poco de esa baraúnda de balidos que ya me estaba hinchando la cabeza. ¿Por qué — me pregunté — esa luna repentina?

Me dejé estar, ensillando el bayo, que elegí por más corajudo y duro para el trabajo. Acomodé bien matra por matra. Emparejé como tres veces los bastos. Sirviéndome de mi alesna, que llevaba siempre a los tientos, con la punta clavada en un corcho para defenderla, corregí la costura de la asidera que estaba zafada en un tiento. Acomodé los cojinillos como para ir al pueblo. Desenrollé el lazo para volverlo a enrollar con más esmero. Y como ya no tenía qué hacer, lié un cigarrillo que por el tiempo que puse en cabecearlo, parecía el primero de mi vida.

En eso oí un griterío y vi que un toro venía en mi dirección, corrido por unos paisanos.

Me le enhorqueté al Comadreja proponiéndome sacarme pronto el mal humor.

Los dejé acercarse. A breve distancia me coloqué bien a punto para llevar a cabo mi intento. Cuando calculé por buena la distancia, grité:

—Con licencia, señores. — Y cerré las piernas al bayo.

Mi pingo era medio brutón para el encontro-

nazo. Por mi parte había calculado bien. A todo correr, el pecho del bayo dió en la paleta del toro. Ayudé el envión con el cuerpo. Quedamos clavados en el lugar del tope. El toro saltó como pelota, se dió vuelta por sobre el lomo.

Había hecho una cosa peligrosa entre todas. Agarrar un animal, en toda la furia, a la cruzada, es un alarde que puede costar el cuero si la velocidad de cada animal no está calculada con toda justeza.

¡Buen principio que me comprometía para el trabajo bruto iniciado!

XVII.

Empezó el torneo bárbaro. Como éramos muchos, hacíamos varias cosas a un tiempo. Para un lado, hacía el señuelo, se paleteaban las reses. Para otro se arriaban a cierta distancia, campo afuera, a fin de voltearlas a lazo y curar, descornar, capar, o simplemente cuerearlas, después del obligado degüello, si estaban en estado de enfermedad incurable.

En yunta con el mocito rubio, compañero de recogida esa mañana, nos dedicamos al aparte. Las reses eran escasas, pues se elegían toros jóvenes que, después de ser largados en un potrero pastoso y capados, se invernarían. ¿Qué iba a salir de bueno, para el engorde, de esa extraña reunión de patas largas y lomos a lo boga? Él en

un gateadito liviano, yo en mi bayo, formábamos una pareja luciente y ligera. Afanados por demostrar las habilidades de nuestros pingos, sacábamos de golpe los animales apretados entre los dos. Era inútil que quisieran buscar el campo o sentarse; iban como dulce de alfajor entre sus tapas de masa y ni siquiera pensaban en zafarse. No nos habían ni averiguado el nombre, que ya estaban con el señuelo.

El rubio resultó medio travieso, de modo que tenía yo que andar alerta para que no me venciera de salida, echándome los animales encima. Pero el bayo, antes se quebraría los pichicos empujando, que ceder en el envión. Volviendo del señuelo al tranquito, dejábamos resollar los caballos. De paso teníamos tiempo de ver el trabajo de los otros y gritarles algo, como ellos lo hacían con nosotros.

Cada cual se esforzaba en lucir su crédito, su conocimiento y su audacia, con ese silencio del gaucho, enemigo de ruidos y alardes inútiles. Mi padrino había hecho pareja con el viejito del petiso cebruno. Era de verse su baquía para colocarse y vencer al vacuno, imponiéndole la dirección debida, en un porrazo. Formaban con Don Segundo y su alazán, una yunta brava y ya los

miraban, de frente o reojo, según carácter, como maestros en el floreo y la eficacia del trabajo.

No hay taba sin culo ni rodeo sin golpeados. Un paisano que me había llamado la atención por su fisonomía taimada, tomó una vaca al cruce y la raboneó. No tuvo tiempo de zafarse; su zaino patas blancas se pialó en los garrones de la vaca y cayó como planazo sobre el costillar izquierdo. Corrimos en su dirección. El paisano no se levantaba. Entre dos, tomándolo de las piernas y los sobacos, lo sacaron a la orilla del rodeo y lo sentaron. El hombre respiraba bien y miraba a su alrededor.

—No es nada — dijo.

Le tantearon el cuerpo, preguntándole si sentía algún dolor. Se tocó la pierna izquierda. Aceptó un frasco de caña que le alcanzaban y tomó un trago como para unos cuantos. Luego sacó la tabaquera y empezó a armar un cigarrillo. Nos volvimos al rodeo.

—¡La pucha! — dije al rubio — ¡qué golpazo...!; si le ha apretao la pierna y lo ha hecho chicotear contra el suelo con todo el cuerpo.

—Yo no sé — comentó mi compañero. — Es como macho'e dos galopes. Cuanto hay una trampa en que ensartarse, allá va él. Si algún día lo

conchaban en un campo alambrao, se va a andar pelando la cabeza contra los postes.

Nos reímos.

Como si hubiera sentido la oportunidad que le brindaba nuestra distracción de un momento, el animalaje remolineó en un aumento de instinto chúcaro y formó punta por donde menos resistencia se le ofrecía. Primero se llevaron por delante, atravesándose en chorros dirigidos a distintas partes, pero, muy pronto de acuerdo, se empeñaron para un solo lado con una decisión y una ligereza incontenibles.

Fué un entrevero brutal. Los toros, enceguecidos, cargaban por derecho, a pura aspa. Los terneros gambeteaban con la cola alzada. Los demás, medio perdidos, arremetían a la buena de Dios. El paisanaje se desgañitaba gritando. Los ponchos se levantaban en lo alto flameando. Sonaban los rebenques contra las caronas. Las atropelladas y los golpes llegaron a su máximo. No faltó quien se hiciera rueda por el suelo, en una confusión de novillo, caballo y hombre.

Un toro barroso se empeñaba con más tesón que ninguno, en porfiar para el lado de los médanos. Le asenté fuertes porrazos pero no cedía. El bayo excitado hacía fuerza en la boca hasta

cansarme los brazos. Lo largué por tercera vez contra el toro, que tomó demasiado adelante, pasando de largo. Haciendo peso para atrás con el cuerpo, para sujetarlo, no pude ver el peligro. Cuando volví la mirada, la cabeza aspuda estaba ya encima. Apreté las espuelas. Inútil. El caballo se me caía, golpeado de atrás, y lo dí vuelta tan ligero como pude, para que el toro pasara olvidándonos. Así fué, pero Comadreja rengueaba. Lo aparté un trecho y me desmonté. El pobre animal tenía rajado el cuero del anca en un tajo como de dos cuartas. Revisando la herida ví que era honda. Estaba furioso de que ese bicho mañero me hubiera agarrado en un descuido. ¡Quedar de a pie cuando el alboroto y la diversión estaban en lo mejor!

Ya muy lejos, la montonera de hacienda iba alargándose y eran los gritos un eco reducido. Llevando de tiro al bayo, me fuí para el lado de las tropillas, que miraban fijo, con todas las orejas apuntadas en dirección de las corridas. ¡Qué silencio! En un montón escaso, quedaba el señuelo con su principio de tropa y los tres hombres que los cuidaban. El rodeo estaba desierto. Sólo el paisano golpeado quedaba tal cual, fumando siempre, pues se le veía de vez en cuando escupir

su nubecita de humo. Pensé que el vacaje, volviendo enceguecido, podía pisotearlo. Pero tenía hasta entonces tiempo suficiente para mudar caballo.

Ya en mi lobuno Orejuela, volví al rodeo, me largué al suelo cerca del lastimado y prendí un cigarrillo en las brasas del fogón agonizante.

—¿Cómo va ese cuerpo?

—Bien no más.

—¿Estará quebrao?

—No creo... machucadito no más.

—¿No se puede enderezar?

—No, señor. No siento la pierna.

—Y... mejor no moverse.

—Pasencia, nos dejaremos estar no más.

Mrié allá, y colegí que los paisanos vencerían en la lucha con los animales. Ya los habían doblado por la punta y pronto correrían en nuestra dirección. Subí en el Orejuela y esperé.

El rodeo abandonado tenía un curioso aspecto. En un círculo extenso, alrededor del palo, el piso negreaba, rociado por los orines y la bosta del vacuno, cuyo pisoteo había machucado el todo, convirtiéndolo en resbaloso barrito chirle, que guardaba el retrato de las pesuñas, impreso en miles de moldecitos desparejos.

Para el lado del señuelo, las apartadas habían rastrillado el piso y largos rastros de resbaladas, recordaban posibles golpes.

Quedaban también los cadáveres de siete enfermos cuereados, carnes secas apenas capaces de disimular el hueso, pobres cosas rojizas, lamentablemente estiradas a breve distancia del redondel, sobre las que se asentaban peleando gaviotas y chimangos. Y había sobre nosotros miles de estos pájaros, entreverando sus revuelos como humareda sobre el fuego, largándose de tiempo en tiempo contra las miserables reses, para arrancarles pedazos de carne sufrida, por la que después se atacaban haciendo gambetas y trenzas en el aire.

A todo esto, la animalada se acercaba en tropel mudo. Era una cosa de verse. Cinco mil chúcaros dominados por unos treinta hombres, dispuestos en hilera a sus flancos. Avanzaban. Por los caballos y el modo, reconocíamos a la gente. No había ya porfiados ni eran necesarios grandes ataques. Aquello se venía como un solo e inmenso animal, llevado por su propio impulso en un sentido fijo. Oíamos el trueno sordo de las miles y miles de pisadas, las respiraciones afanosas. La carne misma, parecía surtir un ruido profundo de cansancio y dolor. Ya llegaban.

Recordé al paisano caído y, ni bien los primeros animales pisaron el rodeo, los atropellé para imprimirles un movimiento de rotación. Volvieron a menudear golpes y alaridos, hasta que, al fin dominada, la hacienda optó por girar sobre el redondel de barro pisoteado, como si ya hubiera perdido la razón de ser de su carrera.

Por un lado la ganábamos porque la fatiga los domaba. Por otro la perdíamos, pues muchos toros embravecidos, entorpecerían la libertad de correr, con alguna arremetida.

El rubio traía un pañuelo atado en la cabeza y, acercándome, noté que tenía ensangrentada la frente y la blusa sobre el hombro. Me explicó riendo:

—Andamos en la mala, cuñao. A usté le cornean el pingo y a mí viene y se me corta el lazo.

Ver sangre humana alborota la propia. Al fin, casi teníamos derecho de rabiar.

—Más bien no acordarse — comenté.

El rubio comprendió mi sentimiento y me miró con simpatía.

—Ansina es — sonrió.

Como había hecho yunta con él y su caballo estaba cansado, esperé que lo mudara.

El trabajo proseguía más empeñoso y enérgico.

Volvimos con mi compañero a las mismas, sañudamente.

Algunas bestias se empacaban; les poníamos el lazo y, quieras que no, allí iban donde debían ir.

Inesperadamente, nos dijeron que el trabajo había concluído. La tropa no sería más que de unos doscientos animales. ¿Para eso tanta bulla? Pero en esos pagos, que con todo me sorprendían, era mejor no averiguar cosa alguna, ni interesarse por nada.

Ahí quedamos todos un rato, como pan que no se vende.

El rodeo no comprendía su libertad. Los primeros en irse caminaban despacio husmeando alrededor. Así descubrieron las osamentas y se arremolinearon en un ataque de furia y de llantos. La lengua, chorreando baba, se les hamacaba en la jeta, los ojos se les blanqueaban de terror y saltaban bufando en torno a los carcomidos cadáveres de los compañeros. Tuvimos que atropellarlos repetidas veces para que se fueran.

Al paisano caído, se lo llevaron al puesto en un carrito de pértigo. El rubio se apeó junto al fogón, pidió el frasco de caña, con el que mojó el pañuelo que volvió a atarse. Pude ver la herida corta de labios hinchados. El ojo también se le

iba poniendo gordo. Después quiso curarlo a mi bayo. Juntos le revisamos la cornada y me dijo:

—Pa llevarlo va a andar mal. Si es de su idea venderlo yo se lo compro, siempre que noh'arreglemoh'en el precio.

Miré para el campo. Ya el rodeo se iba perdiendo en la distancia. Recordé los cangrejales. ¡Abandonarlo al pobrecito Comadreja, así herido, en esas pampas de rechazo!

—Vea cuñao. Pa qué vi'a mentirle. Yo al mancarrón le tengo cariño y... ¡dejarlo en esta tristeza!

El rubio me explicó que no era de allí. Él se llamaba Patrocinio Salvatierra y vivía como a unas ocho leguas de distancia, en una tierra linda y pareja. No tenía yo más que ver su tropilla de gateados. Era cierto y le dije que le contestaría esa noche.

—Si es su voluntá — agregó — también le compro el lobuno.

—Allá veremos.

—Me quedé cabizbajo. El día anterior casi había perdido al Comadreja y ahora me veía obligado a venderlo.

—Está de Dios — dije — que no me había de ir con el bayo. Hoy me lo cornean, ayer por poco

no deja el cuero en el cangrejal.

—¿Qué andaba haciendo?

—Curiosiando.

—¿Curiosiando? ¡Por bonitos que son!

—Pa'l que nunca ha visto.

Calló un rato para en seguida ofrecerme.

—Si quiere ver toito el cangrejerío rezando a la puesta'el sol, puedo llevarlo aquí cerca. Son cangrejales grandes. Los que usté vido ayer, no alcanzan a ser más que retazos.

Acepté el ofrecimiento y, nos fuimos galopando, rumbo a los médanos, hacia un lado distinto del que a la madrugada habíamos seguido para la recogida.

Ya el campo había vuelto a su calidad de desierto. Del rodeo no quedaba casi recuerdo ni en la llanura, ni en mi memoria. Parecía haber sido una pura imaginación, que negaba el vacío de los pajonales. Vacío que tenía algo de eternidad.

De lejos ya, vimos negrear las largas franjas de barro. Arrimándonos las veíamos agrandarse, y era algo así como si el mundo creciera. Pero ¡qué mundo! Un mundo muerto, tirado en el propio dolor de su cuero herido.

Por unas isletas de pajonal, Patrocinio me fué

conduciendo de modo que también sentí el cangrejal a mis espaldas.

—Aura verá — me dijo.

Se bajó del caballo, a orillas de un cañadón de bordes barrosos y negros, acribillados como a balazos por agujeros de diversos tamaños. De diversos tamaños, también, eran unos cangrejos chatos y patones que se paseaban ladeados, en una actitud compadrona y cómica. Esperó que, cerca, un bicho de esos saliera de la cueva y hábilmente, le partió la cáscara con un golpe del cuchillo. Pataleando todavía, lo tiró a unos pasos sobre el barro. Cien corridas de perfil, rápidas como sombras, convergieron a aquel lugar. Se hizo un remolino de redondelitos negruzcos, de pinzas alzadas. Todos, ridículamente, zapateaban un malambo con seis patas, sobre los restos del compañero. ¡Qué restos! Al ratito se fueron separando y ni marca quedaba del sacrificado. En cambio, ellos, sobreexcitados por su principio de banquete, se atacaban unos a otros, esquivaban las arremetidas que llegaban de atrás, se erguían frente a frente con las manos en alto y las tenazas bien abiertas. Como nosotros estábamos quietos, podíamos ver algunos de muy cerca. Muchos estaban mutilados de una manera terrible. Les fal-

taban pedazos en la orilla de la cáscara, una pata... A uno le había crecido una pinza nueva, ridículamente chica en comparación de la vieja. Lo estaba mirando, cuando lo atropelló otro más grande, sano. Este aferró sus dos manos en el lomo del que pretendía defenderse y, usando de ellas como de una tenaza cuando se arranca un clavo, quebró un trozo de la armadura. Después se llevó el pedazo al medio de la panza, donde al parecer tendría la boca. Dije a mi compañero:

—Parecen cristianos por lo muy mucho que se quieren.

—Cristianos — apoyó Patrocinio — ahá... aurita va a ver los rezadores.

A unas cuadras más adelante, nos detuvimos frente a un inmenso barrial chato.

Así fué. El sol se ponía. De cada cueva salía una de esas repugnantes arañas duras, pero más grandes, más redondas que las del cañadón. El suelo se fué cubriendo de ellas. Y caminaban despacio, sin fijarse unas en otras, dadas vuelta todas hacia la bola de fuego que se iba escondiendo. Y se quedaron inmóviles, con las manitos plegadas sobre el pecho, rojas como si estuvieran teñidas en sangre.

¡Aquello me hacía una profunda impresión! ¿Era

cierto que rezaban? ¿Tendrían siempre como una condena, las manitos ensangrentadas? ¿Qué pedían? Seguramente que algún vacuno o yeguarizo, con jinete, si mal no venía, cayera en aquel barro fofo, minado por ellos.

Levanté la vista y pensé que por leguas y leguas, el mundo estaba cubierto por ese bicherío indigno. Y un chucho me castigó el cuerpo.

Había oscurecido. Nos volvimos despacio, callados. A lo lejos divisamos la pequeña arboleda del puesto. Pero estaba todavía tan lejos, que bien podía ser engaño. Teníamos que cruzar un juncal tendido. Entramos en él. De pronto y, gracias a Dios, vi cerca un bulto oscuro. Digo, gracias a Dios, porque el verlo me salvó de algo peor que lo que había de sucederme. El toro, medio enredado en los juncales, me miraba. Yo también lo miraba a él. ¿Era el barroso que me había corneado el bayo? No concluía de reconocerlo cuando me atropelló. Había arrancado con tanta violencia que apenas logré evitar el bote. Me pareció, sin embargo, que por segunda vez me tocaba el caballo. ¡Dios me perdone! Me agarró una de esas rabias que le nublan al hombre el entendimiento. Abrí el caballo hasta un claro, entre

los juncos, porque no hay que entrar así ofuscado en la lucha.

—Fíjese si me ha corniao — pregunté al rubio.

Patrocinio se puso detrás de mi lobuno.

—Una nadita. A gatas le ha alborotao el pelo. Debe haberlo tocao con el costao del aspa. ¿Qué va a hacer? — Me preguntó viéndome armar el lazo.

—Quebrarlo — contesté.

Aunque fuera temeridad mi intento y él tuviera cierta responsabilidad con el dueño de la hacienda, no me dijo nada. Un hombre en la pampa sabe mirar a otro hombre y comprende lo irreparable de ciertas decisiones.

Por mi parte, la rabia se había asentado en mí, tomando cuerpo de una resolución decidida a ir hasta el fin. Me había propuesto quebrarlo al toro y lo quebraría.

Patrocinio armaba también su lazo. ¡Lindo! En la voluntad de matar que ya estaba en nosotros, nacía el sentimiento de una amistad fuerte. Dos hombres suelen salir de un peligro tuteándose, como una pareja después del abrazo.

Unas cuantas veces invité con el ademán y el grito al toro, para que me atropellara y, como era voluntario, conseguí sacarlo a un abra. Le ladié

el caballo, lo dejé tomar distancia y con buena puntería, la suerte ayudando, le cerré la armada en las mismas aspas. Estábamos prendidos uno a otro, imposibilitados para huirnos, como dos paisanos que van a pelear atados pie con pie.

Tenía yo una confianza absoluta en la resistencia de mi lazo. El primer tirón lo hizo sentar al toro sobre los garrones. Aunque era ya oscuro el atardecer, nos veíamos bien. El barroso sintiéndose sujeto se enderezó furioso. También él se afirmaba en su voluntad de matar. Miró para todos lados, a mí, a Patrocinio que se mantenía listo. Parecía más alto y más liviano. Y arrancó contra mí a lo bruto. Era lo que yo quería. Lo esperé, confiado en la agilidad de mi Orejuela. Fué rápido. Llegaba, le quité el pingo y bolié el lazo por sobre la cabeza, para quedar aprestado al cimbrón. Pasó el barroso con tanta furia que Patrocinio, aunque supiera mi intento, no pudo evitar la exclamación:

—¡Cuidao!

Yo tuve tiempo de pensar dentro de mi saña: "Cuanto más te apurés, mejor te vah'a quebrar".

Casi junto con el grito de Patrocinio, oí un ruido como de cachetada. "Tomá", me dije, pero el lazo se había cortado. El lobuno, llamado por el

tirón, se me iba de entre las piernas. Quise abrirle; una espuela se me trabó, enredada en el cojinillo. Y nos fuimos, como boleados contra el suelo. ¡Qué golpe! No importaba; yo no quería pensar sino en el toro. Tenía que estar quebrado. Quería que estuviese quebrado. A unos metros lo vi intentando enderezarse. Estaba como pegado por el tren trasero en tierra. Me miraba fijamente.

—Lo ha de haber quebrao del espinazo — decía Patrocinio.

El lobuno se levantó, sin dar señas de estar estropeado. Era manso y podía dejarlo así, rienda abajo. Yo sentía el brazo derecho completamente caído y el hombro me hormigueaba como cangrejal. Comprendí lo que me pasaba. Me había quebrado la eslilla y... tal vez tuviera el brazo sacado. Entretanto Patrocinio le había puesto el lazo al toro. Me acerqué. Pensaba con pesadez en mis caballos golpeados... Tenía que luchar contra un embotamiento progresivo. Patrocinio, que sabía lo que había que hacer, estiró su lazo y la cabeza del toro quedó contra el suelo, quieras que no.

—¡Sos malo! — le dije. Y saqué con la zurda el cuchillo. Creí que me iba a caer. Puse una

rodilla en tierra. Sin embargo, tenía que concluir.

—Esta carta te manda el bayo — le dije al toro, y le sumí el cuchillo en la holla, hasta la mano. El chorro caliente me bañó el brazo y las verijas. El toro hizo su último esfuerzo por enderezarse. Me caí sobre él. Mi cabeza, como la de un chico, fué a recostarse en su paleta. Y antes de perder totalmente el conocimiento, sentí que los dos quedábamos inmóviles, en un gran silencio de campo y cielo.

XVIII.

—...después se deja estar tranquilo.

Hice un gran esfuerzo para comprender lo que quería decir aquello. Vislumbraba, que era algo para mí y que debía escuchar. Pero ¿qué quería decir? y ¿qué era esa cara de hombre, rubia, por cierto conocida, y esa otra de mujer en que dejaba estar mis ojos con placer, recordando un sentimiento borroso de gratitud tal vez? Una luz me hacía daño y todo me parecía hostil, menos la expresión de esos dos rostros.

¡Oh, el dolor de no poder comprender y la sensación de estar hombreando un mundo de pesos vagos que, sin embargo, aparecían como míos! ¿Que era cierto? Hacía un rato vivía en un mundo liviano y me lo explicaba todo:

Estábamos en la estancia de Galván, bajó los paraísos del patio; el patrón poniéndome una mano sobre el hombro me decía:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho. El que sabe los males de esta tierra por haberlos vivido, se ha templao parà domarlos.

Andá no más. Allí te espera tu estancia y, cuando me necesités, estaré cerca tuyo. Acordate...

Cerca nuestro había un rosal florecido y ùn perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, muy contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro..., otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una impresión de muerte.

Pero bien suponía que eso no era cierto. Verdad era mi abrumador estado de incomprensión y la lucha matadora en que me empeñaba para despojarme de esa torpe ignorancia. La luz me atribulaba; más lejos, había sombras y algo se movía en ellas, haciéndome presumir que debía concentrar mi atención en su sentido.

—...después se deja estar tranquilo.

Llegué a un recuerdo, como a un abra en el monte:

—¡Patrocinio!

—Déjese estar no más y no se mueva.

Me dolía todo el lado derecho del cuerpo y la cabeza, también del lado derecho.

—¿Qué tengo?

—Se ha quebrao la eslilla y se ha lastimao la cabeza. Parece que el costillar lo tiene machucao.

Recordé: El toro, el tirón... Y entré claramente en la comprensión de lo sucedido y lo actual.

Pedí un vaso de agua y miré alrededor.

Estaba en una prolija pieza de rancho, acostado en un catre. Patrocinio, sentado en un banquito bajo, me espiaba de vez en cuando. Una muchacha desconocida, bonita, entró con un jarro de agua y me ayudó a enderezar la cabeza para beber. Por amor propio hubiera querido desenvolverme solo, pero por el placer que me daba su mano, soliviándome la cabeza, y un extraño sentimiento de gratitud para con su sonrisa afectuosa, me callé.

El inútil y brutal esfuerzo por comprender, había desaparecido. Estaba contento. No podía moverme.

—¡Bien haiga! — dije. — Entoavía la osamenta

no se me ha desnegao pa vivir.

Patrocinio reía. Yo también. Me sentía tan agradablemente inútil que me dormí.

Al despertar fué lo más amargo.

Sin acordarme de mi mal, quise incorporarme y todo el cuerpo me gritó de dolor.

—No se mueva compañero — me advirtió una voz.

En un rincón del cuarto, aclarado por el amanecer, ví al paisano que en el rodeo había caído raboneando una vaca. Sentado sobre una matra, con la espalda apoyada en la pared, fumaba despacito, echando sus nubes de humo. Comprendí que no había dormido y pensé que estaba en la misma postura desde el día anterior a eso de las doce. "Gaucho duro", dije en mis adentros, y me prometí aguantar sin queja mi parte de dolor.

—¿No se halla mejor? — le pregunté.

—Igual no más.

—¿Durmió?

—Hasta aurita, no más.

De golpe, y por primera vez, me agobiaron las ligaduras con que me habían inmovilizado el brazo. Una lonja de cuero de oveja, con lana para adentro, me sujetaba, pasada en ocho bajo el sobaco derecho y sobre el hombro izquierdo, toda la par-

te superior del pecho y la paleta. La lonja tendría unos cuatro dedos de ancho y apretaba que era un contento.

—Me han maniao de lo lindo — dije en voz alta.

—El otro pajuerano ha sido — explicó el lastimado; — ese que vino con usté.

Tomé confianza porque lo hecho por Don Segundo, bien hecho debía de estar. ¿Qué más quería? Quebrado de la eslilla, con los costillares machucados y un golpe en la cabeza, no podía hallarme como de baile.

Patrocinio trajo una pava caliente, se sentó en medio de la pieza, y nos estuvo cebando dulces más de una hora. Para que pudiera yo dormir, me colocó unos pellones atrás de la cabeza. Al cabo de aquel momento de tranquilidad y conversación, cayó una curandera del pago. Era una viejita seca como tasajo y arqueada del espinazo. Vino para mi lado, me saludó con tanto cariño como si me hubiera parido, me revisó las vendas, me dijo sin desvendarme que estaba quebrado en el mismo medio de la eslilla, que tenía unos raspones en el costado derecho, y que el tajo de la cabeza iba a cerrar muy pronto. Después, preguntó quién me había arreglado como estaba y

dijo que no era necesario cambiar nada. Yo la miraba con cada ojo como patacón boliviano, no comprendiendo cómo sabía tan bien todo, sin siquiera revisarme. Me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

—Que Dios te bendiga, hijo. Dentro de tres días, con licencia'e la Virgen, vendré a verte. Te podeh'enderezar si así es tu gusto, porque estás vendao por alguien que sabe y no tenés peligro ninguno.

Sin darme tiempo para responder, se fué arrastrando las alpargatas a curar al otro hombre. Le hizo alzar el calzoncillo más arriba de la rodilla, le dijo a Patrocinio que trajera un cabestro o un correón y le pidió a uno de los paisanos, que por curiosidad se habían agolpado en la puerta, que se arrimara a ayudarla.

—Está sacao — dijo.

La viejita hizo que Patrocinio se colocara atrás del enfermo, pasándose el maneador por debajo de los brazos, sobre el pecho, y aguantara cuando el otro paisano tirara del pie, en el momento que ella avisaría.

"Lo van a estaquear", pensé con angustia.

—¡Aura! — dijo la viejita y, en el momento en que tiró del pie el paisano y Patrocinio hacía fuer-

za para atrás, se apoyó con las dos manos sobre la rodilla enferma. El dolor debió ser medio regular, porque de zaino que era el herido, se puso más amarillo que patito recién salido del huevo.

—Stá güeno — dijo la curandera y aconsejó que al hombre se lo llevaran para su rancho, en algún carrito o zorra, porque tendría para unos veinte días de no moverse. Dicho esto lo vendó con unos trapos y después de agraciarlo con un "Dios te ayude", habiéndole puesto la mano sobre la cabeza, se fué, quebradita del espinazo como había entrado.

No bien la curandera se despidió, vi entrar a la muchacha que, hacía pocas horas, me había ayudado a tomar agua. En seguida se puso a andar de un lado para otro, risueña, acomodándolo al compañero golpeado, para que pudieran llevarlo. Por mi parte no la perdía de vista ni un momento. ¡Qué chinita más linda y armadita! .Era de un altor regular, tenía una cara desfachatada y alegre como un canto de jilguero y cada movimiento del cuerpo, me insultaba como un relámpago los ojos. Adivinando mi intención, me miró de soslayo y se rió. ¿Sería de las casas? ¡Qué a tiempo me había quebrado! Con tal que la convalecencia durara siquiera medio mes.

Al poco rato, lo sacaron al paisano, colocándolo sobre un cuero de vacuno soliviado por dos hombres. Me levanté en el cuarto solo y fuí hasta la puerta, para presenciar su partida. En un carrito de pértigo, (el de las carneadas) lo acomodaron, con la espalda afirmada contra uno de los bastidores.

—¡Que se mejore! — le grité.

—Igualmente — contestó. — ¡Aura vamos lindo no más! — y echó las necesarias nubecitas de humo, para convencernos de que siempre era el mismo.

Se fué el carrito y la gente que lo despedía entró a la cocina, a matear seguramente. Yo también quería ir; dolor no sentía ninguno y como no me habían desnudado, me eché el pañuelo al pescuezo, mordí una punta para poder hacer el nudo, me reí de mi inhabilidad de manco y me aprонté para enderezar a la cocina, que estaba en otro rancho más chiquito, haciendo escuadra con la casa. Antes de llegar a la puerta para salir, me topé con la mocita risueña.

—¿Ande va tan güeno? — me preguntó.

—...¿güeno?... güeno soy no más. Manquera tengo pa un rato cuanti más y ya la estoy sintiendo.

—¿Andará por enlazar otra vez?

—No... pero las muchachas me van a buscar plaito en viéndome ansina, tan incapaz.

—Pobrecito. Verdá que no está como pa alzar mozas en l'anca.

En medio de su burla había un arrimo. Yo no quería dejarme tomar por infeliz, pero ya me estaban entrando ganas de buscarle el lado tierno. Serio le pregunté:

—¿Es de acá usté?

—Soy de ande más me gusta.

—¿Y por dónde le gustaría?

—Acasito no más.

—¡Bien haiga! ¡También yo sería de acasito mientras usté lo juera!

—¡Dios me ampare!

—¿Dios me ampare? ¿Seré tan desgraciao y de tan mala presencia que ni una lastimita me tenga?

En el juego de tira y afloje nos habíamos seguido sonriendo. Ella se puso seria y me dijo cordialmente:

—Siéntese en ese banquito. Yo vi'a trair un mate pa cebarle, así no anda caminando por ahí más de lo que debe.

Se fué, obedecí sentándome en el banco y esperé unos diez minutos.

Llegó con una pava, el poronguito y una yerbera, se acomodó en una silla petiza y, con gran seriedad, como si de pronto hubiese perdido el habla, se concentró en los preparativos de la cebadura.

Yo la miraba con un hambre de meses y con la emoción de todo paisano, que solamente por rara casualidad queda frente a frente con una mujer bonita. ¡Vaya si era bonita! Y sus ademanes hábiles y las muecas coquetas de flor de pago que se sabe admirada. Y las delicadezas de las manos hacendosas. Y el cambiar de posturas, de puro vicio, para ver de marearme mejor y tenerme sujeto a su vida como cinta de sus trenzas.

El tiempo pasaba.

—Stá seria la cosa — dije con malicia.

—No. Si todo va a ser chacota.

—¡Amalaya!

Cambió de tema, siempre burlona:

—¿Durmieron bien en el rancho' el bajo?

Pensé que el rancho del bajo debía ser el del embrujado.

—¿Qué hombre eh'ese? — pregunté, recordando la flacura seca de Don Sixto Gaitán.

—Un hombre güeno. Pobre... aurita hemos tenido noticias del. La noche que estuvieron us-

tedes en el rancho, se le murió un hijo que tenía enfermito.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. A cualquier hombre se le puede morir un hijo.

Entonces, asustado con aquella coincidencia y mi recuerdo, le conté la locura de Don Sixto.

La chica se santiguó. Me acordé del fin de aquella relación que dice:

Quisiera darte un besito
Donde decís enemigos

—Pero ¿por qué milagro — exclamé ha nacido una flor en un pago tan tioco?

Admitiendo con naturalidad el piropo me explicó:

—Yo no soy de aquí. He venido con mi hermano Patrocinio pa ayudar, estos días. Aquí hay tres mujeres que ¡si las viera! no andaría gastando saliva en una pobrecita olvidada de Dios como yo.

—No ser Dios — comenté — pa poderla olvidar tan fácil cuando me vaya.

—¡Zalamero! — me dijo sin risa ni aparente emoción.

—No sé si...

En eso entró Patrocinio.

—¿Cómo va ese cuerpo, cuñao? — interpeló:

¿Cuñao? Yo le había llamado así todo el día anterior, sin saber qué privilegio eso significaba.

—¿Sabe que va lindo? — le dije — ni siquiera me acuerdo'el porrazo.

—¡Y yo que craiba que llegaría finao! Como tres veces se me desmayó por el camino. ¿Se acuerda del trabajo que tuvimos pa alzarlo en el caballo?

—Y ¿cómo vi'acordarme, si he venido muerto todo el camino?

—No, señor. Si a trechos se componía y cuando le puse el maniador pa sujetarle el brazo, usté me ayudaba y me decía: Mah'arriba... aura va bien... ansinita.

Hice todo lo posible por recordar aquello pero fué inútil. Habría hablado dormido. ¡Qué larga mi pérdida de conocimiento!

Patrocinio se dirigió a la hermana:

—Andá, pues, Paula, que en la cocina te andarán necesitando.

Sometidamente la prenda alzó sus cachivaches y se fué. Patrocinio se sentó y volvió a hablarme de mis caballos:

—¿Y cuñao, cerramos trato?

—¿Cómo anda el bayo?

—Rengo no más.

—¿Y tiene tanto apuro por cambiarlo'e dueño?

—Le vi a decir, cuñao. Yo mañana me güelvo pa'l rancho.

Adiós, pensé. Se me va el amigo y la moza, y yo tengo que quedar como peludo de regalo en estas casas, donde ni conocidos tengo. Con razón dice el refrán que "no hay golpeado que dé con las casas". Asonsado por la noticia, ni se me ocurrió remedio a la desgracia y me largué a muerto.

—Y güeno. Lléveselos.

—Tenemos que arreglarnos por el precio.

—Será lo que usté diga.

—¿Ochenta pesos por el bayo y el lobuno?

—Son suyos.

Patrocinio quedó un rato como pensativo, luego despidiéndose con un "hasta aurita", me dejó solo.

Me levanté y dí unos pasos por el cuarto, rocé un banco con la pierna y rabioso lo aventé de una patada.

Salí para afuera. Pasé cerca de Paula y me hice el que no la veía. Por detrás de las casas crucé la sombra de los paraísos, y me acodé sobre un poste del alambradito que cercaba el patio, miran-

do para el campo. Manco o no manco, rengo y aunque fuera sin cabeza, yo también me iría al día siguiente. Ya estaba recansado de esa tierra descomedida y no habría diablo que me sujetara, así tuviera un facón de tres brazadas.

Me saqué el sombrero, me rasqué la cabeza y me puse a silbar un estilo:

Yo me voy, yo me despido,
Yo ya me alejo de voz,
Queda mi rancho con Dios
. . . .

A lo lejos vi que Patrocinio arrimaba mi tropilla. Al día siguiente, pensé, me iría con ella. No hay querencia mejor que el lomo de sus caballos para un resero, ni cama más acomodadita que sus jergas y sus pellones. "No necesito mah'embras que mis pulgas", me dije.

La voz de Paula me increpó juguetonamente:

—Oiga, mozo. Se le van a asolear los recuerdos.

Poniéndome el chambergo, me encaminé hacia ella, deseoso de volcarle encima mi despecho.

—Y usté, no va a tener tiempo pa acomodar sus adornos pa mañana.

—¿Estamos de baile?

—¿Y cómo no? De algún modo hemos de festejar la despedida.

—¿Quién se va? ¿Usté? No lo veo tan garifo como pa que lo conchaben.

Su voz se había puesto a tono con la mía. Por primera vez le observé un gesto de agria altanería:

—Por mal compuesto que esté — repliqué, no queriendo cejar — me he de ir cuantito ustedes se hayan ido.

—¿Ustedes?

Los brazos se me cayeron como alones de avestruz cansado. No comprendía y juzgué que debía tener un aspecto regularmente sonso.

—¿No se va con Patrocinio? — pregunté.

Encogiéndose de hombros y frunciendo despreciativamente los labios, me retó:

—Entoavía no tengo dueño que me ande mandando.

XIX.

En un par de días, tuve tiempo para conocer los habitantes del rancho.

Con la partida de los paisanos, que habían venido a ayudar, quedaron las casas como eran siempre.

Comíamos en la cocina, los hombres: Don Candelario, dueño de casa, Fabiano, un mensual, y Numa, un muchachote tioco, de mi edad. Nos servía la mujer de Don Candelario, Doña Ubaldina, alcanzándonos galleta y unos platos que casi nunca usábamos, pues cortada nuestra presa del churrasco, comíamos a cuchillo, tajeando los bocados sobre la misma galleta.

Eran los únicos momentos de reunión, salvo los del mate mañanero.

El puestero era hombre afable, aunque de pocas palabras. Interrogaba siempre con tono suave y comentaba las respuestas con exclamaciones de admiración: ¡Ah, pero qué bien!, ¡no le digo!, ¡ahahá! Subía las cejas agrandando los ojos para expresar su sorpresa, con lo que corregía la indiferencia de sus bigotes caídos y ralos.

Hablando con él, tenía uno la sensación de estar diciendo siempre cosas extraordinarias. Preguntaba:

—Son campos güenos los de por allá. ¿No?

—Muy güenos, sí, señor. Campos altos y pastosos.

—¡Fíjese! (los ojitos se le asombraban).

—De lo que saben sufrir es de la seca.

—¡Pero vea!

—¡Ah, sí! cuando dentra a no querer llover, puede ir arriando la hacienda.

—¡Hágase cargo!

—Y a veces no hay más que ir cueriando por el camino.

—¡Qué temeridá!

Doña Ubaldina, chusca, enterrada en la grasa, era una chinaza afecta a la jarana, y solía pimentar sus bromas con palabrotas, que tiraba en la conversación como zapallos en una canasta de huevos.

Fabiano, que no decía nunca palabra, reía entonces con una alegría de niño y la miraba como el perro mira a la res volteada. Su contento solía llevarlo hasta el escándalo de golpearse con el puño las rodillas, exclamando: "¡Aura sí, aura sí, que la junción se ha puesto güena!" y los demás hacíamos coro a sus carcajadas.

Numa era un pazguato sin gracia, con una cara a lo bruto. Nunca estaba en nada y si no perdía las alpargatas en su lento andar de potrillo frisón, era porque se olvidaba de perderlas.

Además de esta gente, estaban las tres muchachas de la casa, de las que ya Paula me había hablado burlonamente: "¡Si las viera!... no andaría gastando saliva en una pobrecita olvidada de Dios, como yo". Si Dios se había acordado de ellas, debió ser en un día de mal humor. Eran unas tarariras secas y ariscas que nunca salían de la pieza. Cuando uno las sorprendía en la puerta, como lechuzas en la boca de la cueva, se llevaban por delante afanadas por disparar, o contestaban el saludo con una mueca de susto. Comían en su rincón y Paula con ellas. Pero Paula luego salía, siempre hacendosa y risueña, para alegrar el patio del rancho con su andar cadencioso, sus saludos, bromas y retruques con todos. Que Pau-

la y las otras se llamaran igualmente mujeres, era una verdad que no entraba en mis libros.

No había tardado, ¡cómo había de tardar!, en darme cuenta de que Numa le arrastraba el ala a mi prenda. El asunto resultaba más bien ridículo. ¡Qué rival! Yo le guardaba rencor a Paula por haber inspirado amor a semejante gandul, que andaba como sonso rodeándola por dondequiera, para mirarla con ojos de ternero enlazado, suplicante y húmedo de ternura. Me reía por no saberlo hacer mejor.

Nos topábamos a cada salida o entrada en el rancho, a cada vuelta de pared. Le rogué a Paula que espantara a ese mosquito, pero sólo conseguí que me reconviniera en son de burla:

—Había sido celoso hasta de lo que no es suyo.

No digo menos; pero ¿por qué entonces esa baquía para encontrarme abajo de los paraísos, al caer la tardecita, y los cabeceos de flor en el viento, cuando le arrimaba algún requiebro halagüeño sobre su donosura, y los reproches cuando por prudencia evitaba estar demasiado tiempo con ella?

—Se ha hecho chúcaro como guayquero... tal vez está extrañando la flor de su pago y anda por ahí mandándole las cartas que no le sabe escrebir.

La mujer bonita es coqueta y buscadora, eso lo sabe todo paisano, pero a veces por poner trampas se sabe quedar enredada.

Y para no mentir, yo presumía de que Paula no me miraba con disgusto.

El pobre guachito iba bebiendo el veneno como agua bendita. Aprendía poco a poco a mirar en lo que siempre desconoció y su corazón se mareaba en esas cosas que sólo había oído mentar: cariño de mujer, gusto de no hacer nada sino remover pensamientos de amor, tranquilidad larga de convalecencia.

¿Qué puede hacer un hombre, en tal situación, y para qué sirve un gaucho que se deja ablandar por esas querencias? Tras de todo veía mi libertad, mi fuerza. Sin embargo, me disculpaba con argumentos de circunstancia. Me era imposible partir antes de componerme y, en mi estado, todo trabajo remataría en nuevas dolencias. Todavía me anulaban dolorosos insomnios. Soñaba que me metían en un pozo, como poste de quebracho, y que apisonaban la tierra, haciéndome crujir los costillares y cortándome el aliento.

La viejita curandera volvió al tercer día de mi quebradura, según su promesa, y me trajo el alivio de aflojarme las vendas, dando con esto mayor

juego a mi cuerpo. Pero ¡qué poca cosa para el amor es un pobre manco, que ni siquiera puede suponer un abrazo sin el consiguiente "¡Ay!" de dolor. De abrazos, a pesar de esto, tenía llena la imaginación, cuando conversábamos con Paula detrás del rancho.

A los diez días de tal tratamiento, me sentía sano del brazo y enfermo del alma. Estaba todavía maneado por las lonjas, que me servían de vendas. Mis juegos de toma y traiga con Paula ya se servían de grandes palabras, y la antipatía entre Numa y yo, amenazaba reventar con algún rebencazo.

Esto último se resolvió de golpe.

No tuve duda de que Numa se envalentonaba viendo mi manquera. Aquel pavote se animaba a reír mirándome, aunque ninguna frase de burla acudiera en su ayuda. Me miraba y se reía.

Una tarde, lo hizo mejor que las demás y yo lo tomé peor que de costumbre, a fuerza de hartazgo. Lo mandé a que fuera a la cocina, para aprender cómo se despluman batituces.

Un bruto nunca hace las cosas bien. Numa embestió más que nunca la expresión de su cara. Hizo unos pasos hacia nosotros.

—¿Estaré en la escuela pa que me den liciones?

— decía — ¿estaré en el colegio? ¿ahá? ¿estaré en el colegio pa que me den liciones?

Su desplante pareciéndole bueno, lo repitió hasta cansarse. Entonces, a pesar de la inquietud de Paula, me reí a mi vez con convicción. Numa se puso furioso. ¡Qué confianza no le daría mi manquera! Sacó el cuchillo y se vino derecho. Hice un paso de costado, lo que debió parecerle inverosímil, dado el tiempo que puso en rectificar la dirección de su atropellada. Tres veces se repitió la misma maniobra y ya empecé a ver, yo también, la posibilidad de concluir la jugarreta en sangre. Pero el opa de Numa daba lástima, tan sonsamente perdía el rumbo.

—State quieto — le dije amenazando — sosegate, no te vah'a llevar por delante un cuchillo.

Paula también le gritaba, pero ya nada era válido para aquella porfía. Presumí lo que iba a suceder, visto que Numa me acorralaba cada vez con más empeño.

Lo dejé venir cerca. Al tiempo que me tiraba, de abajo, un puntazo de mala intención, saqué el puñal y, de revés, mientras esquivaba el bulto, le señalé la frente para acobardarlo. Así fué. Numa dejó caer el cuchillo al suelo y quedó con las piernas abiertas y la cabeza baja, esperando su susto.

La herida, un rato blanca, se llenó, como manantial, de sangre y empezó a gotear, luego a chorrear abundantemente. El infeliz estaba blanco como un papel y, largando un quejido como para escupir la entraña, se abrazó la cabeza y salió para el lado del rancho. Iba despacio. Metódicamente gruñía su ¡Ay! de idiota, mientras dejaba un rastro rojo tras de su paso. Paula se fué con él.

Me quedé solo, sin saber en qué pararía aquello. Confusamente experimentaba lástima ¿pero era mi culpa? ¿no había sido una cobardía su ensañamiento en atropellar a un hombre que creía inválido? Al fin de cuentas me daba rabia. Me habían forzado la mano y también a Paula la sentía culpable. ¿Por qué no había espantado de su vecindad a ese embeleco pegajoso? "Si tiene gusto — me dije — en andar con ese tordo en el lomo, que le aproveche". Y decidiéndome a una acción rápida, enderecé a la cocina, donde debían estar los mayores.

Al pasar frente a la pieza en que dormí la primer noche, vi al hembraje amontonado. Ahí debía estar el herido. Seguí para la cocina donde encontré a Don Candelario y a Fabiano. Este último era el hombre que necesitaba.

—Güenas noches — saludé.

—Güenas noches — me contestaron.

—Me va a hacer un favor, cuñao — dije a Fabiano. — Echeme la tropilla pa este lao, que algún día si la ocasión se presienta le devolveré el servicio.

El silencioso Fabiano, salió con un gesto de aceptación, y quedé solo con Don Candelario.

—Siéntese — me dijo éste y me alcanzó un mate.

—Le vi a pedir disculpa — empecé — por lo que ha sucedido. A mí me han atendido por demás bien en esta casa y vengo a pagarle con un dijusto. Stá mal sindudamente, pero válgame Dios que yo no he buscao el plaito...

—Deje estar — me interrumpió suavemente Don Candelario. — ¿Piensa dirse?

—Dentro de un rato, sí, señor. He faltado a la casa y quiero que me olviden cuanto antes.

—¡Pero si usté no lleva culpa!

—No le hace Don. A lo hecho pecho. Graciah'a Dios ya estoy güeno.

Decidido, corté con el cuchillo las lonjas que me sujetaban el brazo quebrado. Hice unos movimientos con prudencia y vi que andaba bien. Don Candelario me miró sacudiendo la cabeza.

—Cada hombre — dijo — sigue su destino. Si ha de ser el suyo dirse, Dios lo habrá dispuesto.

Lo que es por mí, puede quedarse si gusta, que nadie dirá que en mi rancho no sé ofrecer lo que pueda al que anda de mala suerte. Soy mayor que usté mocito y, eso sí, puedo darle el consejo de que se cuide de andar peliando por hembras.

—Así es — cerré, sin querer entrar en explicaciones.

Entró Doña Ubaldina.

—Güenas noches.

—Güenas noches.

Dirigiéndose a su marido, dijo la puestera gorda:

—Ya lo h'emos vendao y ha parao la sangre. No ha de morir por tan poco — sonrió mirándome — ni ha de dejar de encandilarse con las polleras.

De pronto sentí que de la estúpida aventura, podía quedar un comentario sucio para Paula. Agaché la cabeza y, Dios me perdone, me sentí hondamente triste.

Salí para el patio a ver si la cruzaba para hablarla. ¡Si me la hubiera podido llevar! Creo que no hubiese dudado un momento. Estaba en estado de olvidarlo todo. Al cabo cruzó a unos metros de donde yo estaba:

—Paula, quisiera hablarla.

Me miró por sobre el hombro:

—No sé de qué— me respondió, sin detenerse.

¿Así que se iba a hacer la farsa de que yo era el solo y único culpable? ¿Era un criminal por haberme defendido?

Entré a la cocina mal dispuesto. Si un hombre cargara con palabras como las de Paula, "pitaríamos del juerte" juntos.

Al rato cayó Fabiano.

—Ahí están sus caballos.

—Gracias, cuñao.

Fabiano me ayudó a juntar mis pilchas, mi ropa, y a ensillar.

¡Qué sola me parecía la noche en que iba a entrar! Siempre, hasta entonces, lo tuve a mi padrino y con él me sentí seguro. Hasta alcanzarlo, en el puesto que estaba trabajando, siete u ocho horas de camino, me encontraría perdido ante las sorpresas tristes que me habían deparado esos pagos de mal agüero.

Volví. Cenamos los de siempre menos Numa. Junto con el asado, mascaba yo mi despecho al que no quería dar salida.

Al concluir la cena, me despedí de los presentes. Don Candelario me acompañó hacia afuera. En el rancho de las mujeres, pegó unos puñetazos contra la puerta:

—¡Se va este mozo y quiere despedirse!

Salieron las tres tarariras flacas y Paula. Les dí la mano, una por una, diciéndoles adiós. Paula fué la última.

—Siento — le dije — lo que ha pasao. No he tenido intención de agraviarla.

—No me gusta — retó nerviosa y encabritada — la gente ligera pal cuchillo.

—Tampoco — respondí — me gustan a mí las mujeres que andan haciendo engreír a la pobre gente.

Lo decía mucho por Numa y un poco también por mí. Ultimamente no quería discutir y agregué:

—Le encargo muchos recuerdos pa mi amigo Patrocinio.

—Serán dados — concluyó secamente.

Ya al lado de mi caballo, me despedí de Don Candelario y Fabiano, que me deseaban buena suerte.

Le bolié la pierna al Picazo. ¡Qué lindo andar bien montado y estar libre! Mi brazo derecho, aun dormido, me servía sin embargo. Me habían indicado el camino. La silbé a la madrina Garúa y eché los caballos a su cola. Lo de siempre. Pero nunca había hecho tan noche sobre mí.

Aunque el trecho que me separaba del puesto, en el que encontraría a mi padrino, era un tanto largo, me puse a andar al tranco. Llegaría recién al amanecer ¡qué importaba! tenía ganas de pensar o tal vez de no pensar, pero seguramente sí de que los últimos acontecimientos se asentaran en mi memoria. Además, no quería abusar de mi brazo, por el que corrían tropelitos de cosquillas.

Miseria es eso de andar con el corazón zozobrando en el pecho y la memoria extraviada en un pozo de tristeza, pensando en la injusticia del destino, como si éste debiera ocuparse de los caprichos de cada uno. El buen paisano olvida flojeras, hincha el lomo a los sinsabores, y endereza a la suerte que le aguarda, con toda la confianza puesta en su coraje. "Hacete duro, muchacho", me había dicho una noche Don Segundo, asentándome un rebencazo por las paletas. A su vez, la vida me rebenqueaba con el mismo consejo. Pero qué mal golpe que me aflojaba la voluntad hasta los caracuces, sugiriéndome la posibilidad de volver hacia atrás, con un ruego de amor para una hembra enredadora.

Contrariando mi debilidad, miraba adelante, firme.

Crucé unos charquitos llorones, que quién sabe

qué dijeron bajo los vasos del caballo. También el barro se pega en las patas del que quiere caminar.

Pobre campo sufridor el de estos pagos y tan guacho como yo de cariño. Tenía cara de muerto.

La noche me apretaba las carnes.

Y había tantas estrellas, que se me caían en los ojos como lágrimas que debiera llorar para adentro.

XX.

Junto con la noche, terminó mi andar. A la madrugada, según mis previsiones, llegué a un puesto aseadito, en el que encontré a mi padrino, disponiéndose a salir con un hombre en quien, por las primeras palabras de conversación, reconocí al encargado de aquel potrero.

Don Segundo no se extrañó de mi presencia, pues habíamos quedado en que, una vez sano, iría yo a buscarlo para seguir viaje hacia el Norte. Mi brazo desvendado explicaba mi venida y evitaba las burlas posibles a propósito de mi ridícula historia. Me guardé muy bien de desembuchar mis sinsabores.

Un día quedamos en aquella población, para partir a la mañana siguiente.

Dos veces hicimos noche: una a campo raso, otra en el galpón de una chacra.

Cuanto más distancia dejábamos a nuestra espalda, entre nosotros y aquella costa bendita, más volvía en mí la confianza y la alegría, aunque en el fondo me quedara el resabio de un trago amargo.

Traspuesto que hubimos unas cuarenta leguas, pude sonreír mal que mal ante lo sucedido. Lindo me resultaba el rendimiento de cuentas: un brazo quebrado, un amorío a lo espina, un tajo a favor de un tercero por cuestión de polleras, fama de cuchillero, el lazo cortado y dos caballos vendidos a la fuerza. Lo que menos sentía era esto último, pues si bien es cierto que perdía con el Orejuela y el Comadreja un par de pingos seguros, ganaba una jineta de sargento para mi orgullo. ¿Hay mejor prueba de buen domador que el que le salgan a uno compradores para sus caballos, después de un rodeo? Contaba también el hecho de que los vendidos fueran mis dos primeras hazañas de jinete.

Además, se me presentaba la ocasión de cumplir con un deseo largo tiempo acariciado: aviarme de tropilla de un pelo. ¿No disponía, como base para ello, con el dinero ganado en la riña de

gallos? Podía golpearme el tirador para sentir el bulto de los pesos, enrolladitos en sus bolsillos.

Si bien es cierto que nunca faltan encontrones cuando un gaucho se divierte, también sucede que en sus tristezas le salga al cruce alguna diversión.

A los seis días de marcha, caímos a un boliche, donde se debían de correr esa tarde unas carreras

En medio del callejón, del que habían elegido un trecho bien parejo, clareaban dos andariveles, emparejados a pala-ancha.

Ya un gringo había instalado una carpa con comida, masas y beberaje.

Una china pastelera, paseaba sus golosinas en dos canastas, perseguidas por las moscas y alguno que otro chiquilín pedigüeño. Un viejo llevaba de tiro un tordillo enmantado, ofreciendo números de rifa. Y, tanto la carpa como la pulpería, teníanya su "mamao" por adelantado.

Yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas como sapo en el barro.

Empezaba a caer gente. Dos parejeros eran centro de un grupo de paisanos. Grupo muy quieto y misterioso, que se secreteaba por lo bajo.

Almorzamos en la pulpería. Al "mamao", que en seguida se nos pegó, dándonos latosos infor-

mes sobre la carrera grande de la tarde, le dí un peso a condición de que se fuera a "chuparlo" a la carpa.

Comimos primero unos chorizos, que empujamos con un vino duro, después un pedazo de churrasco, después unos pasteles.

El gentío aumentaba por momentos en el mostrador, así como afuera crecía en número la caballada. ¿Qué paisano no se trae el más ligerito de la tropilla, con la esperanza de ensartar uno más lerdo? Visto que mi Moro era de buena pinta y trotaba como amartillado para una partida, algunos me lo filiaban de paso. ¡No había cuidado que me hiciera pelar de vicio, con un caballo que traía una semana de camino!

Mi padrino encontró dos amigos ¿cómo había de ser? Ellos también tenían oficio de reseros y, como es natural, nos pegamos unos a otros, con esa súbita familiaridad de los ariscos, cuando se encuentran medio apampados por el ruido y la gente. Eran hombres de unos treinta años, curtidos y risueños; nos preguntaron qué sabíamos de las carreras. Mi padrino les repitió una parte de los datos del "mamao":

—Son dos pingos que hay que velos amigo, que hay que velos. ¡El colorao tiene ganadas más ca-

rreras aquí!... entuavía no ha perdido nenguna, más que una que le ganaron como por siete cuerpos... ¡qué animal ese escuro que trajeron de los campos de un tal Dugues! De entrada no más lo sacó al colorao como cortando clavos con el upite... y ya se acabó. ¿Creerá cuñao?... ya se acabó... sí, señor... Pero el colorao, hay que velo amigo... si parece como que se va tragando la tierra... pero ahí tiene, a mí más me gusta el ruano que train de pajuera. Ahí tiene... la manito del lao de montar es media mora... no vaya a creer... a mí me gusta el ruano; ahí tiene...

—Y yo — dijo Don Segundo — le vi a jugar al ruano por hacerle el gusto a un hombre en pedo, porque el hombre que se mama ha de ser güen hombre.

—Aura sí que está lindo... y ¿por qué? — preguntó uno de los paisanos que, conociéndolo a mi padrino, colegía algo sabroso, detrás de esa sentencia.

—Porque el hombre que se mama sabe que va a hablar por demás y al que tiene mala entraña no le conviene mostrar la hilacha.

—¿Sabés que es cierto, hermano? — dijo el paisano, volviéndose hacia su compañero.

—¡Claro!... como que aurita no más le vah'a dentrar a pegar al frasco.

Y echamos afuera toda la risa, con esa nerviosidad del gaucho que, cuando anda entre gente, parece como si sintiera que le sobra la vida.

A todo eso iba a empezar la función y yo estaba con ganas de desquitarme de mis disgustos.

La paisanada, a caballo, se había desparramado a lo largo de los andariveles en forma de boleadoras de dos, es decir, un poco amontonada en el lugar del pique y el de la raya y raleando a lo largo de la cancha.

Esperamos con paciencia de quien no está acostumbrado a esperar. Casi diría que ese momento de inacción era lo que más me gustaba en las fiestas, porque ya había tiempo todos los días para que sucedieran cosas y era bueno, de vez en cuando, saber que por largo rato nada cambiaría.

¿Los corredores se andarían pesando? Y bueno. ¿Los dueños estarían discutiendo los últimos detalles de las partidas, del lado, del peso? Y bueno.

Ya veríamos los animales cuando entraran a la cancha, destapados, y podríamos alcanzar una o dos partidas, para luego colocarnos en el sitio menos cargado de gente, a media distancia, donde por

lo general se define la carrera, a no ser que resulte muy parecida. Lo mejor era informarnos un poco, y así lo hizo Don Segundo, interpelando a un paisano que pasaba cerca nuestro.

—No somos de acá, señor, y quisiéramos saber algo pa poder rumbiar en la jugada.

El hombre explicó:

—La carrera es por dos mil pesos. Cuatro cuadras a partir dellas, igualando peso. Si uno de los corredores se desniega a largar después de la quinta partida, han convenido los dueños poner abanderao.

—Ahá.

—Parece que los dos bandos train plata y que se va a jugar mucho de ajuera.

—Mejor pa'l pobre.

—Ocasión han de hallar.

—Y ¿son de aquí los dos caballos?

—No, señor. El ruano lo train de p'ajuera. Lindo animalito y bien cuidao. El colorao es destos pagos. Si quieren jugarle en contra, yo tomo una o dos paradas de diez pesos.

—Graciah'amigo.

—Güeno, entonces vi a seguir, con su licencia.

—Es suya y gracias ¿no?

El hombre se fué. Don Segundo comentó:

—Medio desconfiao el paisano. Nos quería jugar, porque estaba maliciando que éramos de los que han venido con el ruano.

—Le tiene fe al colorao — insinué, tentado.

—¡Bah! — dijo mi padrino — la ganancia está en las patas de los caballos.

Lo cierto era que me sobraban ganas de comprometer mis pesos y que, estando en perfecta ignorancia en cuanto al mérito de los caballos, tenía que proceder arbitrariamente. La plata me andaba incomodando en el bolsillo. Calculé el monto de mi fortunita. De la riña de gallos, ciento noventa y cinco pesos. Del último arreo cincuenta, van doscientos cuarenta y cinco. Sesenta pesos, que tenía antes de la riña, van trescientos cinco. Y ochenta de Patrocinio por mis pingos; total, trescientos ochenta...

Don Segundo me sacó de mis cálculos, anunciando la venida de los parejeros. Los vimos sin mudar de sitio.

El colorado pasó, ya montado, braceando impaciente. Era alto y fuerte, de buenos garrones y con un ojo chispeador de bravo. ¡Qué pingo! pensaba yo: ¿cuándo podría tener uno igual? Seguramente cuando fuera Coronel por lo menos,

porque no de otro modo pegaría andar en semejante chuzo.

El ruano también era bonito. Lo traía el corredor de tiro y venía tranqueando largo, sobrando como de una cuarta el rastro de la mano con el de la pata. Parecía enaceitado de lustroso y era fino como galgo.

—Vaya uno a saber — dijo mi padrino — pero yo voy a cumplir con el mamao no más.

El corredor del colorado era un tipo flaco de bigote entrecano. Se había puesto vincha y miraba para todos lados, como si le fueran a pegar un cascotazo. El que traía de tiro al ruano, no era más alto que un muchacho de doce años, hocico pelado y hosco como un pampa.

Los vimos partir dos veces. El borracho tenía razón, al decir que el colorado quería como tragarse la tierra. En cambio el ruano picaba de costado, medio salido del andarivel.

Ganamos nuestro sitio. Las apuestas menudeaban por ambos bandos. Iba a largarse la carrera y yo no había jugado. Un perudo panzón se dirigió a mí:

—¿Vamos veinte pesos? — yo juego al ruano.

—Pago — respondí.

Se quedó mirándome, insatisfecho.

—¿Vamos cuarenta?

—Pago — volví a responder.

—¿Vamos sesenta? — propuso.

Algunos nos miraban, curiosos. ¿Hasta cuándo seguiría subiendo?

—Pago — le acepté sonriente.

—¿Vamos ochenta? — Su voz se hacía cada vez más suave.

Los curiosos espiaban mi decisión. Sin quitarle la vista, propuse a mi vez, imitando su cortesía:

—¿Por qué no vamos cien?

—Pago — accedió.

Ya la gente se hacía montón, como si nosotros fuéramos los caballos de la carrera. Pasado un rato, propuse con una voz imposible de superar en tono de dulzura:

—¿Vamos ciento cincuenta?

El hombre rió de muy buena gana y, ya con voz natural, cerró la broma:

—No, gracias; estoy jugao.

—¡¡Ellos y se vinieron!! — gritó uno de los mirones.

Ras con ras, sin aventajarse de un hocico, llegaban, pasaban delante nuestro, se iban para el lado de la raya. Nos agachamos sobre el cogote de nuestros caballos. El paisanaje invadió la can-

cha. Alcanzamos a ver que los dos corredores castigaban. Esperábamos el grito que anuncia el resultado; ese grito que viene saltando de boca en boca, haciendo, de vuelta la cancha, en la décima parte de tiempo que los caballos.

—¡¡Puesta!! — oímos. — ¡Puesta! ¡No se pagan las jugadas! — Pero ni bien quiso entablarse el obligatorio comentario, vino la contravoz, dando el fallo verdadero:

—¡¡El ruano, pa todo el mundo!! ¡¡El ruano, por un pescuezo!!

—Está entrampada — trajo otro como noticia — está entrampada y parece que van a peliar.

Pero la voz, que en seguida se reconoce como la verdadera, insistía en todas las bocas:

—El ruano, por un pescuezo.

Dí vuelta el tirador, conté hasta cien pesos, en billetes de diez y de cinco, y se los alcancé al perudo, que esperaba cortésmente sin mirar para mi lado.

—Tome, Don.

—Gracias.

En cambio mi padrino embolsaba cincuenta.

—Voy — me dijo, fingiendo salir al galope — a ver si hallo otro mamao.

Yo tenía rabia. ¿Hasta en el juego me pelarían?

Nos recostamos contra el alambrado del callejón, donde menudeaban los comentarios.

—Tiene pa ganarle a dos como el caballo de aquí — aseguraba un viejo, montado en un zaino aperado de plata — ... pa ganarle fácil — puntualizó.

El paisano con quien iba la discusión, retobado y huraño, decía despacio pero claro:

—Fácil, es la palabra.

—No, señor. No son palabras. Y si tienen con qué correrle, ahí está el hombre pa que lo hablen.

—Yo no tengo con qué.

—Pero esos otros, pues, que parece que no ven, cuando la ocasión se presienta.

—¡Bah! No hay que ir muy lejos. Ahí está el tordillo de los Cárdenas.

—¡Qué va a hacer con eso! Poco lo conozco al mentao. Tres veces lo han quebrao de lo lindo, en mi presencia, y, si no le disjusta, yo mesmo lo he tenido cuidando y le he tomao el tiempo.

—¡Ahá!

—Sí, señor, y le he tomao el tiempo con los dos reloses que tenía: uno rigular y el otro de sacar-

los ligeros a los caballos y con nenguno me dió más que cualquier matungo.

El paisano callado, no debía entender de relojes porque, sin entrar en más controversias, hizo caminar su malacara hacia gente menos doctora.

Oímos un tropel y una gritería. Nos arrimamos para la cancha. Acababan de correr una carrerita de dos cerradas, entre caballos camperos. El paisano ganador, montado en un picacito overo, pasó delante nuestro fatigado y sonriente. Ya estaban partiendo con un rabicano pampa y un zaino pico blanco. En cada pique, el zaino se despatarraba, desesperado por correr. Pero, cerca mío, un grupo de gente rica, bien montada, hablaba de una de las carreras depositadas. El que parecía más al corriente que los demás, explicaba:

—Yo no sé cómo Silvano se ha metido a correr con el mano blanca de los Acuña; su alazancito es un animal nuevo, muy bruto. Ustedes verán que es capaz de asustarse con la gente y cambiar de andarivel...

En eso pasó un muchacho, ofreciendo treinta a veinte, contra el rabicano que estaba partiendo. Tomé la parada porque sí.

—¡Se vinieron! — gritó el mismo muchacho.

La gente corría para el lado de la largada. Unos

decían: "se ha muerto", otros aseguraban que el pico blanco, desbocado, se había llevado por delante como siete hombres de a pie. Resultó finalmente que el caballo, embravecido por los repetidos piques, había hecho carretilla, atropellando el alambrado y haciéndose pedazos en él. El corredor salvó, por milagro, con unos chichones y peladuras en la cabeza.

Gané treinta pesos, casi sin haberlo pensado.

El mozo, que explicaba los defectos del alazancito del tal Silvano, señaló con el cabo del rebenque.

—Ahí vienen.

—¿Vamoh'a verlos? — propuse a mis compañeros.

¡Qué pintura el alazancito de Silvano! Mientras lo contemplábamos, repetí lo que había oído.

Pasó el mano blanca. Un veterano tranquilo, más bien feo, de pelo zaino oscuro. Empezaron a jugarle dando usura. Los seguimos para verlos partir.

El alazancito lo sobró en dos piques y la plata se puso a la par.

El perudo, que me había ganado los cien pesos, me hizo una entrada:

—¿Y mocito? ¿Cuánto va al mano blanca?

—......

—Le doy desquite de los cien.

—Pago.

Ya el corredor del alazán había convidado dos veces, sin resultado, y llevaban seis partidas. Se veía que el del mano blanca quería salir de atrás para rebalsarlo. El del alazán, muy confiado, reía. Ambos parecían decididos a hacer efectiva la carrera cuanto antes.

Se vinieron juntos. En un abalanzo, el alazán descontó distancia. "¡Vamos!", convidó su corredor, soliviándolo en la boca. De atrás, el mano blanca lo alcanzaba. La partida lo iba a favorecer. Imprudentemente, o tal vez por sobra de confianza, el del alazán volvió a convidar:

—¿Vamos?

—¡¡Vamos!!

El mano blanca tomó ventaja, como de medio cuerpo.

—¡Ahá! — rió el del alazán y, cediendo rienda, adelantando el cuerpo, se apareó al contrario, lo venció, le hizo tragar tierra, le sacó dos cuerpos, tres... ¡qué sé yo! El del mano blanca levantó su caballo a media carrera.

—¡Buena porquería el mentao de los Cárdenas! — grité.

El perudo sonrió:

—Anda en la mala.

Le pagué los cien pesos.

—Vamos a ver — le dije, caliente — si nos topamos en otra.

—Aquí estaremos a su servicio — me contestó, embolsando mi dinero — siempre que no nos guste el mismo caballo.

Pero ¿qué desquite iba a encontrar esa tarde? Jugué en una cuadrera. De a posturas chicas, comprometí setenta pesos. Llevaba las paradas en el puño y, de entre mis dedos salían los papeles, como espinas de un abrojo. Una por una, tuve que entregar las paradas.

Me fuí un rato a la carpa, con mis compañeros, donde tomamos unas cervezas y ensartamos pasteles en la punta del cuchillo. Don Segundo perdía cincuenta pesos. En cambio, entre los dos reseros amigos, juntaban ciento setenta y dos de ganancia. A uno de esos suertudos le entregué cien, para que me los jugara. Me los perdió en la primera ocasión, quedándome sólo cinco como todo capital. ¿Ah, sí? Pues, perdido por perdido, fuí a ver mi contrario perudo, que por su parte, de entrada, me ofreció desquite.

—No tengo con qué pagar — le dije — pero si

usté quiere, le doy en prenda cinco caballos que usté podrá ver aurita si gusta.

El hombre aceptó y, para mostrar liberalidad, me dejó elegir caballo en la carrera siguiente. Con una fidelidad de borrego guacho, me ensarté con el perdedor.

¡Muy bien! Me dedicaría a mirar.

La gente parecía cansada y caía la tarde. Algunos, por haber ganado o por desplumados, se volvían a sus pagos. Don Segundo no me sacaba el rebenque de sus bromas y, lo que era peor, yo me quedaba atufado, sin responder.

No sé cuánto duró la tarde, ni si fueron muchas o pocas las carreras que se vieron. Los grupos se despedían, dándose la mano. Para los dos lados del callejón, iban dos hileras de gente a caballo. Frente a los despachos de bebida, los borrachos eran como unos diez o doce.

Lejos, se veían algunas polvaredas de los que se habían retirado primero.

Poco a poco nos fuimos quedando solos. Al hombre que me había ganado casi toda la plata le mostré mi tropilla y, quedando conforme, se llevó los cinco animales, dejándome con dos y el Moro.

Nos despedimos de nuestros compañeros. Nosotros seguiríamos viaje, haciendo noche donde ésta

nos tomara. Cambié de caballo. Me quedaban Garúa, el Vinchuca, el Moro y el Guasquita, en que iba montado.

—¿Vamos? — me dijo mi padrino, remedando a los corredores.

—¡Vamos! — le contesté.

Y salimos al galope corto, rumbo al campo, que poco a poco nos fué tragando en su indiferencia.

XXI.

Del día ya no quedaba más que una barra de nubes iluminadas en el horizonte, cuando, por una lomada, enfrentamos los paraísos viejos de una tapera.

Don Segundo, revisando el alambrado, vió que podía dar paso en un lugar, en que dos hilos habían sido cortados. Tal vez una tropa de carros eligió el sitio, con el fin de hacer noche, aprovechando un robito de pastoreo para sus animales. No se veía a la redonda ninguna población, de suerte que el campo era como de quien lo tomara y los arbolitos, aunque en número de cuatro solamente, debían haber volteado alguna rama o gajo, que nos sirviera para hacer fuego.

Hicimos pasar nuestras tropillas al campo y, lue-

go de haber desensillado, juntamos unas biznagas secas, unos manojos de hojarasca, unos palitos y un tronco de buen grueso. Prendimos fuego, arrimamos la pavita, en que volcamos el agua de un chifle para yerbear, y, tranquilos, armamos un par de cigarrilos de la guayaca, que prendimos en las primeras llamaradas.

Como habíamos hecho el fogón cerca de un tronco caído, de tala, tuvimos donde sentarnos y ya nos decíamos que la vida de resero, con todo, tiene sus partes buenas como cualquiera. Creo que la afición a la soledad de mi padrino, debía influir en mí; la cosa es que, rememorando episodios de mi andar, esas perdidas libertades en la pampa me parecían lo mejor. No importaba que el pensamiento lo tuviera medio dolorido, empapado de pesimismo, como queda empapada de sangre la matra que ha chupado el dolor de una matadura

De grande y tranquilo que era el campo, algo nos regalaba de su grandeza y su indiferencia. Asamos la carne y la comimos sin hablar. Pusimos sobre las brasas la pavita y cebé unos amargos. Don Segundo me dijo, con su voz pausada y como distraída:

—Te ví a contar un cuento, pa que se lo repitás a algún amigo cuando éste ande en la mala.

Cebé con más lentitud. Mi padrino comenzó el relato:

—"Esto era en tiempo de nuestro Señor Jesu-
" cristo y sus Apóstoles."

Quedé un rato a la espera. Don Segundo nos dejaba caer, así, en un reino de ficción. Ibamos a vivir en el hilo de un relato. Saldríamos de una parte a otra. ¿De dónde y para dónde?

—"Nuestro Señor, que asigún dicen jué el crea-
" dor de la bondá, sabía andar de pueblo en pue-
" blo y de rancho en rancho, por Tierra Santa, en-
" señando el Evangelio y curando con palabras.
" En estos viajes, lo llevaba de asistente a San Pe-
" dro, al que lo quería muy mucho, por creyente
" y servicial.

"Cuentan que en uno de esos viajes, que por de-
" más veces eran duros como los del resero, como
" jueran por llegar a un pueblo, a la mula en que
" iba Nuestro Señor, se le perdió una herradura
" y dentró a manquiar.

—"Fijate — le dijo Nuestro Señor a San Pedro
" — si no ves una herrería, que ya estamos den-
" trando al poblao.

"San Pedro, que iba mirando con atención, di-
" visó un rancho viejo de paredes rajadas, que te-
" nía encima de la puerta un letrero que decía:

" "ERRERIA". Sobre el pucho, se lo contó al
" Maistro y pararon delante del corralón.

—"¡Ave María! — gritaron. Y junto con un
" cuzquito ladrador, salió un anciano harapiento
" que los convidó a pasar.

—"Güenas tardes — dijo Nuestro Señor. —
" ¿Podrías herrar mi mula que ha perdido la he-
" rradura de una mano?

—"Apiensén y pasen adelante — contestó el vie-
" jo. — Voy a ver si puedo servirlos.

"Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre
" unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nues-
" tro Señor le preguntó al herrero:

—"¿Y cuál es tu nombre?

—"Me llaman Miseria — respondió el viejo, y
" se jué a buscar lo necesario pa servir a los foras-
" teros.

"Con mucha pasencia anduvo este servidor de
" Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin
" hallar nada. Acobardao iba a golverse pa pedir
" disculpa a los que estaban esperando, cuando re-
" golviendo con la bota un montón de basuras y
" desperdicios, vido una argolla de plata, grandota.

—"¿Qué haceh'aquí vos? — le dijo, y recogién-
" dola se jué pa donde estaba la fragua, prendió el
" juego, reditió la argolla, hizo a martillo una he-

" rradura y se la puso a la mulita de Nuestro Se-
" ñor. ¡Viejo sagaz y ladino!

—"¿Cuánto te debemos, güen hombre? — pre-
" guntó Nuestro Señor.

"Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando
" concluyó de filiarlo, le dijo:

—"Por lo que veo, ustedes son tan pobres como
" yo. ¿Qué diantre les vi'a cobrar? Vayan en paz
" por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo
" tenga en cuenta.

—"Así sea — dijo Nuestro Señor y, después de
" haberse despedido, montaron los forasteros en
" sus mulas y salieron al sobrepaso.

"Cuando iban ya retiraditos, le dice a Jesús este
" San Pedro, que debía ser medio lerdo:

—"Verdá Señor, que somos desagradecidos.
" Este pobre hombre nos ha herrao la mula con
" una herradura'e plata, no noh'a cobrao nada por
" más que es repobre, y nohotros nos vamos sin
" darle siquiera una prenda de amistá.

—"Decís bien — contestó Nuestro Señor. —
" Volvamos hasta su casa, pa concederle tres Gra-
" cias, que él elegirá a su gusto.

"Cuando Miseria los vido llegar de güelta, cre-
" yó que se había desprendido la herradura y los
" hizo pasar como endenantes. Nuestro Señor le

" dijo a qué venían y el hombre lo miró de sosla-
" yo, medio con ganitas de rairse, medio con ga-
" nitas de disparar.

—"Pensá bien — dijo Nuestro Señor — antes
" de hacer tu pedido.

"San Pedro, que se había acomodao atrás de Mi-
" seria, le sopló:

—"Pedí el Paraíso.

—"Cayate viejo — le contestó por lo bajo Mise-
" ria, pa después decirle a Nuestro Señor:

—"Quiero que el que se siente en mi silla, no
" se pueda levantar della sin mi permiso.

—"Concedido — dijo Nuestro Señor. — ¿A ver
" la segunda Gracia? Pensala con cuidao.

—"Pedí el Paraíso — golvió a soplarle de atrás
" San Pedro.

—"Cayate viejo metido — le contestó por lo
" bajo Miseria, pa después decirle a Nuestro Se-
" ñor:

—"Quiero que el que suba a mis nogales, no se
" pueda bajar dellos sin mi permiso.

—"Concedido — dijo Nuestro Señor. — Y aura,
" la tercera y última Gracia. No te apurés.

—"¡Pedí el Paraíso, porfiao! — le sopló de atrás
" San Pedro.

—"¿Te quedrás callar viejo idiota? — le con-

" testó Miseria enojao, pa después decirle a Nues-
" tro Señor:

—"Quiero que el que se meta en mi tabaquera
" no pueda salir sin mi permiso.

—"Concedido — dijo Nuestro Señor y, después
" de despedirse se jué.

"Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavi-
" lar y, poco a poco, jué dentrándole rabia de no
" haber sabido sacar más ventaja de las tres Gra-
" cias concedidas.

"También, seré sonso — gritó, tirando contra el
" suelo el chambergo. — Lo que es, si aurita mes-
" mo se presentara el demonio, le daría mi alma
" con tal de poderle pedir veinte años de vida y
" plata a discreción.

"En ese mesmo momento, se presentó a la puer-
" ta'el rancho un caballero que le dijo:

—"Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un
" contrato, dándote lo que pedís—. Y ya sacó un
" rollo de papel con escrituras y numeritos, lo más
" bien acondicionao, que traiba en el bolsillo. Y
" allí las leyeron juntos a las letras y, estando con-
" formes en el trato, firmaron los dos con mucho
" pulso, arriba de un sello que traiba el rollo."

—¡Reventó la yegua el lazo! — comenté.

—Aura verás, dejate estar callao pa aprender

como sigue el cuento.

Miramos alrededor, la noche, como para no perder contacto con nuestra existencia actual, y mi padrino prosiguió:

—"Ni bien el Diablo se jué y Miseria quedó
" solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao
" Mandinga, se miró en el bañadero de los patos,
" donde vido que estaba mozo, y se jué al pueblo
" pa comprar ropa, pidió pieza en la fonda como
" Señor, y durmió esa noche contento.

"¡Amigo! había de ver cómo cambió la vida
" deste hombre. Terció con príncipes y goberna-
" dores y alcaldes, jugaba como nenguno en las ca-
" rreras, viajó por todo el mundo, tuvo trato con
" hijas de Reyes y Marqueses...

"Pero, bien dicen que pronto se pasan los años
" cuando se emplean de este modo, de suerte que
" se cumplió el año vigésimo y, en un momento
" casual, en que Miseria había venido a rairse de
" su rancho, se presentó el diablo con el nombre
" del caballero Lilí, como vez pasada, y peló el
" contrato pa esigir que se le pagara lo convenido.

"Miseria, que era hombre honrao, aunque me-
" dio tristón, le dijo a Lilí que lo esperara, que
" iba a lavarse y ponerse güena ropa pa presentar-
" se al Infierno, como era debido. Así lo hizo, pen-

“ sando que al fin todo laso se corta y que su fe-
“ licidá había terminao.

“Al golver lo halló a Lilí, sentao en su silla,
“ aguardando con pasencia.

—“Ya estoy acomodao — le dijo — ¿vamos
“ yendo?

—“¡Cómo hemos de irnos — contestó Lilí — si
“ estoy pegao en esta silla como por un encanto!

“Miseria se acordó de las virtudes que le había
“ concedido el hombre'e la mula y le dentró una
“ risa tremenda.

—“¡Enderezate pues, maula, si sos diablo! —
“ le dijo a Lilí.

“Al ñudo este hizo bellaquear la silla. No pudo
“ alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Mi-
“ seria.

—“Entonces — le dijo el que jué herrero — si
“ querés dirte, firmame otros veinte años de vida
“ y plata a discreción.

“El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y éste
“ le dió permiso pa que se juera.

“Otra vez el viejo, remosao y platudo, se gol-
“ vió a correr mundo: terció con príncipes y ma-
“ nates, gastó plata como naides, tuvo trato con
“ hijas de Reyes y de comerciantes juertes...

“Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pron-

" to, de suerte que, cumplido el vegísimo, Miseria
" quiso dar fin cabal a su palabra y rumbió al pago
" de su herrería.

"A todo esto Lilí, que era medio lenguaraz y
" alcahuete, había contao en los infiernos el en-
" canto'e la silla.

—"Hay que andar con ojo alerta — había dicho
" Lucifer. — Ese viejo está protegido y es ladino.
" Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

"Por esto jué que al apiarse en el rancho, Mise-
" ria vido que lo estaban esperando dos hombres,
" y uno de ellos era Lilí.

—"Pasen adelante; sientensén — les dijo —
" mientras yo me lavo y me visto, pa dentrar al
" Infierno como es debido.

—"Yo no me siento — dijo Lilí.

—"Como quieran. Pueden pasar al patio y ba-
" jar unas nueces, que seguramente serán las me-
" jores que habrán comido en su vida de Diablos.

"Lilí no quiso saber nada pero, cuando se ha-
" llaron solos, su compañero le dijo que iba a dar
" una güelta por debajo de los nogales, a ver si
" podía recoger del suelo alguna nuez caída y pro-
" barla. Al rato no más golvió, diciendo que ha-
" bía hallao una yuntita y que, en comiéndolas,

" naide podía negar que jueran las más ricas del
" mundo.

"Juntos se jueron p'adentro y comenzaron a
" buscar sin hallar nada.

Pa esto, al diablo amigo de Lilí se le había ca-
" lentao la boca y dijo que se iba a subir a la plan-
" ta, pa seguir pegándole al manjar. Lilí le al-
" virtió que había que desconfiar, pero el goloso no
" hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó
" a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en
" tiempo:

—"¡Cha que son güenas! ¡Cha que son güe-
" nas!

—"Tirame unas cuantas — le gritó Lilí, de
" abajo.

—"Allá va una — dijo el de arriba.

—"Tirame otras cuantas — golvió a pedirle Lilí,
" ni bien se comió la primera.

—"Estoy muy ocupao — le contestó el tragón.
" — Si querés más, subite al árbol.

Lilí, después de cavilar un rato se subió.

"Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los
" dos diablos en el nogal, le dentró una risa tre-
" menda.

—"Aquí estoy a su mandao — les gritó. — Va-
" mos cuando ustedes gusten.

—"Es que no nos podemoh'abajar — le contes-
" taron los diablos, que estaban como pegaos a las
" ramas.

—"Lindo — les dijo Miseria — entonces firmen-
" mén otra vez el contrato, dándome otros veinte
" años de vida y plata a discreción.

"Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía
" y éste les dió permiso pa que bajaran.

"Miseria golvió a correr mundo y terció con gen-
" te copetuda y tiró plata y tuvo amores con da-
" mas de primera...

"Pero los años dentraron a disparar, como en-
" denantes, de suerte que al llegar al año vegísi-
" mo, Miseria, queriendo dar pago a su deuda, se
" acordó de la herrería en que había sufrido.

"A todo esto, los diablos en el Infierno le ha-
" bían contao a Lucifer lo sucedido y éste, enoja-
" dazo, les había dicho:

—"¡Canejo! ¿No les previne de que anduvie-
" ran con esmero, porque ese hombre era por de-
" más ladino? Esta güelta que viene, vamoh'a dir
" toditos a ver si se nos escapa.

"Por esto jué que Miseria, al llegar a su ran-
" cho, vido más gente riunida que en una jugada'e
" taba. Pero esa gente, acomodada como un ejér-
" cito, parecían estar a la orden de un mandón con

“ corona. Miseria pensó que el mesmito Infierno
“ se había mudao a su casa y llegó, mirando como
“ pato el arriador, a esa pueblada de diablos. “Si
“ escapo desta — se dijo — en fija que ya nunca
“ la pierdo.” Pero haciéndose el muy templao,
“ preguntó a aquella gente:

—“¿Quieren hablar conmigo?

—“Sí, — contestó juerte el de la corona.

—“A usté — le retrucó Miseria — no le he fir-
“ mao contrato nenguno, pa que venga tomando
“ velas en este entierro.

—“Pero me vah'a seguir — gritó el coronao —
“ porque yo soy el Ray de loh'Infiernos.

—“¿Y quién me da el certificao? — alegó Mise-
“ ria. — Si usté es lo que dice, ha de poder hacer
“ de fijo, que todos los diablos dentren en su cuer-
“ po y golverse una hormiga.

“Otro hubiera desconfiao, pero dicen que a los
“ malos los sabe perder la rabia y el orgullo, de
“ modo que Lucifer, ciego de juror, dió un grito
“ y en el momento mesmo, se pasó a la forma de
“ una hormiga, que llevaba adentro a todos los de-
“ monios del Infierno.

“Sin dilación, Miseria agarró el bichito que ca-
“ minaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en
“ su tabaquera, se jué a la herrería, la colocó so-

“ bre el yunque y, con un martillo, se arrastró a “ pegarle con todita el alma, hasta que la camise- “ ta se le empapó de sudor.

“Entonces, se refrescó, se mudó y salió a pasiar “ por el pueblo.

“¡Bien haiga, viejito sagás! Todos los días, co- “ locaba la tabaquera sobre el yunque y le pega- “ ba tamaña paliza, hasta empapar la camiseta, pa “ después salir a pasiar por el pueblo.

“Y así se jueron los años.

“Y resultó que ya en el pueblo, no hubo peleas, “ ni plaitos, ni alegaciones. Los maridos no las “ castigaban a las mujeres, ni las madres a los chi- “ cos. Tíos, primos y entenaos se entendían como “ Dios manda; no salía la viuda, ni el chancho; no “ se veían luces malas y los enfermos sanaron to- “ dos; los viejos no acababan de morirse y hasta “ los perros jueron virtuosos. Los vecinos se en- “ tendían bien, los baguales no corcoviaban más “ que de alegría y todo andaba como reló de rico. “ Qué, si ni había que baldiar los pozos porque “ toda agua era güena”.

—¡Ahahá! — apoyé alegremente.

—Sí — arguyó mi padrino — no te me andeh’apurando.

“Ansina como no hay caminos sin repechos, no

" hay suerte sin desgracias, y vino a suceder que
" abogaos, procuradores, jueces de paz, curande-
" ros, médicos y todos los que son autoridá y vi-
" ven de la desgracia y vicios de la gente, comen-
" zaron a ponerse charcones de hambre y jueron
" muriendo.

Y un día, asustaos, los que quedaban de esta
" morralla se endilgaron pa lo del Gobernador, a
" pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el Go-
" bernador, que también dentraba en la partida de
" los castigaos, les dijo que nada podía remediar y
" les dió una plata del Estao, alvirtiéndoles que
" era la única vez que lo hacía, porque no era obli-
" gación del Gobierno el andarlos ayudando.

"Pasaron unos meses y ya, los procuradores,
" jueces y otros bichos iban mermando por haber
" pasao los más a mejor vida, cuando uno dellos,
" el más pícaro, vino a maliciar la verdá y los in-
" vitó a todos a que golvieran a lo del Goberna-
" dor, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

"Así jué. Y cuando estuvieron frente al ma-
" nate, el procurador le dijo a Sueselencia que to-
" dah'esas calamidades sucedían, porque el herre-
" ro Miseria tenía encerraos en su tabaquera a los
" Diablos del Infierno.

"Sobre el pucho, el mandón lo mandó trair a

" Miseria y, en presencia de todos, le largó un dis-
" curso:

—"¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al " mundo con tus brujerías y encantos, viejo indi- " no! Aurita vah'a dejar las cosas como estaban, " sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. " ¿No vés que siendo el mundo como es, no puede " pasarse del mal y que las leyes y lah'enfermeda- " des y todos los que viven d'ellas, que son mu- " chos, precisan de que los diablos anden por la " tierra? En este mesmo momento vah'al trote y " largás loh'Infiernos de tu tabaquera.

"Miseria comprendió que el Gobernador tenía " razón, confesó la verdá y jué pa su casa pa cum- " plir lo mandao.

"Ya estaba por demás viejo y aburrido del mun- " do, de suerte que irse dél poco le importaba.

"En su rancho, antes de largar los diablos, puso " la tabaquera en el yunque, como era su costum- " bre, y por última vez le dió una güena sobada, " hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

—"¿Si yo los largo van a andar embromando " por aquí? — les preguntó a los mandingas.

—"No, no, — gritaban éstos de adentro. — Lar- " ganos y te juramos no golver nunca por tu casa.

"Entonces Miseria abrió la tabaquera y los li-
" cenció pa que se jueran.

"Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo,
" Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos
" los demonios y redepente, en un tropel, tomó
" esta diablada por esas calles de Dios, levantan-
" do una polvadera como nube'e tormenta.

"Y aura viene el fin.

"Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del
" pucho, porque a todo cristiano le llega el mo-
" mento de entregar la osamenta y él bastante la
" había usao.

"Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jué a
" echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá,
" en su piecita de pobre, se halló tan aburrido y
" desganao, que ni se levantaba siquiera pa comer
" ni tomar agua. Despacito no más se jué consu-
" miendo, hasta que quedó duro y como secao por
" los años.

"Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa
" los bichos, Miseria pensó lo que le quedaba por
" hacer y, sin dilación porque no era sonso, el hom-
" bre enderezó pa'l Cielo y después de un viaje lar-
" go, golpió en la puerta deste.

"Cuantito se abrió la puerta, San Pedro y Mise-
" ria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le con-

" venían esos recuerdos y, haciéndose el chancho
" rengo, pidió permiso pa pasar.

—"¡Hm! — dijo San Pedro. — Cuando yo es-
" tuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa con-
" cederte tres Gracias, te dije que pidieras el Pa-
" raíso y vos me contestaste: "Callate, viejo idio-
" ta". Y no es que te la guarde, pero no puedo
" dejarte pasar aura, porque en habiéndote ofreci-
' do tres veceh'el Cielo, vos te negaste a acetarlo.

"Y como ahí no más el portero del Paraíso ce-
"rró la puerta, Miseria, pensando que de dos ma-
"les hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l
" Purgatorio a probar cómo andaría.

"Pero amigo, allí le dijeron que sólo podían
" dentrar las almas destinadas al cielo y que como
" él nunca podría llegar a esa gloria, por haberla
" desnegao en la oportunidá, no podían guardarlo.
" Las penas eternas le tocaban cumplirlas en el In-
" fierno.

"Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en
" la puerta, como antes golpiaba en la tabaquera
" sobre del yunque, haciendo llorar los diablos. Y
" le abrieron pero, qué rabia no le daría cuando
" se encontró cara a cara con el mesmo Lilí.

—"¡Maldita mi suerte — gritó — que ande quie-
" ra he de tener conocidos!

"Y Lilí, acordándose de las palizas, salió que
" quemaba, con la cola como bandera'e comisaría,
" y no paró hasta los pieses mesmo de Lucifer, al
" que contó quién estaba de visita.

"Nunca los diablos se habían pegao tan tama-
" ño susto y el mesmito Ray de los Infiernos, re-
" cordando también el rigor del martillo, se puso
" a gritar como gallina culeca, ordenando que ce-
" rraran bien toditas las puertas, no juera a den-
" trar semejante cachafaz.

"Ahí quedó Miseria, sin dentrada a ningún lao
" porque ni en el cielo, ni en el Purgatorio, ni en
" el Infierno lo querían como socio y dicen que
" es por eso que, dende entonces, Miseria y Po-
" breza son cosas de este mundo y nunca se irán
" a otra parte, porque en ninguna quieren almitir
" su esistencia."

Una hora habría durado el relato y se había acabado el agua. Nos levantamos en silencio para acomodar nuestras prendas.

—¡Pobreza! — dije estirando mi matra donde iba a echarme.

—¡Miseria! — dije acomodando el cojinillo que me serviría de almohada.

Y me largué sobre este mundo, pero sin sufrir, porque al ratito estaba como tronco volteado a hachazos.

XXII.

Sintiéndome merecedor de los mismos apodos que el herrero viejo, ensillé a la madrugada uno de mis tres caballos. Poca cosa para un resero. ¿Cómo me iba a ganar la vida? Nadie querría conchabarme en tal estado de inutilidad. Un gaucho de a pie es buena cosa para ser tirada al zanjón de las basuras.

La mañana no decía ni palabra. El vacaje que debía haber en esos campos, vista su riqueza en pastos, no había comenzado a vivir todavía y a gatas unos pajaritos cantaban bajito, como una canilla que gotea.

Un cielo gris, arrugado como las arenas de la playa que conocí en los malos pagos de mis aventuras, anunciaba tormenta. La tormenta que sen-

tíamos en la blandura de los correones, las riendas y la lonja del rebenque, más floja que moco de pavo.

Pero ¡qué descanso más lindo el de esa noche, y qué gusto moverse en el aire grande que nos caía de todos lados en el cuerpo, como cariño!

Allí íbamos, siempre por el callejón o cortando campo, a la cola de nuestros pingos, acostumbrados a curiosear novedades con las orejas paradas.

Llegamos, después de cuatro días de marcha, a una estancia nueva.

La arboleda tierna asomaba apenas unas varas del suelo y las casas blanqueadas, frescas, parecían grandes con su mirador pretencioso y sus caminos y canteros, lucientes como ropa de Domingo.

El patrón era joven. Andaba bien montado y su trato con el paisanaje daba confianza.

Nos dijo que tenía unos potros bayos, por si queríamos darles los primeros galopes, y que siendo doce, regalaba dos por la amansadura.

Antes de que mi padrino tomara cartas en el asunto, me ofrecí para la changa. ¡Qué diablos! Era fuerte y me tenía fe. Ya mis primeras pruebas estaban hechas y, aunque sería ese mi estreno de domador, me sacudiría el polvo sobre los bas-

tos, como si fuese acostumbrado. La necesidad, dicen, tiene cara de hereje y no andaba yo en trances de mostrarme más delicado de lo que era. ¿No vería el otro lado, el de la suerte? La ocasión se presentaba como la había esperado durante mucho tiempo. Dos bayos son principio de una tropilla de bayos y aquella coincidencia con mis deseos me infundió audacia.

Cuando quedamos solos, mi padrino me filió de reojo, sonriendo. Aguanté con indiferencia aquel principio de burla y, como viera mi padrino que no salía de botaratada, sino de necesidad mi compromiso, me dijo que él podía aliviarme del trabajo, tomando por su cuenta cinco de los doce baguales.

Por suerte fué así. Los siete potros me dieron suficiente quehacer.

Los ensillaba apurado, como en un sueño, siguiendo al pie de la letra los consejos de Don Segundo que, al lado mío, ya alcanzándome alguna pilcha, ya apadrinándome, me guiaba paso a paso, sapientemente. Agarrábamos uno por turno y, aunque me tocara el primero y el último, tenía la ilusión de una tarea por partes iguales, sin contar la ventaja de descansar entre animal y animal.

Éramos cuatro en el corral de palo a pique. El

patrón, a caballo entre nosotros, no nos perdía pisada, ni desperdiciaba ocasión de ayudarnos con alguna broma. ¿Cómo sería él para un apuro? me preguntaba en mis adentros.

¡Qué susto tenía cuando ensillé el primero! Las piernas se me escapaban de abajo del cuerpo y me atoraba con los detalles, que por suerte eran todos previstos por mi padrino.

El más viejo de los hombres que nos ayudaban, montado en un tostado retacón, enlazaba los potros que nosotros volteábamos de un pial, para embozalarlos y enriendarlos en el suelo. Después los embramábamos en un palo, con dos o tres vueltas de maneador, y les poníamos los cueros. Por mi parte, no perdía los potros de vista, espiando indicios que pudieran anunciarme algún peligro: ¿Sería flojo de cincha, se me bolearía? Entretanto, mientras ensillaba, tenía que cuidarme de coceadas, manotones, abalanzos y caídas.

Todo está en comenzar bien, porque muy luego el optimismo crece y uno amaña con mayor empeño, siempre que no se quiera sobrar.

—No los busquen — había dicho el patrón — pero, al que corcovee, ¡leña hasta que afloje!

¿Por qué entonces había de buscarlo al clines blancas, que me tocó de estreno? Lo dejé correr,

sin gastarme de entrada, y lo rematé de vuelta con unos tirones bien sentidos.

—Ganaste una — me dijo el patrón.

Y aunque no respondí nada, me sentí como abochornado. Me creía en verdad capaz de ganar algunas, que no se me presentaran tan fáciles.

Por cierto, los bayos resultaron menos duros de pelar de lo que podían haber sido, mediando peor suerte. Corcoveaban por derecho o sin mayor empeño y ya casi me estaba dando vergüenza y ganas de buscarles pleito, cuando uno, el quinto, vino a desantojarme en tanto cuanto podía pedir.

El patrón se sonreía.

Dado que el bicho era uno de los que servían de pago por el trabajo, malicié una celada. ¿Cómo, si no tenía algún defecto o maña de chúcaro, lo habían elegido para deshacerse de él, siendo el de mejor presencia?

No queriendo pasar por sonso, dije fuerte al hombre del tostado:

—Este es el de probar los forasteros ¿no?

El paisano no respondió sino meneando la cabeza y el patrón conservó su sonrisa. Muy bien. ¿Querían a la bruta?... pues a la bruta andaríamos. Pero la jugada estaba hecha verdaderamente con picardía, pues siendo el potro uno de los

que iban a quedar en mis manos, no quería estropearlo con una rebenqueada mayor.

Se dejó ensillar sin muchas cosquillas. Mal olor le iba tomando yo al negocio.

Todos estábamos como en misa.

Mientras lo sacaban a la playa y lo agarraban de la oreja, me resbalé las botas, para poder con más firmeza sostener los estribos, y me ajusté bien la vincha, no fuera que el pelo viniera a enceguecerme en lo mejor.

Cuanto le bolié la pierna, sentí que tenía el lomo arqueado como el de un barril y me acomodé lo más fuerte que pude. Coligiéndome bien fijo, dije despacio, sin ostentación, pues no estaba el asunto como para compadradas:

—Lárguelo no más.

Maliciaba detrás mío la sonrisita del patrón, pero no era cosa de perder la cabeza. En un segundo de tiempo pensé cruzarle de un lonjazo el hocico y deseché tal propósito, pues con ello me pondría a disposición de cualquier antojo del animal. Mejor era estudiarle los vicios. Por suerte mi padrino tomó la iniciativa.

—¡Afirmate — me dijo y le envolvió al potro las patas de un arriadorazo.

El animal se abalanzó, manoteando el aire, y se

trabó en dos corcovos duros, para volvérseme, en un cimbrón, sobre el lado del lazo, con lo que perdió pie. Quise abrirle pero alcanzó a apretarme el tobillo por un momento, pues en seguida se enderezó, quedando a la espera como al principio. Sin embargo, algo había yo perdido y es que sentía dolorido el pie; algo también había ganado y es que, a pesar de tratarse de un reservado, no pudo en su astucia y baquía desacomodarme ni un chiquito.

Mi mejor ganancia estaba en que Don Segundo ya había visto de qué se trataba. Lo comprendí porque me dijo:

—No le bajés el rebenque.

Por segunda vez lo azotó por las patas y el bayo se abalanzó. La partida le iba a resultar más dura, pues mandado por mi padrino, le crucé el hocico de un rebencazo y, cuando como anteriormente se clavó a corcovear, le menudié azotes por la cabeza sin darle alce. Ni bien quiso pararse, Don Segundo lo apuró a lazazos, para quitarle la maña de volverse sobre el corcovo. Entrando en el juego, aumenté la dosis de lonja, cosa que me permitía charquear en el rebenque, al par que abatatar al bruto. Y viendo mi resistencia a los sacudones, se me calentó el cuerpo y empecé a aporrearlo al

bayo, al compás, repitiendo como un estribillo el dicho del patrón:

—Al que corcovée, ¡leña! y ¡leña! y ¡leña!

Y salimos por la playa, ya sin sentadas ni vueltas, arrastrados por una bellaqueada furiosa.

No hubo nada que hacerle, la habíamos ganado desde el primer tirón y la seguimos ganando hasta el fin. Las riendas no me servían para afirmarme, porque el bruto sacudía tanto la cabeza, que llegaba a golpearme los estribos. Pero en el compás mismo de la rebenqueada había yo encontrado una base de equilibrio, que no perdí hasta volver a la puerta misma del corral, donde de un tirón lo hice sentar al bayo sobre los garrones. Y ya le bajé los cueros.

El patrón se acercaba a nosotros de a caballo. Con satisfacción, ví que no sonreía ya, pasando por lo contrario una mano pensativa sobre su bigote.

Con un tono de elogio me dijo:

—¡Qué padrino tenés, muchacho!

—Y — contesté — no ayudándome el cuerpo, con algo debía contar pa un apuro.

—No es que te falte con qué desempeñarte — rearguyó — pero aquel hombre — insistió, alu-

diendo a Don Segundo — no me parece ser como cualquiera de los muchos que somos.

En silencio, concluímos nuestra tarea. El último de los baguales algo se sacudió pero, después de lo pasado, me pareció un juguete.

Dejando los doce .animales palenqueados con fuertes sogas, nos fuimos para la estancia.

El oficio de domador tiene sus descansos, gracias a Dios, y aunque la peonada anduviera en sus tareas de campo y no fueran más que las diez de la mañana, nosotros teníamos el derecho de matear o arreglar nuestras lonjas y recados en las casas, sin recibir órdenes de nadie.

Como tenía el tobillo un poco hinchado y dolorido, a causa del apretón, me fuí hasta un pozo, cerca de la cocina, tiré un balde de agua y, con un jarrito, después de haberme descalzado, me puse a refrescarme la parte golpeada.

Aliviadito por el agua y con el cuerpo medio desencuadernado a causa de la doma, me quedé sin más pensamiento que bañarme el dolor un rato largo.

Miraba el galpón grande, la huellita que de él arrancaba hasta el pozo, los corrales un poco retirados, las cabeceadas que daban al viento unas casuarinas nuevas que señalaban el principio del

monte, un cazalito de cabecitas negras que venía a beber en el surco de agua, nacido seguramente de las baldeadas...

El hombre que nos había ayudado a la mañana, enlazando los potros, vino del lado del galpón por la huellita, hasta parárseme enfrente:

—Tengo un encargue pa usté — me dijo.

—Usté dirá.

—¿Es del oficio?

—¿Qué oficio?

—Domador.

—No, señor; soy resero. Solamente así, cuando la ocasión se ofrece de ganar una changa...

—Y ¿no sería gustoso de quedarse aquí, de domador? Me manda el patrón pa que le ofresca el trabajo. Yo ya estoy viejo y llevo trainta años en el oficio. Aquí vienen domadores po'l tiempo de la amansadura, y se van. El patrón, hasta aurita, no ha querido conchabar nenguno pa que se quede.

Nos fuimos caminando hasta el galpón. Me halagaba la propuesta, pero el vivir separado de mi padrino me parecía imposible.

—¿Pa mí solo es el encargue?

—Pa usté solo.

Bajo el alero del galpón, me puse a desparra-

mar mis pilchas a fin de que se orearan. Don Segundo no estaba. El patrón vino al rato y, mirando al hombre del tostado, preguntó:

—¿Y?

—No me ha contestao entuavía. Yo le he dao el parte.

—¿Cómo te llamás? — me preguntó el patrón.

—Quisiera saberlo, señor.

El patrón frunció el ceño.

—¿No sabés de dónde venís tampoco?

—¿De ande vendrá esta matrita? — comenté como para mí.

—¿De modo que ni tus padres quedrás nombrar?

—¿Padres? No soy hijo más que del rigor; juera de esa, casta no tengo nenguna; en mis pagos algunos me dicen "el Guacho".

El patrón se tiró los bigotes, después me miró de frente. Nunca nadie me había mirado tan de frente y tan por partes.

—Razón de más — me dijo — pa que te quedés conmigo.

—Siento en deveras, señor; pero tengo compromisos que no puedo dejar de cumplir. Usté me disculpará... y muchas gracias de todos modos.

El hombre se fué.

Nos sentamos con el domador, bajo el alero. Parece que el día estaba especial para los consejos, pues mi compañero, después de haber golpeado el suelo pensativamente con el rebenque, durante un tiempo, me dijo:

—Vea mocito. No es que yo quiera meterme en suh'asuntos, pero no rechace la oferta antes de pensarla. El patrón aunque es medio mandón pa'l trabajo, es servicial cuando quiere. Más de un hombre ha salido del campo con su tropilla o su majada... y, hasta yo mesmo, aunque trabajando juerte es cierto, he conseguido asegurar mi tranquilidá pa mi vejez y mis cachorros. Don Juan es generoso en la ocasión. Sabe abrir la mano grandota y es fácil que se le refalen unos patacones.

—Vea, Don — contesté sobre el pucho — no es que yo quiera desmerecer a nadie, ni que inore lo que vale una voluntá, pero ¿ve aquel hombre? — dije, señalando a Don Segundo que venía del corral, trayendo despacio su chiripá, familiar para mí, su chambergo chicuelo y unos maneadores enrollados. — Güeno, ese hombre también tiene la mano larga... y, Dios me perdone, más larga cuando ha sacao el cuchillo..., pero igual que su patrón, sabe abrirla muy grande y lo que en ella

se puede hallar no son patacones, señor, pero cosas de la vida.

El domador se levantó, me palmeó la espalda y se fué, de pronto enmudecido. Yo me quedé muy blandito.

Y ¿qué diablos me había venido a mí de golpe, para que quisieran que me quedara y me palmearan el lomo y me anduvieran con miramientos?

XXIII.

Cierto que el bruto del reservado me dió trabajo y que, con mi pie hinchado, vi más de una vez el negocio en mal camino. Pero el contento de salir airoso de la prueba a que me había sometido el patrón, tanto como el llevar mi doma con acierto, fueron cosas que me pusieron en estado de cargar con aquellos rigores.

Parece, según me dijeron algunos, que con doblarlo al cabos negros había conseguido yo algo, que muchos y muy buenos intentaron sin suerte. No digo que tuviera un amor propio desmedido, ni que fuera por demás accesible al elogio, ¿quién no lo es más o menos?; pero el hecho de vencer, grande y continua tarea gaucha, me llenaba de un vigor descarado a fuerza de confianza.

¡Qué voluntad de dominio no tendrá el hombre para que, por un rato de gozarla, emplee largas horas de perseverante empuje! Salir con la suya en una bellaqueada y embozalar las propias dudas y temores con el logro de un intento, lleva aparejado toda una ristra de horas de tensión. Al lado del lucido momento de la jineteada, está la tarea pacienzuda de guerrear los animales durante la amansadura, sin dejarles tomar vicios y corrigiendo los que traen por instinto.

Yo era casi un instrumento en manos de mi padrino, que me guiaba en cada gesto, lo cual no quita que era el instrumento quien aguantaba los pesados trotes de los baguales, sus sentadas brutas, la rigidez desobediente de sus cogotes sonsos y chapetones, sus intenciones de cocear, sus cabezazos al enriendarlos, sus sustos torpes al subir y desmontarse uno, sus repentinas rebeliones en una espantada que remataban corcovos o abalanzos.

Y en todo aquello me parecía ir como dormido. Ideas fijas me perseguían como un deber. Las oía en la voz de mi padrino. Frases imperativas representaban hechos menudos, en que yo debía seguir por mía aquella voz. Hasta en horas de descanso, las enseñanzas me zumbaban en la ca-

beza, como un avispero demasiado grande para el nido en que buscaban acomodarse. Sentía mi pasividad y me hubiese molestado, de no haberme dicho mi propio deseo de independencia: "Dejá no más, que al correr del tiempo todo eso será tuyo."

Conforme los animales se fueron amansando, íbamos haciendo más largos los galopes, de suerte que llegábamos a una pulpería, distante una legua y media de la estancia, sobre un callejón, a la vera de un arroyo que allí daba paso.

Entretanto, en las casas, me había hecho de un amigo. Antenor Barragán era un pedazo de muchacho grandote y delgado, dueño de una agilidad y una fuerza extraordinarias. Lo conocían en todo el pago como un visteador invencible y hacía gala de tal en cuanta ocasión se le presentaba. Su ocupación era cualquiera, porque lo mismo le daba lucirse en un redomón macaco, en una faena de horquilla, o trabajando de a pie en el corral. Saltaba cualquier animal limpito y alzaba al hombro cualquier peso. Su cara morena, fina y alegre, le valía simpatías inmediatas y su bondad amistades verdaderas. Eso sí, entre juguete y juguete, solía dejar a sus compañeros sentidos de un cachetón. Me hacía contar mis andanzas de vaga-

bundo, en las que encontraba gusto para su fantasía, relatándome en cambio sus fechorías nunca mal intencionadas. Le gustaba meterse en apuros, para probarse. A los pocos días ya nos tuteábamos, tratándonos de hermanos. ¡Pobre Antenor! ¿Dónde andará ahora?

Cuando dejamos por mansos y ya enfrenados nuestros baguales y salimos del escritorio de la estancia, con el tirador dueño de unos cuantos pesos más, y nos despedimos del patrón así como de los mensuales, era día Domingo. Por costumbre, y también para cumplir con nuestros deberes de cortesía, nos fuimos al boliche del arroyo. Había bastante gente. La cancha tenía buena concurrencia y en el despacho no faltaba clientela.

Algunos conocidos nos saludaron. Mi padrino pidió permiso para ausentarse un momento, a fin de visitar a su amigo el pulpero. Debo decir que nunca el patrón nos había servido en el despacho, haciéndonos pasar por una pequeña puerta hasta adentro, con lo que significaba una especial atención.

Uno de los paisanos nos previno que no sería ese día prudente conducirse como siempre, pues el pulpero estaba "tomao" y era hombre de "mala bebida". Aunque otros opinaran de igual mane-

ra, Don Segundo alegó compromisos de amistad y golpeó en la puerta pequeña. Yo pasé detrás. Un chico nos dijo, mirándonos asombrado por tanto atrevimiento:

—Voy a avisarle al Tata.

Se apareció el Tata, con una cara de Juicio Final, y ni contestó el saludo.

—¿Ustedes qué quieren? — preguntó con voz de toro.

Don Segundo avanzó hacia aquella fiera y, sin quitarle la vista de los ojos, que el otro tenía brillantes y lacrimosos, le dijo con su burlona cortesía:

—Yo quisiera una caña.

Con una frente de topazo, el pulpero largó su ofensa:

—¿De cual? ¿De esa que toma la gente?

Don Segundo me miró divertido y acercándose, hasta ponerse casi pecho a pecho con el matón, lo corrigió sonriente, como si rectificara un simple error:

—No, no, deme de esa que toma usté no más.

Fué suficiente. El pulpero de "mala bebida", guardó para mejor ocasión sus compadradas y nos sirvió dos copas. Don Segundo, siempre cortés, impuso:

—Usté va a tomar con nosotros.

Al tiro brindamos por nuestra futura felicidad, haciendo nuestras las cañas de un sorbo.

Saliendo hacia donde estaba la paisanada, mi padrino comentó:

—Pobrecita la señora; seguro que aura, este hombre malo le va a encajar una paliza.

Una de las primeras personas que ví al salir, fué Antenor. Me convidó a tomar la copa y nos arrimamos al enrejado del despacho. Le estaba yo contando la reciente escaramuza de mi padrino con el pulpero, cuando un desconocido se nos acercó, nos dió la mano y comenzó a hablar en voz alta con todo el mundo. Sería como de cincuenta años de edad, vestía a la usanza gaucha y llevaba a la cintura un facón largo, con cabo y puntera de plata. Al hombro traía un ponchito bayo y, tanto por la tierra de sus botas de potro, sudadas en la parte baja, por el caballo, como por el aspecto y modo de caminar, aparentaba ser un hombre que venía de lejos.

Convidó a todos los presentes, entre bromas de buen humor, y logró al rato, como parecía quererlo, ser centro de la atención general.

De pronto, le habló a Antenor como si lo conociera; hizo alusión ponderativa a su destreza físi-

ca y a su habilidad para el visteo. No se sabía bien lo que querría, entre tantas vueltas como las que daba en sus elogios, cuando con neta intención de pendenciero dijo:

—Yo me pregunto: ¿no se le helará la sangre al mocito si llega a encontrarse frente a un cuchillo?

Como si todos nos preguntáramos lo mismo, miramos a Antenor. Este estaba pálido y agachaba la cabeza. Sospechamos que tenía miedo.

—También me he tenido fe en mis mocedades — continuó el hombre de bigote canoso — ¡y vean! — concluyó — todavía me tendría la mesma fe pa señalarlo al mocito por dondequiera.

Antenor levantó la cabeza y, dándonos siempre la penosa impresión de su blandura, respondió:

—Señor, yo soy un hombre tranquilo y si por juguete sé vistear, no es porque quiera toparme con naides, ni para que naides me pelée.

—¡Oiganlé! — rió burlonamente el provocador. — Había sido como carne'e paloma. Y eso — dijo, dirigiéndose a todos — que no tengo intención de estropearlo, sino cuanti más de que nos sangremos un poco pa probar la vista. O ¿será que se le ha ñublao de golpe?

—¿Me permite? — terció inesperadamente mi padrino.

—Cómo no — accedió el forastero.

Don Segundo se dirigió a Antenor:

—Mirá muchacho — dijo mientras todos, y yo más que ninguno, lo mirábamos con asombro. — Mirá muchacho que el señor ya hace un rato que te está convidando con güenas maneras y voh'estás desperdiciando la ocasión de divertirte un poco.

¿Qué diría el paisano peleador?

Un minuto quedó en silencio y, ya más serio ante una posible bifurcación del pleito, dejó sospechar el fondo del asunto:

—Divertirse es presumir de gallo y meterse en travesuras, cuando uno cree llevársela de arriba.

Comprendimos que, bajo las bravuconerías del gaucho provocador, había habido un resentimiento.

¿Qué diría Antenor?

Antenor se levantó de una pieza, miró al forastero y comprendimos otra cosa más: que sabía de qué y de quién se trataba.

—Yo era una criatura — dijo ceñudo — y ella una perra que a cualquier palo le hacía punta. En el pago la conocíamos por "la de aprender".

Furioso, el forastero quiso atropellar. Algunos

lo sujetaron al tiempo que Antenor, siempre pálido, pero tal vez de rabia, decía:

—Ajuera vamoh'a tener más lugar. — Y salió.

Los seguimos. El forastero se quitó, al lado de la puerta, las espuelas, se arrolló el poncho en la zurda y sacó con lentitud el facón. Como si hubiera olvidado su reciente extravío, compadreó risueño:

—Aura verán cómo a un mocoso deslenguao se le corta la jeta.

En el patio de la pulpería había una carreta. Contra una de sus grandes ruedas, Antenor había hecho espaldas y esperaba. El forastero se acercó y, confiado, como quien juega con un chico, tiró a su contrario una cachetada con los flecos del poncho. Antenor hizo un imperceptible movimiento y el poncho pasó sin tocarlo. El quite fué de una precisión admirable; ni un dedo más ni un dedo menos de lo necesario. Creo que todos debimos pensar a un tiempo: ¡pobre paisano viejo, su compadrada le iba a salir amarga! El hombre atropelló. Antenor, firme, con una cuchilla de trabajo contra un facón de pelea, sin poncho para meter el brazo, salvaba toda arremetida sacando el cuerpo. De pronto estiró la mano armada y, con un salto, ganó distancia. El paisano del fa-

cón tenía un tajo desde el bigote hasta la oreja. Antenor reculaba, dando por concluída la reyerta. Unos apartadores quisieron intervenir.

—Ladeensén — dijo el forastero — uno de los dos ha de quedar.

Antenor dejó de buscar la carreta, donde se había dado el lujo de pelear a pie firme. Listo sobre las piernas, parecía dispuesto a concluir con furia la pelea que comenzó por fuerza.

No tardó mucho. Un encontrón y vimos al forastero levantado hasta la misma altura de Antenor, para ser tirado de espalda como un trapo.

Se acabó. Lo levantamos para sentarlo en el suelo, con las espaldas apoyadas contra la pared de la pulpería. Se desangraba por el pecho a borbollones.

Hicimos un arco de expectativa en torno suyo. Con inútil angustia presenciábamos el inevitable avance de la muerte, que en cada inspiración se le entraba en el cuerpo, para expulsar la vida en un chorro de sangre y de calor. Un momento se detuvo el baldeo trágico. El moribundo, terroso de haberse vaciado en aquel espasmo, alcanzó a decir muy bajo:

—Aura va a venir la policía a buscarlo a ese

hombre. Ustedes son testigos todos de que yo lo he provocao.

Antenor, a caballo, huía.

Bañado el vientre y las piernas en sangre, el forastero comenzaba a ponerse duro. Un paisano repetía furioso:

—Porquería... nos alabamos de ser cristianos y a lo último somos como perros... sí, como perros.

Otro, más tranquilo y más pensativo, alegaba:

—Nos mata el orgullo, amigo. Cuando un hombre nos insulta, lo mejor que podríamos hacer es llamarnos Juan. Pero tenemos nuestro orgullo, que nos hace querer hablar mah'alto, y una palabra trai otra y al fin no queda más que el cuchillo.

—...Sí, señor; como perros somos y muy conformes estamos por llamarnos cristianos...

—Yo — dijo mi padrino — he tenido más de muchas de estas diferencias, con hombres que eran o se craiban malos y nunca me han cortao... ni tampoco he muerto a naide, porque no he hallao necesidá. Con todo, el mocito que se ha desgraciao no lleva culpa. La pelea en güena ley, asigún el mesmo desafío del finao, debió concluir donde lo cortaron.

—Y por hembras, señor — decía otro — por una hembra, que yo he conocido y que era una perra como dijo el mocito..., y después de añazos tal vez. Pero, qué quiere, es el destino y ese hombre traiba el empeño de que se cumpliera.

El muerto quedaba allí, de testigo, con los ojos abiertos y el cuerpo ya sin necesidades. Le echaron encima una cobija vieja, para que no lo aquerezaran las moscas.

A las cansadas, cayó la policía con un médico, que avanzó hacia el finado y lo descubrió ante nosotros y los dos "latones" que lo acompañaban.

Después de revisarlo, el de ciencia dijo palabras que guardé en mi memoria y cuyo significado cabal sólo supe años después:

—¡Qué puñalada! cuando yo era practicante, y no fuí débil, sudaba media hora para abrir así un tórax.

El pulpero malo no había salido.

Dejamos a los hombres de aquella escena preparar los primitivos medios de transportar el cadáver, y nos despedimos.

XXIV.

Largas cavilaciones me atrajo el hecho brutal que había presenciado. Que un hombre tranquilo y alegre como Antenor, se hubiera visto obligado primero a pelear, después a matar, me resultaba algo en verdad asustador. ¿No se es dueño entonces de nada en la propia persona? ¿Un encuentro inesperado puede presentarse, así, en forma de destino, para desbaratarlo a uno en su propio modo de ser? ¿Somos como creemos, o vamos aceptando los hechos a manera de indicaciones que nos revelan a nosotros mismos?

Revisaba mi vida, la de mi padrino, la de cuanta gente conocía. Sólo Don Segundo me daba la impresión de escapar a esa ley fatal, que nos cacheteaba a antojo, haciéndonos bailar al com-

pás de su voluntad. ¿Qué hubiera sido de mí, si en lugar de cortarlo a Numa en la frente, acierto a degollarlo? ¿Y si Paula acepta mis amores? Y allá más lejos, ¿si no paso por una encrucijada de callejones, en mi pueblo, al mismo tiempo que Don Segundo?

¡Suerte, suerte! ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linda o fea, como se te dé la gana venir!

Por su bien, el resero tiene la vida demasiado cerca para poder perderse en cavilaciones de índole acobardadora. La necesidad de luchar continuamente, no le da tiempo para atardarse en derrotas; o sigue, o afloja del todo, cuando ya ni un poco de poder le queda para encarar la vida. Dejarse ablandar por una pasajera amargura, lo expone a tomar el gran trago de todo cimarrón que se acoquina: La muerte. Una medida grande de fe le es necesaria, en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. Ley del fuerte, es quedarse con la suya o irse definitivamente.

¿Por qué, sino por una absoluta confianza, era tan tranquilo mi padrino en las peores emergencias? Sin inmutarse, por darla de antemano toda

perdida, sonreía con razón ante las dificultades.

"Del suelo no voy a pasar", suele decir el domador, respondiendo a las bromas de los que pronostican un golpe, entendiendo con ello que a todo hay un límite y que, al fin y al cabo, el poder está en no asustarse ante él. "De la muerte no voy a pasar", parecía ser el pensamiento de mi padrino, "y la muerte ni me asusta, ni me encuentra arisco".

Cuando todos estaban de ida hacia la muerte, él venía de vuelta. El dolor, según aprecié más de una vez, era como su pan de cada día, y sólo la imposibilidad de mover algún miembro herido o golpeado, le sugería una protesta. "La osamenta", como solía llamar a su cuerpo, no debía "desnegarse" al empleo que se le quisiera dar.

Pero todos esos pensamientos míos, no pasaban de ser más que conjeturas. Verdad era su absoluta indiferencia ante los hechos, a quienes oponía comentarios irónicos.

¡Quién fuera como él! Yo sufría por todo, como un agua sensible al declive, al viento, al sol y a la hojita del sauce llorón que le tajea el lomo. Y también tenía mis mojarras en la cabeza, que a veces coleaban haciéndome sonar la orillita del alma.

Siguiendo el hilo de los hechos, diré que una

semana anduvimos sin trabajo. Al cabo de ella, nos conchabaron para peones de un arreo de seiscientos novillos, que un estanciero mandaba a corrales. Según la gente baqueana de aquellos caminos, teníamos para doce días de marcha, poniendo a nuestro favor el buen tiempo y la buena salud de la tropa.

Salimos al atardecer de un día por demás caliente y tormentoso. De ensillar no más sudábamos, y no había cosa en el campo que no esperara uno de esos chaparrones, que primero lo apampan a uno por su violencia, para después dejarlo derechito como un pastizal naciente.

Ya, antes de salir, dos aguaceros nos castigaron de soslayo, muy de paso, dejando la tierra fofa de los callejones, corrales y limpiones, como con sarpullido. Lo grueso de la tormenta nos esperaba, sin embargo, agazapada en nubes, hecha montón para el lado del Sur. Como podía refrescar fuerte, nos preparamos una actitud de resistencia ante el posible viaje bravo.

Después de cenar, entrada ya la noche, de un momento de calor pesado, salió un viento fuerte. Hacía rato ya, los refusilos grietaban las nubes renegridas del horizonte Sur. La hacienda nerviosa, se iba asustando por grados. La mancarro-

nada relinchaba con desasosiego y, nosotros mismos, sentíamos la desazón del tiempo como nuestra. ¡Linda noche para perder animales! Cada relámpago nos mostraba, en tintes lívidos, un campo impasible, en que marchaba alborotada nuestra tropa vigilada de cerca por los reseros. Arriba, algo informe, oscuro, acabaría por caérsenos encima, de un momento a otro. Bajo los golpes de luz, percibíamos en un chicotazo, las cosas demasiado claras y los novillos blancos, como también los rosillos plateados y las manchas de los overos, se nos metían en los ojos. Después, quedábamos perdidos en la noche, con la visión rápida encajada en la memoria como una cicatriz en el cuero. Y andábamos hasta otro relámpago. Al viento siguió calma. En el cielo había grandes charcos y ríos plateados, sobre un fondo de chatos remansos negros. Sin embargo, veíamos avanzar, en toda carrera, largas hilachas de nubes grises, perdidas de rumbo como yeguada cimarrona ante el incendio de un pajal.

El capataz nos mandó no descuidar la hacienda, que remolineaba también perdida en su susto. Un rayo cayó con estampido que, de seco, pareció rajarnos las carnes. Me dije que el viento venía de bajo tierra.

La tropa se partió en puntas, como una tosca que se desmorona en el agua. Recordábamos que teníamos que pasar por el cauce de un zanjón hondo y, previendo un cataclismo de animales cayendo, quebrándose, empantanándose en el fondo aquel, corríamos mal que mal, a impedir que así sucediera. Yo no veía nada. Las puntas del pañuelo me golpeaban la cara, el ala del chambergo se me pegaba en los ojos; el viento me impedía castigar el caballo que, sin embargo, corría porque sí tal vez, habiendo perdido el norte como la hacienda.

Me llevé un bulto por delante. Comprendí que era el caballo de algún charré sorprendido por la ventolina. ¿Hombres, mujeres? ¡que Dios les alivie el susto! Seguí mi apuro hasta dar con el mancarrón, de pecho, contra un montón de vacunos.

Caía agua a chorros y mermó el viento. Oí gritar a uno de mis compañeros y me acerqué al grito. Juntos peleamos para impedir que las bestias, precipitándose unas contra otras, siguieran cayendo en la zanja. Mi caballo resbaló con las patas traseras y me fuí, me fuí como chupado por los infiernos, sin saber adónde. Paró la resbalada sin que, por suerte, el animal se me diera vuelta. Tuve tiempo de ver que mi redomón, al levantar-

se sobre los garrones, pisoteaba un novillo caído. No había caso de sujetar. El terror lo abalanzaba adelante. Cayó sobre el costillar derecho, apretándome un poco la pierna contra un gran terrón de la barranca. Se afirmaba afanoso en la punta de los vasos. Volvía a veces para atrás, patinando sobre el anca. Se iba de hocico. Se tendía, todo voluntad, hacia arriba, donde al fin llegamos.

A todo esto, la tormenta había pasado como un vuelo de halcón sobre un gallinero.

Pudimos más o menos vernos y juntar, a duras penas, los novillos dispersos. Dí parte al capataz de mi encuentro en el fondo del zanjón. Si había pisado un novillo, tenía motivos para presumir que otros se hallaban, allí, caídos de manera tal que no podían salir. Así era; y con excepción de los que quedaban guerreando con la tropa, bajamos todos a lo hondo de la grieta, donde forcejeamos a lazo y hasta a mano, para enderezar a los caídos y cuartear a los embarrancados. En un barro machucado por el pisoteo, los mancarrones pisaban en falso, buscando los desniveles apropiados para apoyar sus vasaduras; y había que saber abrirse a tiempo en la caída y la costalada, en las que, al menor descuido, se deja un hueso, en

una quebradura que suena como gajo que se astilla dentro de una bolsa.

Salimos de barro hasta los ojos. Cinco vacunos agonizaban en el fondo oscuro.

Mientras reanudábamos la marcha, se mandó un chasqui para el pueblo, a fin de que viera al carnicero y le ofreciera en venta, por lo que quisiera pagar, las reses quebradas. El mismo chasqui debía a su vez mandar un hombre al patrón, dándole parte del incidente. Como el pueblo quedaba cerca de la estancia, muy pronto el patrón sabría los detalles.

Obligados por la bravura de la hacienda, alborotada con la tormenta, tuvimos que rondar por cuartos. La noche seguía calurosa y pesada. Nada en bien nos había valido el aguacero bruto, los rayos y los remolinos de viento.

Una madrugada barcina nos permitió seguir la huella, entre vahos de humedad, después que el capataz hubo contado sus animales. En el día, no paramos más que para el almuerzo, la comida y la cena. Acobardados por la infeliz salida, íbamos todos de mal talante y, como los animales porfiaran, siempre rebeldes, les dimos camino hasta hartarlos, a ver si en algo se sosegaban.

Otra vez rondamos.

Aparte de las preocupaciones generales, yo te-

nía las mías. Llevaba sólo tres caballos mansos: el Moro, el Vinchuca y el Guasquita, restos de mi antigua tropilla, y los dos baguales que recibí como pago de la doma de los bayos. No podía contar por seguro al reservado; en cuanto al otro, le tocaría un aprendizaje al cual no podía prever si respondería.

Nuestra tercer jornada de arreo nos regaló una buena refrescada. A la mañana, nos tocó cruzar un campo abierto, donde se nos desparramó la tropa.

Traíamos, como mal elemento, unos treinta torunos chúcaros, que a cada dos por tres peleaban, armando un griterío de matones en una fiesta. Un bayo bragado era el peor y ya, unas cuantas veces, se nos había trenzado con un palomo, obligándonos a separarlos a argollazos. El bayo no entendía de obediencia, y una vez caliente, se nos venía de un hilo.

Aprovechando el desparramo de la tropa, los torunos se toparon de firme. Como moscas, nos les prendimos, sin darles cuartel. En una vuelta de mala suerte, un tal Demetrio se pasó de largo al tiempo que el bragado, habiendo conseguido doblarle el cogote a su contrario, ponía todas sus fuerzas en un envión. El palomo se arqueó como víbora, mezquinando el flanco, y el otro, sobrán-

dose, fué a dar contra el caballo de Demetrio. Aunque el toruno no tuviera del lado derecho más que un pedazo de aspa quebrada y gruesa, se la encajó al mancarrón por las verijas, bajándole las tripas. Mientras entre tres lo enlazaban y alejaban al bicho bravo, caímos como caranchos sobre la víctima, que el dueño tuvo que degollar, y yo por las botas, otros por las lonjas, hicimos negocio dejándolo pelado al finadito en un santiamén.

Para la noche, marchamos por unos callejones, pero con tan mala suerte que nos cruzamos con dos tropas, lo que nos obligó a rondar por tercera vez.

Y ya empezamos a cansarnos en serio.

No estaba yo en mis tribulaciones de bizoño. Sabía que si en gran parte se resiste por tener hecho el cuerpo a la fatiga, más se resiste por tener hecha la voluntad a no ceder. Primero el cuerpo sufre, después se asonsa y va, como sin tomar parte, a donde uno lo lleva. Después, las ideas se enturbian; no se sabe si se llegará pronto o no se llegará nunca. Más tarde las ideas, tanto como los hechos, se van mezclando en una irrealidad que desfila burdamente por delante de una atención mediocre. A lo último, no queda capacidad vital sino para atender a lo que uno se propone sin desmayo: seguir siempre. Y se vive nada más que

por eso y para eso, porque todo ha desaparecido en el hombre fuera de su propósito inquebrable. Y al fin se vence siempre (al menos así me había sucedido) cuando ya a uno la misma victoria le es indiferente. Y el cuerpo cae en el descanso, porque la voluntad se separa de él.

Seis días más anduvimos, entre fríos y mojaduras, rondando casi todas las noches nuestro arreo, siempre matrero, cruzando barriales y pantanos, juntando cansancio de a camadas y apilándolo en nuestros nervios. Mi reservado me costó un día de lucha, bellaqueando al menor descuido bajo el lazo, en una atropellada, por cualquier motivo. Pero no le bajé ni los cueros ni el rebenque, hasta que lo rindiera el rigor. ¿Se me podía pasmar? Paciencia. No era con él un asunto de cortesías.

Veníamos todos como indios de desarrapados, barrosos y taciturnos. Demetrio, el hombre más grandote y fuerte de los troperos, parecía anonadado por el cansancio. ¿Quién podía jurar que estaba mejor? Por fin alcanzamos un lugar en que el reposo sería seguro. Había un potrerito donde dejar la hacienda, sin peligro de que se fuera, y un galpón donde dormir al abrigo.

Llegamos temprano en la tarde. Echamos los animales al potrero y nos volvimos al tranquito para el lado de las casas. Demetrio iba adelante.

Al llegar al palenque, el mancarrón se le espantó a lo bruto. Demetrio cayó como un cuarto de yerba, sin volver a levantarse ni intentar un movimiento. Se había golpeado la cabeza. ¿Una de esas terribles y repentinas quebraduras de nuca? Arrimándonos, vimos que respiraba con tranquilidad. Don Segundo rió:

—Venía cansadazo... se ha dormido sobre del golpe.

Le desensillamos el caballo, le tendimos el recado a la sombra y lo colocamos encima.

Ahí quedó, sin darse cuenta siquiera que el sueño lo había agarrado a traición, en el suelo, donde tal vez a pesar del golpe, sintió que aflojar el cuerpo y no querer más nada es algo maravilloso.

Los demás mateamos un poco. Teníamos por delante la seguridad de una noche tranquila y eso nos volvía alegres y dicharacheros.

Dimos agua a nuestros caballos, los bañamos, arreglamos nuestras prendas de trabajo, ingiriendo un lazo aquél a quien se le había cortado, cosiendo éste un maneador, el otro acomodando sus bastos o un bozal. Y esperamos con calma que se nos fuera acercando la noche, poco a poco, como una cosa grande y mansa en la que nos íbamos a ir suavecito, de costillas, como un río que va gozando su carrerita de olvido y comodidad.

XXV.

Nos levantamos medio tarde, a la salida del sol. Demetrio había dormido doce horas, nosotros ocho. Era suficiente para desentumirnos y, aunque nos enderezáramos con gran disgusto del cuerpo, nos hallábamos, después de matear, listos para otra patriada.

El inconveniente por mí previsto, se agrandaba. Mis tres caballos estaban más que cansados; el reservado trasijado después de nuestra lucha; el redomón no me parecía por demás garifo. ¿Qué hacer? Que el capataz me entregara mis pesos, dándome de baja, era una vergüenza. Mi padrino podía prestarme uno de sus caballos o dos, pero quedaría entonces tan desplumado como yo.

En tan malas cavilaciones me encontraba cuan-

do, ya alta la mañana, pasamos por las quintas de Navarro.

Dejé mis tristezas para atender mis recuerdos. ¡Qué curioso!, los mismos lugares que me veían abatido y pobre, habían presenciado mi más gran optimismo y mi mayor riqueza. Por allí mismo pasé, orondo y ladino, sentado medio al sesgo sobre el bayo Comadreja que sabía "cortar chiquito", pulsando la suerte que, en las riñas de gallos, me había llenado el tirador de papeles de a diez.

¡Qué día aquel! ¡Qué gallo el bataraz picoquebrado! Cómo había peleado sin flojeras durante una hora, esperando su momento y cómo había sabido aprovecharlo cuando vino! Me reía sólo, evocando mi audacia para ofrecer y tomar posturas, mi fe en que no perdería, mi desfachatez de mocoso engreído al recibir el pago de las apuestas. ¿No había creído entonces que ese era mi destino y que la suerte me pertenecía? Recordé también nuestro almuerzo en la fonda. Había unos gringos groserotes y charlatanes, ¿de qué nación? y un gallego hablaba de romerías.

Que un recuerdo traiga otro, es natural. Pero que un recuerdo traiga a un hombre, es cosa extraordinaria. Alguien hablaba a mi padrino y, no

sé por qué, supuse se trataba de mí. Era un conocido, muy conocido. ¿Cómo no?, si era Pedro Barrales. Sin embargo, no tenía yo la alegría que hubiera sido natural y, cuando, aunque cohibido me acerqué con cordialidad a estrechar la mano del compañero, éste se tocó con incomprensible respeto el ala del chambergo, agraciándome con un "¿cómo le va?" que no entendí.

—¿Qué te pasa hermano? — dije algo encrespado en mi incertidumbre. — Si tenés algo contra de mí decílo, que no es güeno andarse mezquinando la cara como las mujeres.

Pedro lo miró a Don Segundo indeciso e interrogante. Mi padrino intervino.

—Empezá por no enojarte ni andar atropellando, que más bien necesitás de tu tranquilidá. Pedro te trai una noticia. Ahí tenés un papel que te va a endilgar en lo cierto mejor que muchas palabras. Graciah'a Dios no sos mujer ni te has criao a lo niño pa andar espantándote por demás. Tomá, ya estáh'alvertido.

El sobre decía:

"Señor Fabio Cáceres."

—¿Y qué tengo que ver? — grité casi.

—Abrí — me respondió mi padrino.

La carta estaba firmada por Don Leandro Galván y decía:

"Estimado y joven amigo:

"No dudo de la sorpresa que le causarán estas
" líneas. Tal vez le resulten un tanto bruscas pero,
" a la verdad, no tenía a mano ningún modo de
" comunicarme con Vd.

"Su padre, Fabio Cáceres, ha muerto y deja..."

Vi muchas cosas de golpe: Mis paseos, mis petizos, mis tías... ¡eran en verdad mis tías! Miré alrededor, Pedro y mi padrino se habían alejado. La tropa también. Un extraño sentimiento de soledad me apretaba el alma, como si hubiera querido limitarla a algo chico, demasiado chico. Me bajé del caballo y, contra el alambrado del callejón, seguí leyendo:

"Su padre, Fabio Cáceres, ha muerto y deja en
" mis manos la difícil e ingrata tarea de llevar a
" cabo lo que él siempre pensó..."

Saltié unas líneas: "...soy, pues, su tutor has-
" ta mayoría de edad..."

Volví a montar a caballo. El campo, todo me parecía distinto. Miraba desde adentro de otro individuo. Un extraño tropel de sentimientos, en mí intactos, se me arremolineaban en la cabeza: ternura, tristeza. Y de pronto, una ira ciega

de hombre insultado de un modo rebajante, sin razón. ¡Qué diablos! Tenía ganas de disparar o de embestir contra cualquier cosa, para inferir sangre de carne por la sangre de alma que sentía chorrear dentro mío.

Alcancé a Don Segundo y a Pedro. Mi padrino me dijo que, siendo ya imposible para mí seguir con la tropa, había arreglado con el capataz, proponiéndole reemplazarme por otro peón.

—¿Y, usté? — interrumpí con brusquedad.

—Yo te acompaño — fué su contestación tranquila.

Sintiendo aquel cariño a mi lado, la rabia se me transformó en congoja. Realicé que era un chico, un guacho desamparado, y que de golpe perdía algo a lo cual había vivido aferrado. Me encaré con mi padrino:

—Don Segundo, hágame el favor de decirme que ese papelito miente. Yo no soy hijo de nadie y de nadie tengo que recibir consejos, ni plata, ni un nombre tan siquiera...

La imagen de Don Fabio ocupó un momento toda mi atención interrogante:

—¿Y, cómo era ese finao mi padre mentao, que andaba de güen mozo por los puestos, sin mucha vergüenza...?

—Despacio muchacho — interrumpió mi padrino — despacio. Tu padre ni andaba de florcita con las mozas, ni faltaba de vergüenza. Tu padre era un hombre rico como todos los ricos y no había más mal en él. Y no tengo otra cosa que decirte, sino que te queda mucho por aprender y, sin ayuda de naides, sabrás como verdá lo que aura te digo.

—¿Y mi mama?

—Como la finada mi madre, ánima bendita.

No pregunté más nada, pues me pareció, que con lo dicho, mi madre no podía ser sino una mujer digna de admiración. En cuanto a mi padre, no había más mal en él que el de haber sido rico. ¿Qué mal era ese? ¿Quería decir mi padrino que yo por mí mismo, con la nueva situación que me esperaba, conocería ese mal? ¿Había un desprecio en su augurio?

De pronto, como si me recuperara, me dió vergüenza haber cedido a mis dudas infantiles y resolví callarme. Más vergüenza me dió pensar que Pedro me miraba ya como a un extraño y recordar su tratamiento de "usté", volvió a hacerme perder los estribos.

—¿Y vos — le dije, arrimando mi caballo al suyo — no tenés más que hacer que tratarme de

usté y tocarte el sombrero porque soy un "niño" con unos cuantos pesos y tal vez pueda, con mi plata hacerte un favor o un daño?

Palideciendo al insulto, Pedro tomó el rebenque por la lonja para asestarme por la cabeza el cabo. ¿Morir de una puñalada, allí, en el callejón? Todo me parecía bien, salvo el falso respeto y distanciamiento de mis amigos.

—Mejor, bajate — le dije, echando pie a tierra y mano a mi cuchillo. Pero me encontré frente a mi padrino, que me tomó de un brazo diciéndome:

—Si es que te has caído, yo te puedo ayudar a subir.

Comprendí que una resistencia de mi parte se encontraría con una paliza y me alegré de un modo que tal vez otros no hubieran comprendido. Para Don Segundo yo seguía siendo el mismo guachito y quise significarle mi gratitud, dándole un título que nunca, hasta entonces, se me había ocurrido:

—Stá bien, Tata.

—Si soy tu Tata, le vah'a pedir disculpas a ese hombre que has agraviao.

—¿Me perdonah'ermano? — dije, estirando la mano a Pedro que rió de buena gana, como declarándose vencido:

—No al ñudo te has criao como la biznaga.

Resueltos así mis primeros pleitos, correspondientes a la situación que una vida nueva me creaba, me propuse callar con empeño a fin de pensar. Pero ¡qué pensar! ¿Acaso era dueño de la tropelía que me arrebataba el juicio con variados disparates, tan pronto aparecidos como reemplazados por otros? No encontraba, en mí, razón ni palabra. Imágenes eran las que saltaban ante mi esfuerzo, con increíble rapidez. Me veía frente a Don Leandro, rehusando con altanería mi herencia. "Si en vida del finao — decía yo — no ha sabido reconocerme como hijo, yo aura lo desconozco como padre". Me encontraba en mis posesiones con un hombre de ley, dictándole mis propósitos de hacer picadillo de aquellas tierras, para repartirlas entre el pobrerío. Me imaginaba disparando de mi nueva situación, como Martín Fierro ante la partida... ¿Qué diablos iba a sacar en limpio de todo ese bochinche?

Gracias a Dios, me cansé de tales ejercicios. Entonces mis ojos cayeron sobre el tuse de mi caballo. Del tuse pasé al cogote tranquilo del animal, distraído en su tranco. Del cogote a las orejas, atentas a no sé qué ruido; detrás de las orejas miré el fiador del bozal, las cabezadas; después el re-

cado, mis ropas. La rastra, apoyada entre mis ingles, era mi única prenda de riqueza. ¡Qué raídas por el trabajo, las lluvias y el sol estaban mi blusita y mis bombachas! ¿Tiraría todo eso?

Parece mentira, en lugar de alegrarme por las riquezas que me caían de manos del destino, me entristecía por las pobrezas que iba a dejar. ¿Por qué? Porque detrás de ellas estaban todos mis recuerdos de resero vagabundo y, más arriba, esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo.

A pedido mío, fuimos hasta donde estaba la tropa, a despedirnos de los compañeros. En los sucesivos apretones de mano, era como si me dijera adiós a mí mismo. Llegando al último, sentí que me acababa. Por fin nos retiramos dándoles la espalda. Todas las penas que me había dado para ser un resero de ley, quedaban en mi imaginación como una montonera de huesitos de difunto.

El mismo rancho, el mismo hombre que nos albergaron aquel día de la riña, nos vieron llegar con el propósito de hacer noche.

Todo fué cordial, menos mi silencio. Por momentos, mientras adelantaba la oscuridad, me iba perdiendo de lo demás, como si se me fuesen que-

la mujer del gaucho

brando una serie de dolorosas coyunturas que me unían al mundo. En la misma charla de los tres hombres, me sentía ajeno.

Algo incomprensible pesaba sobre mi entendimiento.

Mi noche fué una sucesión de pesadillas y pensamientos, que siempre orilleaban las mismas imágenes de llegada a lo de Don Leandro, de rechazo de mis mal heredados bienes, de huída. Cansado en mis ideas, daba vuelta a la misma matraca, rompiéndome los oídos con su bullanga, sin ver salida útil a tales desvaríos.

La madrugada me encontró flojo como una lonja mojada. Me levanté, por dejar de sufrir sobre el recado, y empecé a ensillar para irme, con la sensación de que dejaba el alma por detrás, perdida campo afuera.

Don Segundo y Pedro también ensillaban. Hacíamos los mismos ademanes y, sin embargo, éramos distintos. ¿Distintos? ¿Por qué? De pronto había encontrado, en esa comparación, el fondo de mi tristeza: "Yo había dejado de ser un gaucho". Esa idea dejó mi pensamiento inmóvil. Concretaba en palabras mi angustia y por esas palabras me sentía sujeto al centro de mi dolor.

Concluí de ensillar. El sol salía. Fuimos a la cocina a tomar unos verdes. Todo eso nada importaba.

Cuando silenciosos, desde hacía un rato, chupábamos por turno la bombilla, dije como para mí:

—Así que aura galopiamos hasta lo de Don Leandro Galván. Allí me saluda la gente como a un recién nacido. Después me entregan mis bienes y mi plata... ¿no eh'así?

Sin comprender bien a dónde iba a parar con mi discurso, Pedro asintió:

—Así es.

—Más tarde me hago cargo del establecimiento: me cambeo de ropa pa vestirme como un señor; dentro a mandar a la gente y me hago servir como un manate... ¿no eh'así?

—Ahá.

—Y eso quiere decir que ya no soy un gaucho ¿verdá?

Mi padrino me miró fijo. Por primera vez me parecía verlo sorprendido de verdad, o tal vez curioso.

—¿Qué más te da? — interrogó.

—Cierto es... ¿qué más me da?... Pero yo hubiera desiao más bien que los caranchos me hicieran picadillo las carnes... o entregar la osamen-

ta a Dios en la orilla de una aguada, como cualquier animal arisco... o perderme en la pampa a lo matrero. Más que las lindezas con que hoy me agracia el destino, me valdría haber muerto en la ley en que he vivido y me he criao, porque no tengo condición de víbora p'andar mudando pelechos, ni mejorando el traje.

Don Segundo se levantó, en señal de partida. Sujetándolo de un brazo lo interrogué ansioso:

—¿Es verdá que no soy el de siempre y que esos malditos pesos van a desmentir mi vida de paisano?

—Mirá — dijo mi padrino, apoyando sonriente su mano en mi hombro. — Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla.

XXVI.

Tanto las yeguas como los caballos viejos, olfatearon el camino de la querencia. Yo también sentía contenidamente esa aproximación a mis pagos, de donde tan desplumado y dolorido había salido, jurando en mi interior no volver. Pago es patria chica y, por más que nos independicemos, nos quedan metidos dentro cuñas de goce o de dolor ya, hechos carne con el tiempo.

Sin querer apurar el galope, llegamos esa noche a Luján.

Al día siguiente, partimos y mis ojos empezaron a acostarse en lo conocido, como en un sueño evocado de intento. El olor particular de los pastos y de algún arroyo, se me metían en el pecho como en su casa.

Hicimos noche en la pulpería de "La Blanqueada" ¡qué de recuerdos! donde el pulpero nos agasajó, sin dejar de decirme al fin, palmoteándome las espaldas:

—Y ahora estoy yo a tu disposición, pa que saqués de mi casa lo que quieras, y me pagués enseguidita como yo te pagaba los bagres.

¡Muy bien! ¿Me recibirían todos así, o me mostrarían un respeto tan falso como repugnante?

Con gusto, pues, dormí esa noche en el patio de la pulpería.

Al día siguiente, como no íbamos a ver a Don Leandro sino a la tarde, tuve ocasión de espiar qué intenciones había en el trato de la gente.

El peluquero me saludó, como si me hubiese presentado con el traje que los príncipes usan en los cuentos de magia. Me llamó "Señor" y "Don", hasta cansarse, y ni se acordó de mi pasada indigencia, ni de mi actual ropa, ni de las propinitas con que supo pagarme algún servicio menudo.

El platero me ofreció sus vidrieras; tampoco se acordó de haberme errado un escobazo, un día en que, acompañado por algunos vagos como yo, le había preguntado si la plata que empleaba en sus trabajos ya había aprendido a andar sola, o si necesitaba entreverarse con otros amigos.

Los copetudos, que tantas veces divertí con mis audacias de chico perdido, se mostraron más cariñosos que nunca y colegí que algunos me miraban, como si me vieran la cara remendada con patacones.

Juré que ni el peluquero me cortaría el pelo, ni el platero me vendería un pasador, ni los copetudos me pagarían una copa. Por otra parte, hacía años les había hecho la cruz y me quedaría en mis veinte.

A mediodía, comimos con Don Segundo en "La Blanqueada", donde menudearon las bromas y los recuerdos y los proyectos. Don Pedro era por cierto el pulpero más gaucho del mundo y, antes que hablarme de riquezas, me hizo mil preguntas sobre mi larga ausencia, queriendo saber si me había hecho jinete, qué tal era para el lazo, cuántas mudanzas de malambo había aprendido y si sabía descarnar bien las botas de potro.

De paso, me robó una tabaquerita bordada que llevaba en el bolsillo de la blusa y, después de concluir de comer, se fué a atender su negocio, sin más cumplimiento que el de pedirnos disculpas por no tener dependiente en el despacho.

Un rato más tarde, tomábamos el callejón, rumbo a lo de Galván.

Como fuéramos por llegar, comenzó a preocuparme mi vestuario. Nada había mudado de mis pilchas; sólo quise renovar mi chiripá, mis botas, mi chambergo, una camisa y el pañuelo del pescuezo, para estar paquete, eso sí, pero conservando mi traje de paisano.

Olvidando el buen rato pasado con Don Pedro, volvió a acongojarme mi situación.

Antes, es cierto, fuí un gaucho, pero en aquel momento era un hijo natural, escondido mucho tiempo como una vergüenza. En mi condición anterior, nunca me ocupé de mi nacimiento; guacho y gaucho me parecía lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de poder llevar un nombre que indicara un rango y una familia, me hubiera parecido siempre una reducción de libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra.

Volví a pensar en que iba a ver un hombre rico y que yo era lo que los ricos tienen por la deshonra de una familia.

¡Malhaya!

Nos apeamos en el palenque de los peones, en-

tramos a la cocina donde no había nadie. Un chico apareció, diciéndome que el patrón me esperaba en el patio de los paraísos. Sabía de antes el camino y lo encontré a Don Leandro como cuando le cebaba mate.

—Arrímese, amigo — me dijo cuando me vió.

Me acerqué descubierto y tomé de lejos la mano que me ofrecía. Me miró con un cariño que me turbaba.

—Te has puesto mozo y grande — me dijo. — No tengás vergüenza. Me has conocido como patrón, pero ahora soy tu tutor y eso es casi como quien dice un padre, cuando el tutor es lo que debe ser. Veo que estás cansado — continuó, como haciendo que se equivocaba sobre mi palidez. — No es cosa de aburrirte ahora con detalles, ni consejos. Tenemos mucho tiempo por delante si Dios quiere.

Dejé de oírlo un momento. La voz continuó:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre gaucho. El que sabe de los males de esta tierra, por haberlos vivido, se ha templado para domarlos...

¿Qué significaban esas palabras oídas? Yo había vivido aquello en un mundo liviano.

Cerca nuestro, había un rosal florecido y un pe-

rro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro..., otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte.

—Te irás de aquí cuando quieras y no antes — siguió la voz. — Allá te espera tu estancia y, cuando me necesités, estaré cerca tuyo...

Dando la conversación por terminada, Don Leandro llamó hacia el lado de la cocina de los peones:

—¡Raucho!

Me sentía bien a pesar de mi crisis moral. Tenía una extraña sensación de existencia nueva.

Un muchachote, vestido a lo paisano, vino y se paró a mi lado. Don Leandro le ordenó:

—Llévelo a este mozo a que largue su caballo y muéstrele su cuarto y acompáñelo en lo que necesite y a ver si se hacen amigos.

—Stá bien padre.

Mientras íbamos caminando para el lado del palenque, miré a mi futuro amigo. Era más grande que yo, aunque no acusara más edad; parecía curtido por la vida de campo; me daba una impresión de fortaleza, de confianza en sí mismo y de alegre

simpatía. Tenía una linda cabeza de facciones finas y una expresión de inteligencia franca. En conjunto un paisanito perfecto. No pude dejar de preguntarle:

—¿Usté es hijo'el patrón?

Risueño me respondía:

—Así dicen y dice él.

Llegamos al palenque. Subió en un coloradito de rienda: un redomón. Otra vez pregunté, como siguiendo mi interrogatorio reciente:

—¿Y usté mesmo se doma los caballos?

Tuteándome, como a veces se hace de primera intención entre muchachos, respondió burlón:

—Hasta aura que has venido vos.

Le miré otra vez la cara simpática, el traje, el recado.

—¿Qué me estás filiando? — preguntó a su vez.

Deseando devolverle su cordialidad bromista, le dije:

—¿Sabés lo que sos vos?

—Vos dirás.

—Un cajetilla agauchao.

—Iguales son las fortunas de un matrimonio moreno — rió. — Yo soy un cajetilla agauchao y vos, dentro'e poco, vah'a ser un gaucho acajetillao.

Nos reíamos.

Después de haberme mostrado su tropilla, volvimos para las casas, desensillamos y largamos los caballos.

Me llevó para el que debía ser mi cuarto. Miré la cama, las paredes empapeladas, el lavatorio. Lo miré a Raucho.

—¿No te hallás? — me preguntó.

—Me parece — le dije — que me vi'a pasar la noche almirando las florcitas del papel.

Le hablaba con confianza, fraternalmente, como no lo hubiera hecho con ningún otro rico. Me propuso:

—Si querés tender el recao, allá por el galpón, yo te acompaño.

—¡Lindo!

Por Raucho conseguí permiso para comer en la cocina de los peones. Don Leandro debió comprender mi timidez y mandó a su hijo a que me acompañara.

Tomamos unos mates con Don Segundo y con Valerio, que mostró gran alegría de verme. Yo me encontraba conmovido con los recuerdos y, como los modos y el traje de Raucho me hacían olvidar mi cambio de situación, lo llevé por donde más podía encontrarlos.

—Aquí dormí la primer noche. Estos chiqueros los barría antes de la salida'el sol. ¿Vive entuavía el petizo Sapo? Vierah'ermano qué contento me puse cuando volví de lo de Cuevas con el Cebrunito! ¿Está siempre Cuevas?

Me quedé suspenso, esperando la respuesta. Sentía la boca seca.

—Hace mucho que no está.

Largas horas nos pasamos, esa noche, conversando con mi nuevo amigo. No recordaba haber hablado nunca tanto y hasta me parecía que, por primera vez, pensaba con detenimiento en los episodios de mi existencia. Hasta entonces no tuve tiempo. ¿Cómo mirar para atrás ni valorar pasados, cuando el presente siempre me obligaba a una continua acción atenta? ¡Muy fácil eso de pensar, cuando minuto por minuto hay que resolver la vida misma! ¡Vaya uno a ser distraído con un redomón arisco bajo el cuerpo y saque quien pueda la cuenta de sus placeres y dolores, cuando de la claridad de la atención depende el cuero y la derrota! Cierto, había pensado mucho, mucho, pero siempre enfocando las vicisitudes de cada segundo. Había pensado como el hombre que pelea, con los ojos bien abiertos hacia el peligro, y toda

la energía pronta para ser empleada, allí mismo, sin dilaciones ni mermas.

¡Qué distinto era eso de barajar imágenes de lo pasado! Yo había vivido como en una eterna mañana, que lleva la voluntad de llegar a su mediodía, y entonces, en aquel momento, como la tarde, me dejaba ir hacia adentro de mí mismo, serenándome en la revisión de lo que fué.

Como un arroyo que se encuentra con un remanso, daba vueltas y me sentía profundo, lleno de una pesada quietud.

Me cansé de hablar y de removerme el alma. Callé un rato largo.

Mi compañero se había dormido. Mejor. Ahí estaba la noche, de quien me sentía imagen.

Morirme un rato...

Hasta que la raya de la luz de la aurora, viniera a tajearme a lo largo los párpados.

XXVII.

La laguna hacía en la orilla unos flequitos cribados. Por la parte media, en unos juncales ralos, gritaban los pájaros salvajes.

Una fatiga grande pesaba en mi cuerpo y en mis pensamientos, como un hastío de seguir siempre en el mundo sembrando hechos inútiles.

Iba a pasar un momento triste, el momento que en mi vida representaría, más que ningún otro, un desprendimiento.

Tres años habían transcurrido desde que llegué, como un simple resero, a trocarme en patrón de mis heredades. ¡Mis heredades! Podía mirar alrededor, en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo, en mi vida de gaucho, pensé andar por campos ajenos?

¿Quién es más dueño de la pampa que un resero? Me sugería una sonrisa el solo hecho de pensar en tantos dueños de estancia, metidos en sus casas, corridos siempre por el frío o por el calor, asustados por cualquier peligro que les impusiera un caballo arisco, un toro embravecido o una tormenta de viento fuerte. ¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarían como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía.

Está visto que en mi vida, el agua es como un espejo en que desfilan las imágenes del pasado. A orillas de un arroyo resumí antaño mi niñez. Dando de beber a mi caballo en la picada de un río, revisé cinco años de andanzas gauchas. Por último, sentado sobre la pequeña barranca de una laguna, en mis posesiones, consultaba mentalmente mi diario de patrón.

Si al recibir mi campo de manos de Don Leandro, hubiera seguido mi sentir, andaría aún dejando el rastro de mi tropilla por tierras de eterna novedad. Dos cosas me decidieron entonces a cambiar de parecer: los consejos de mi tutor, apoyados en claras razones, y el refuerzo que de éstos me llegaban por boca de mi padrino. Más só-

lido argumento, fué recibir de Don Segundo la aceptación de quedarse en el campo.

Casi de más está decir que, los dos primeros años, viví en el rancho de mi padrino. Desde mi llegada, por cierto, no miré a la casa principal como residencia de elección. Conservaba yo muy vívido un instinto salvaje, que me hacía tender cama afuera y escapar de todo encierro. También continué levantándome al alba y acostándome a la caída del sol, como las gallinas.

La casa grande y vacía, poblada de muebles serios como mis tías, no me veía más que de paso. Seguían sus vastos aposentos siendo del otro hombre, cuya memoria no podía acostumbrarme a encarar como la de un padre. Y, además, me parecía que también ella se iba a morir, significando su presencia sólo un recuerdo frío. De haberme atrevido, la hubiera hecho echar abajo, como se degüella, por compasión, a un animal que sufre.

Como el potrero a cargo de Don Segundo quedaba lindando con el campo de los Galván, nos reuníamos frecuentemente con Raucho. Nuestra amistad se había sellado muy pronto, ofreciéndonos como prenda de simpatía el gusto de intercambiar potros: Él me dió los primeros galopes a unos bayos, que me regaló para entablar la tan

deseada tropilla de ese pelo. Yo le correspondí de igual modo y en igual cantidad, con unos alazanes. Mutuamente nos servimos de padrinos durante la amansadura. Nuestro compañerismo, por cierto, no podía haberse cimentado mejor, ni de modo más gaucho. Para dos muchachones que andaban a caballo, de sol a sol, era una forma de estar siempre presentes el uno para el otro.

Nuestro trato era frecuente en lo de Don Segundo, sin contar los días en que Don Leandro nos llamaba a su lado, para enseñarnos el manejo de un establecimiento. Pero en casa de mi padrino pasábamos los mejores ratos, mano a mano con el mate o una guitarra por medio, mientras el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos.

Fué a raíz de estas charlas, que Raucho acertó a influenciarme con aficiones suyas. Sabía una barbaridad en cuanto a lecturas y libros. Prestándome algunos me hablaba largamente de ellos. Pero ¡qué diferencia! Mientras yo me veía limitado no sólo por el idioma sino por mi falta de costumbre, él leía con extraordinaria facilidad, lo mismo en francés, italiano y en inglés, que en es-

pañol. Al lado de esto, Raucho me parecía a veces una criatura libre de dolores, sin verdadero bautismo de vida. Otro motivo de su conversación era el de sus aventuras y diversiones. ¿Qué creía que iba a encontrar? La vida, a mi entender, estaba tan llena, que el querer meterle nuevas combinaciones, se me antojaba lamentablemente infantil. Mis argumentos simples, nada podían contra su fantasía y al fin, lo dejaba desfogarse a su gusto. Mi nacimiento, por otra parte, me impedía encarar ningún amorío como una diversión.

A todo eso, poco a poco, me iba formando un nuevo carácter y nuevas aficiones. A mi andar cotidiano sumaba mis primeras inquietudes literarias. Buscaba instruirme con tesón.

Pero no quiero hablar de todo eso, en estas líneas de alma sencilla. Baste decir que la educación que me daba Don Leandro, los libros y algunos viajes a Buenos Aires con Raucho, fueron transformándome exteriormente en lo que se llama un hombre culto. Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica.

Aunque no me negara a los nuevos modos de vida y encontrara un acerbo gusto en mi aprendi-

zaje mental, algo inadaptado y huraño me quedaba del pasado.

Y esa tarde iba a sufrir el peor golpe.

Miré el reloj. Eran las cinco. Monté a caballo y fuí para el lado del callejón, donde hallaría a mi padrino. Resultaba ya imposible retenerlo, después de tanta insistencia inútil. Él estaba hecho para irse, siempre, y tres años de permanencia en un lugar, lo habían saturado de inmovilidad. Demasiado sentía yo en mí la sorbente sugestión de todo camino, para no comprender que en Don Segundo huella y vida eran una sola cosa. ¡Y tenerme que quedar!

Nos saludamos como siempre.

A la par, tranqueando, hicimos una legua por el callejón. Entramos a un potrero, para cortar campo, y llegamos hasta la loma nombrada "del Toro Pampa", donde habíamos convenido despedirnos. No hablábamos. ¿Para qué?

Bajo el tacto de su mano ruda, recibí un mandato de silencio. Tristeza era cobardía. Volvimos a desearnos, con una sonrisa, la mejor de las suertes. El caballo de Don Segundo, dió el anca al mío y realicé, en aquella divergencia de dirección, todo lo que iba a separar nuestros destinos.

Lo ví alejarse al tranco. Mis ojos se dormían

en lo familiar de sus actitudes. Un rato ignoré si veía o evocaba. Sabía cómo levantaría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fué. El trote de transición le sacudió el cuerpo como una alegría. Y fué el compás conocido de los cascos trillando distancia: galopar es reducir lejanía. Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir.

Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo.

Me dije: "ahora va a bajar por el lado de la cañada. Recién cuando cruce el río, lo veré asomar en el segundo repecho". El anochecer vencía lento, seguro, como quien no está turbado por un resultado dudoso. Unas nubes tenues hacían largas estrías de luz.

La silueta reducida de mi padrino apareció en la lomada. Pensé que era muy pronto. Sin embargo era él, lo sentía porque a pesar de la distancia no estaba lejos. Mi vista se ceñía enérgica-

mente sobre aquel pequeño movimiento en la pampa somnolente. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fué reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo, mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago. Inútil, algo nublaba mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

"Sombra", me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, dí vuelta mi caballo y, lentamente, me fuí para las casas.

Me fuí, como quien se desangra.

FIN

La Porteña, Marzo de 1926

TERMINÓSE DE IMPRIMIR
LA PRESENTE EDICIÓN
EL TREINTA DE OCTUBRE
DE MIL NOVECIENTOS VEINTISÉIS
EN EL ESTABLECIMIENTO
GRÁFICO COLÓN, DE
FRANCISCO A. COLOMBO
EN SAN ANTONIO DE ARECO



